

TIME

HUNTER

1743779

172897

16372

1736

134

12

1950

AUDIO
WHO



VIDAS PECULIARES
PHILIP PURSER-HALLARD

TIME HUNTER

VIDAS PECULIARES

de Philip Purser-Hallard

Organización y maquetación

Organizado en Trello y maquetado por scnyc.

Traducción

Traducido por yog_sog.

Corrección

Corregido por Daovir.

Portada

Portada adaptada al español por Batis.

Declaración

AudioWho es una iniciativa sin ánimo de lucro dedicada a traducir audios, libros y cómics cuyos miembros whovianos y whovianas sacrifican su tiempo para que todos los hispano-parlantes puedan disfrutar del universo extendido de Doctor Who sin la barrera idiomática del inglés.

Toda la acreditación de este trabajo es para los creadores del contenido que nos ha llegado en inglés, la BBC y las empresas y autores que se encargan de crear el material. Esta comunidad respeta sus derechos de autor ya que no se lucra con sus trabajos. Doctor Who es una marca registrada perteneciente a la BBC

Todas nuestras traducciones puedes descargarla gratuitamente en nuestra web. AudioWho se mantiene gracias a sus dueños, por lo que no hay publicidad, no recibe donaciones y no se obtiene ningún beneficio con esta web y sus traducciones.

Estos trabajos pueden compartirse en webs o foros siempre que se respeten las acreditaciones de esta web, sus traductores y demás colaboradores.

Prohibida la venta o cualquier tipo de actividad con fines lucrativos de estos trabajos.

Esperamos que todas estas obras nos lleguen en español algún día de forma oficial.

Más novelas, cómics y transcripciones de audios en <http://audiowho.com/>



Índice

Dedicatoria.....	7
Citas.....	8
Los Time Hunters.....	9
PREFACIO.....	10
INTIMACIONES DE CRISIS.....	12
Emily y Violet.....	13
Percival y yo.....	20
La historia de Percival.....	24
El intruso en la ventana.....	28
ENCUENTROS DIVERSOS.....	32
Aparece el señor Spears.....	33
Violet y los alguaciles.....	38
La historia de Lechasseur.....	44
La búsqueda de Percival.....	50
HOMBRES Y SUPERHOMBRES.....	57
En el Retiro.....	58
Emily y Freia.....	64
Las opiniones de Gideon Beech.....	71
El "Programa Hampdenshire".....	79
UN AMERICANO EN EL FUTURO.....	84
Impresiones del futuro.....	85
La historia de Sanfeil.....	92
Sanfeil y Percival.....	97
Una visión lejana de la historia.....	103
LA CAÍDA DEL RETIRO.....	111
La cosa sucede.....	112
Más opiniones de Beech.....	117
La historia de Spears.....	121
Una revelación personal.....	128
Una cuestión filosófica.....	133
La terminal.....	138
La lucha por la supervivencia.....	143

Epílogo.....	148
Epílogo del autor.....	154
Sobre el Autor.....	156

Dedicatoria

A B, con todo mi amor.

Citas

“A la vista de las estrellas, sin duda, estas criaturas eran meras alimañas; sin embargo, cada uno para sí mismo, y a veces uno para otro, era más real que todas las estrellas”.

Olaf Stapledon, *Star Maker*, 1937

“He examinado con mucho cuidado muchas mentes, grandes y pequeñas, y me queda devastadoramente claro que, en los grandes asuntos, el Homo Sapiens es una especie con muy poca capacidad educativa. Ha fracasado por completo en aprender su lección de la última guerra”.

Olaf Stapledon, *Odd John*, 1935.

“De hecho, dado un suficiente conocimiento biológico y la técnica eugenésica, podría ser posible criar nuevos tipos humanos de hombres para poblar los planetas [...] el trabajo podría comenzar con experimentos en algunas variedades ecuatoriales de nuestra especie”.

Olaf Stapledon, discurso a la *British Interplanetary Society*, 1948.

Los Time Hunters

Honoré Lechasseur y Emily Blandish... Honoré es un ex soldado afroamericano que ahora vive en Londres en 1950 y trabaja a veces como detective privado, a veces como “reparador” o spiv. Ahora la vida tiene un nuevo propósito para él, ya que ha descubierto que es un sensitivo temporal. En teoría este atributo, además de brindarle una percepción de bajo nivel del tejido del tiempo en sí, le da la capacidad de sentir la línea de tiempo completa de cualquier persona con la que entre en contacto. Solo tiene que aprender a dominarlo.

Emily es una extraña joven a la que Honoré ha tomado bajo su protección. Sufre de amnesia, por lo que sabe poco de su propia historia. Viene de un tiempo en el futuro lejano de la Tierra, uno donde existe una pequeña minoría de personas conocidas como canalizadores del tiempo, que han desarrollado la capacidad de hacer saltos en el tiempo utilizando poderes mentales tan evolucionados que casi podrían confundirse con magia. Sin embargo, no pueden hacer esto solos. Para lograr un salto en el tiempo, un canalizador de tiempo debe conectarse con un sensitivo.

Cuando Honoré y Emily se conectan, comienzan las aventuras.

PREFACIO

Por el autor, Erik Clevedon

Los lectores de mi libro anterior, *The Peculiar*, reconocerán en el volumen actual la secuela y la conclusión de su notable historia. Al igual que *The Peculiar*, *Peculiar Lives* no es ficción, sino una verdadera crónica, en la que solo algunos de los nombres y lugares han sido alterados. Al relatar incidentes en los que yo no estuve presente, me he esforzado por mantenerme lo más fiel posible a los relatos que me dieron las personas reales involucradas. Rara vez me he permitido una licencia de novelista, y en todas esas ocasiones me he mantenido tan fiel como he podido al espíritu de los acontecimientos, si no a su letra.

Soy consciente de que para algunos lectores estas declaraciones parecerán extravagantes. Sostener que *Peculiar Lives* y *The Peculiar* son relatos verdaderos es reclamar un estatus histórico para personas y sucesos seguramente más adecuado a las espeluznantes fantasías que nos llegan en forma de revista desde el otro lado del Atlántico. Después de todo, incluso el difunto señor Wells, al presentarnos la posibilidad científica de viajar a través del tiempo, se contuvo de cualquier pretensión de que su caprichoso relato fuera verdad.

Sin embargo, no tengo las ventajas del señor Wells. No solo sé que el viaje en el tiempo es posible, sino que he visto sus efectos con mis propios ojos. He estado en contacto directo, aunque en su mayor parte sin saberlo, con un ser del futuro lejano. Sé la verdad de que han caminado entre seres humanos tan inocuos como yo, individuos cuyas habilidades son tan poderosas que nuestra débil especie debería temblar ante sus pasos. Sé cómo llegaron a existir estas criaturas, y sé hasta dónde llegarán nuestras autoridades mundanas para poner fin a sus existencias, si es que pueden.

Ahora tengo más de sesenta y cuatro años, y mis novelas están en gran parte descuidadas. Mis ideas, más importantes para mí con mucho que los

extensos cuentos en los que las he presentado, casi universalmente ignoradas. Cuando agrego que las experiencias recientes de las que escribo confirman que mis otras historias (*The Coming Times*, *Men of the Times*, *The Star Beasts*) también han sido, si no absolutamente ciertas, al menos inspiradas y guiadas por una mente más allá y muy superior a la mía, sin duda seré rechazado como un loco que despotrica.

No importa. Me temo que no se me pedirá que aguante mucho más el amable desprecio de mis críticos. Les presento esta crónica como un relato verdadero de los eventos que ocurrieron en el verano de 1950, que involucraron a una joven llamada Emily Blandish, su única asociada, a Honoré Lechasseur, al joven Percival "el peculiar" y a mí. Trátelo como una fantasía por así decirlo, pero como una fantasía que encarna, como todo lo mejor de su tipo, ciertas verdades sobre la realidad.

Al final, eso es todo lo que tengo derecho a pedir.

E C

Londres, 1950

INTIMACIONES DE CRISIS

Emily y Violet

Emily Blandish, una mujer joven y superior, exhibía una fragilidad infantil contra la que su independencia mental femenina se disputaba incesantemente y con severidad. Sus grandes ojos redondos, de color verde mar, contemplaban el mundo con una determinación cansada, pero en ocasiones delataban en ella el inocente desconcierto de un niño. Para eso había una buena razón.

A pesar de que quienes la conocieron se llevaron la impresión de una mujer que conocía su propia mente, Emily había perdido la mayor parte de la suya algún tiempo antes. Tal vez recuerde el caso, que fue célebre en Londres durante un tiempo. Emily, una joven amnésica, vestida solo con la ropa de dormir más endeble, había emergido de la niebla y las sombras del East End a fines de 1949 solo para colapsar en los brazos de un policía, con su mente como una pizarra cuyo contenido había sido borrado. Sus antecedentes nunca se habían establecido y, hasta donde yo sé, sus recuerdos perdidos siguen desaparecidos en el día de hoy.

Sin embargo, no había permitido que esta inusual desventaja la paralizara. Desde hacía algún tiempo se había dedicado a un trabajo filantrópico de naturaleza un tanto esotérica, junto con una pareja tan única y talentosa como ella.

Cuando Emily Blandish entró en la estación de St. Pancras en una fresca mañana de Junio de 1950, sus pensamientos, como a menudo, estaban en este asunto de su pasado desaparecido. Su cabello castaño claro, muy largo, le caía suelto sobre los hombros y lucía un abrigo ligero de verano. Ese día se dirigía a cierta oficina en el Norte de Londres, donde debía ponerse en contacto con un socio comercial, cuyos asuntos no nos interesarán por los detalles.

Algo en la calidad de la luz en el aire helado de esa mañana le había hecho recordar ese resplandor blanco que formaba su recuerdo más temprano e incomprendido: una luz que brillaba con tanta intensidad que podría abolir la

oscuridad para siempre, si se le diera el tiempo suficiente para resplandecer sin extinguirse. A menudo sentía que todo lo que hacía para ayudar a los demás no tenía otro fin que llevarlos a esa luz, o la luz a ellos. A veces, en efecto (y con una falta de humildad injustificada que era propia de ella) consideraba a la luz del *bodhisattva* de la leyenda oriental, regresada a la Tierra de esa serena iluminación del no—ser que los budistas llaman *nirvana* para guiar a otros a través de la oscuridad turbia de la realidad. En los momentos más oscuros, temía ser impulsada por el recuerdo desaparecido de alguna culpa por la que debía expiar.

Emily volvió a centrar su atención en su entorno mundano con desgana: la multitud apremiante cuyo calor reprimía el frío de la mañana, los olores a humo y aceite de motor, la cola de billetes que requerían asistencia. Eran poco antes de las nueve y la gran explanada victoriana estaba repleta de londinenses como una gota de sangre bajo un microscopio. Cada individuo, un corpúsculo barrido por el torrente sanguíneo de la ciudad desde sus vías férreas arteriales hasta los capilares de sus calles y callejones, tenía su función en la vida de ese organismo mayor. Sin embargo, cada uno tenía también sus propias preocupaciones, problemas y pequeñas vanidades, de mayor importancia para cada uno que cualquier pertenencia al cuerpo más vasto.

Mientras sus sentidos descendían a la realidad de las vidas que la rodeaban, Emily se dio cuenta de algo fuera de lugar. Más tarde le diría que era “poco impactante, algo muy sutil que se escondía en el rabillo del ojo o en la mente”. Ella comparó la experiencia con “una de esas imágenes en las que algo no es como debería ser, hay algo que falta o algo que no está bien. Se necesita un momento para ver qué es, pero una vez que lo tienes, no puedes volver a mirar esa imagen de la misma manera”.

Sintió, más que vio, que algo se movía entre la multitud. Por supuesto, había muchas de esas cosas, cada una de ellas un ser humano como ella, pero este era diferente. Lo sintió como una ausencia, un vacío viajero en ese bullicio de la humanidad como el ojo siempre cambiante de una tempestad. Si lo

miraba con atención por el rabillo del ojo, casi podía verlo por lo que era. Y luego entendió el truco, y la cosa fuera de lugar apareció visiblemente ante ella.

Era una chica joven, según parecía, de edad indeterminada, paseando tranquilamente por el vestíbulo de la estación. La multitud bullía a su lado sin prestarle atención, como un río que se separa a ambos lados de una roca, mientras que esta joven, con manos hábiles y expresión astuta, sacaba cada décimo o duodécimo miembro de una billetera, bolso o reloj. Los metió en un bolso de mano de cuero que parecía haber sido robado. Por lo que Emily pudo entender, no había ninguna razón para que las víctimas de estos robos no se fijaran en sus ojos penetrantes y sus manos ágiles. Sin embargo, pasaron por su lado sin prestarle atención.

Un instante después de que la observaran, la carterista miró sorprendida. Emily quedó muy impresionada por el hecho de que, en lugar de mirar a su alrededor para ver quién la había percibido, la chica miró directamente a Emily, entre todo el mundo, como si Emily hubiera gritado en una colina silenciosa. De inmediato, la chica se volvió y se abrió paso entre la multitud. Abandonando por el momento toda noción de billetes, Emily dejó la cola y corrió tras ella.

Fue una búsqueda extraña. Emily mantuvo a la joven a la vista mientras luchaba entre la multitud: la joven ladrona parecía capaz de separar a la multitud que tenía delante y, por lo tanto, siempre podía avanzar sin impedimentos, mientras que Emily tenía que empujar entre sus miembros de la manera habitual. El andar de la joven era peculiar, casi bestial, recordando a Emily la ondulación de un lémur. Aun así, la joven estaba un poco coja de una pierna y su perseguidora, que estaba en la mejor salud física, pudo varias veces acortar la distancia entre ellas.

Cuando esto sucedió, la fugitiva, que miraba hacia atrás con preocupación a Emily, se detenía abruptamente y la miraba a los ojos con astucia. En esos momentos, Emily encontraba para su desconcierto que su atención vagaba: recordaba su cita con un sobresalto y se volvía hacia la cola de billetes o era golpeada repentinamente por la luz de la mañana que se

filtraba a través del dosel de la estación, o por el olor a comida caliente. La joven aprovechaba estas oportunidades para recuperar su velocidad, hasta que Emily se recobraba y reanudaba su persecución.

Después me dijo: “Fue como un sueño, uno de esos en los que es de vital importancia que encuentres algo o hagas algo y, sin embargo, te distraes con tonterías absurdas. Y mientras tanto, lo que realmente buscas se aleja cada vez más en la distancia. ¿Todos tienen sueños así, Erik, o soy solo yo?”. Creo que este talento de Violet (porque ese era el nombre de la joven ladrona) actuó al establecer una resonancia entre sus propias vibraciones mentales y las de la región del cerebro de Emily, donde estos sueños eran generados.

Por los destellos que se le permitieron, Emily pensó que la estatura de la carterista era similar a la suya, aunque su presa tenía las proporciones de un niño de ocho años, con una cabeza grande y miembros cortos. Debajo del escaso cabello castaño, su cráneo era muy grande y sobresalía extrañamente en una cúpula detrás. Sus ojos eran enormes, el derecho azul brillante, el izquierdo de un violeta sorprendente por el que le habían puesto ese nombre. Y su boca, en desacuerdo con su apariencia infantil, era carnosa y sensual. Estaba vestida con ropa práctica y sin pretensiones, que tenía un aspecto artesanal.

Emily ya se había convencido a sí misma de que esta extraña pilluela, ladrona o no, era importante para su propia misión perenne y enigmática. Aún la justificación de esto la desconcertaba pero, sin embargo, lo sentía con convicción. Fue con algo de alarma, por lo tanto, que vio a la joven, todavía mirando hacia ella, chocar desordenadamente contra un grupo de policías que estaban de pie junto a la entrada más cercana de la estación. Era evidente que los agentes, a diferencia de los demás de esa multitud, habían percibido tanto a la fugitiva como a la perseguidora. Quizás, pensó Emily, su interés o formación profesional los había hecho menos susceptibles a cualquier influencia que se ejerciera sobre los demás presentes.

En todo caso, la huida de la joven fue detenida sin ceremonias, como momentos después lo fue ella misma. Emily se sorprendió, y se alarmó cada vez más, al ver que uno de los agentes tropezaba con la fugitiva cuando intentaba pasar a toda velocidad, después de lo cual su colega sacó su porra y la golpeó con elegancia mientras caía, en la parte posterior de su cráneo deformado.

Un momento después, él la estaba levantando y pasando su cuerpo inerte a su compañero, para luego dirigir su atención hacia la propia Emily, que sólo ahora había logrado frenar su precipitada carrera.

—¿Podría venir aquí un minuto, por favor, señorita? —preguntó cortésmente.

—¿Por qué le haces daño a esa chica? —preguntó ella indignada, pues cuando la joven carterista yacía en el suelo, claramente inconsciente, el compañero del hombre le había dado una violenta patada en las delgadas costillas. Emily podía verlo ahora, arrastrando a la indefensa figura con poco cuidado o gentileza.

—Bueno, señorita, solo recibe lo que le espera —respondió el primer policía—. La chica es una ladrona.

Su tono era afable.

—Sí, pero... —quería protestar porque los policías no golpeaban a las jóvenes, ni siquiera en Londres, y ni siquiera cuando eran ladronas. Pero era evidente que la joven no era una ladrona ordinaria: quizás sus perseguidores no eran policías ordinarios— Sí, pero creo que está herida. Su pierna...

—Deje eso en nuestras manos, señorita —dijo el hombre en un tono que consideró tranquilizador.

Su rostro era afilado y brutal, con algo extrañamente plano en los ojos, parecía un hombre que rara vez se ofendería, pero que podría fingir hacerlo con gran violencia si le convenía. Estaba muy lejos de la concepción habitual

de un agente de policía, e incluso fuera de las expectativas de Emily, cuyas experiencias con la policía no siempre habían sido agradables.

—Lo que estamos buscando —dijo él—, es a su cómplice.

—¿Cómplice? —dijo Emily. Se preguntó si el hombre estaba tratando de atraparla para que testificara contra la joven, pero recordó, consternada, que ya había aceptado la proposición de que la chica era una ladrona— No hay cómplice —insistió—. La vi. Ella estaba trabajando sola.

Vio con disimulo que él llevaba dos piezas de equipo desconocido sobre las orejas. Se extendían hasta su casco, y se preguntó si serían una nueva forma de radio de la policía, para comunicarse con la comisaría (no puedo decir de dónde podría haber obtenido esa idea, un receptor inalámbrico es un equipo bastante voluminoso, pero esa era su conjetura).

—Tendremos que tomarle declaración, señorita —el agente la llevó a una sala de espera, para lo que intimidó al portero de la estación para que le entregara las llaves.

Encerrada dentro con él, Emily hizo un resumen de los eventos que había presenciado, eludiendo el aspecto menos explicable de los crímenes de la joven. Hizo que la joven no fuera más que una hábil carterista y que ella misma fuera inusualmente observadora. Armándose de valor, dio una dirección falsa y el nombre “Joan Barton”.

Tenía la intención de enfatizar en su declaración las acciones brutales de los dos agentes de policía, pero se sintió intimidada por los ojos planos del oficial. Los omitió, despreciándose a sí misma.

Concluida esta formalidad, el hombre parecía muy interesado en el supuesto cómplice del ladrón.

—¿Está segura de que no lo vio, señorita? —preguntó— Tenemos algunas buenas descripciones, de testigos que estaban seguros de que estaban trabajando juntos. Sería un extraño a la vista, igual que ella, un poco raro, delgado y ágil, con una cabeza grande. Grandes ojos verdes, cabello

negro en pequeños rizos como un negro. Probablemente vestida igual que ella, también.

Emily no había visto a una persona así e insistió en ello. Por fin, y con desgana, el policía abrió la sala de espera y la dejó ir.

—Cúidese, señorita —dijo, con una amenaza definida pero no dirigida—. Hay algunas personas extrañas. Y si ve a ese joven del que estamos hablando, llámeme, ¿de acuerdo?

Le había pasado una tarjeta telefónica con un número de teléfono y el nombre de “PC Grayles”, supuestamente de la comisaría de policía de Lancing Street. Emily estaba bastante segura de que no existía tal lugar.

A estas alturas ya había perdido el tren y prácticamente su cita en sí. Al encontrar una cabina pública, telefoneó para disculparse con su contacto, quien estaba disgustado con ella, y se expresó con bastante detenimiento sobre este tema. Esta conversación concluyó, Emily insertó el dinero para una segunda llamada, pero lo reconsideró cuando vio a un hombre esperando fuera de la cabina para que ella terminara. En su lugar, presionó el botón de devolución de dinero y salió de la cabina telefónica y de la estación, tomando varios autobuses y una ruta intencionalmente tortuosa de regreso a sus habitaciones. Una vez en casa, hizo la llamada telefónica.

Lo que fue de la joven ladrona Violet y sus captores, y cómo Emily se vio envuelta una vez más en su historia, lo contaré en breve. Mientras tanto, debo comenzar a contar mi propia participación en estos hechos y, por lo tanto, dar algunos detalles de en lo que estuve metido la noche de ese mismo día.

Percival y yo

Había estado trabajando, sin gran entusiasmo, en un artículo para uno de nuestros periódicos nacionales más sentenciosos, uno de los pocos a quienes mis credenciales como novelista y filósofo todavía impresionan. El contenido de mis comentarios, como ha sucedido con tanta frecuencia en los últimos años, se refería a la imperfección actual y la perfectibilidad futura de la humanidad.

Si este es un tema al que me encuentro volviendo con frecuencia, y cada vez con más urgencia, a medida que mis días como miembro de esa notable especie se acercan a su fin, es porque por primera vez en la corta historia del hombre, él real y seguramente tiene sus manos el poder de lograr, no solo su supervivencia, sino su mejoramiento. Si yo mismo no voy a persistir, es de suma importancia para mí saber que mis descendientes y los de su generación deben hacerlo, y deben adaptarse más de cerca y de manera más competente a su papel de guardianes y protectores de este planeta.

Las grandes guerras de este siglo, y otras atrocidades de la memoria reciente, revelan más crudamente que antes la desesperada necesidad de que una nueva raza humana supere a la nuestra, que se mantendrá al margen de la política partidista de facciones y se esforzará por su propia perfección y la de sus compañeros. A medida que los instrumentos de guerra de la humanidad se vuelven cada vez más sofisticados y las naciones de esta Tierra adquieren el poder de aplastar ciudades enteras, tal vez poblaciones enteras, como el golpe de un relámpago, esta necesidad de hacer que la raza humana se adapte mejor a su elevado papel en la creación se lleva cada vez con más fuerza a la mente iluminada.

Incluso ahora, en lo que será (si el tiempo y algunas otras fuerzas me permiten de hecho completarlo) mi trabajo final, encuentro este mensaje dirigiendo mis palabras, instándome a traspasar una vez más la paciencia de mi sufrido lector. Por desgracia, puedo hacerle poca justicia con los poderes que me quedan. Baste decir que, aunque en esta ocasión anterior me esforcé

por exponer mi tema, la noche se había adelantado, se había retrasado y se había desvanecido en la noche, y yo, como el viejo que soy, me había cansado insoportablemente.

Por fin me di cuenta de que el pequeño fuego que ardía en el hogar de mi estudio podía ser la causa de esta debilitante somnolencia, y abrí las ventanas francesas para dejar entrar el aire de la noche (mi esposa, que normalmente me advertiría contra tal comportamiento, estaba ausente en ese momento visitando a un pariente enfermo). Hacía frío y el frío me ahogaba la respiración. El olor que acompañaba la oscuridad exterior de Londres, con su gente, máquinas y vegetación que inhalaba y exhalaba constantemente, me llevó a salir por un momento a mi jardín, desde el cual escudriñé el cielo despejado de la noche.

Desde que era un niño, me ha afectado mucho la visión de las estrellas. Su distancia y frialdad son una fuente de asombro para mí, y pronto me sumergí por completo en una ensoñación. Me sentí tan seguro de la soledad que me produjo una terrible conmoción cuando me acerqué, como conjurado por mi meditación, y una voz joven me saludó con un alegre:

—¡Hola, Clever—zuecos¹!

—¡Dios mío! —exclamé conmovido, pero rápidamente dándome cuenta de que no corría ningún peligro por este intruso en particular— ¿Qué estás haciendo aquí, Percival?

—Vamos dentro, viejo —dijo de inmediato la figura en la oscuridad—. Las cercas de jardín tienen orejas, ¿sabes?

Nos retiramos a mi estudio que estaba, ahora lo sé, intolerablemente sofocante. Dejé las ventanas francesas abiertas.

—¡Vaya, qué idiota! —declaró Percival— ¿Estás tratando de reprimirte, Clever—zuecos, y comenzar nuestro gran trabajo? *Estaba* planeando tenerte cerca hasta más tarde, ya sabes.

¹ Hace un juego de palabras entre Clevedon, apellido del escritor, y “Cleverclog”, literalmente “zuecos inteligentes”.

Bajo el apagado resplandor de las brasas del fuego, Percival se parecía mucho a quien le había descrito a Emily su inquietante policía (en ese momento, la señorita Blandish y yo no nos conocíamos, y no sabía lo que había sucedido esa mañana en St. Pancras.) En mi libro anterior, *The Peculiar*, describí la apariencia de Percival en estos términos:

El cuerpo de Percival es musculoso pero delgado, y de aspecto casi simiesco. Su cabeza ovoide es grande y desproporcionada con su cuerpo, como la de un bebé. Ahora, en su decimoquinto año, en tamaño y desarrollo se parece a un niño de quizás diez u once años. Sus ojos son grandes con iris de color verde amarillento, sus pupilas son rendijas vesicales como las de un gato, sus orejas también son grandes y singularmente torcidas. La parte posterior de su cráneo está poblada con cabello muy rizado, de color azul—negro, y sus dedos, de los cuales tiene seis en cada mano, son sobrenaturalmente largos y delgados. Sus dedos de los pies también son largos y excepcionalmente diestros. Su cuerpo es liso y lampiño, y sus características sexuales están subdesarrolladas para su edad. Aunque su aire general da fe de una sensibilidad demasiado frágil para la existencia humana normal, Percival es de hecho tan fuerte como una mula, con el vigor híbrido de ese animal, y disfruta de una resistencia mental igual a su robustez física.

En el momento en que escribo, no había visto a Percival en cinco años y, sin embargo, lo encontré muy poco cambiado. Era evidente que su prolongada adolescencia todavía estaba en curso, y un extraño podría haber clasificado al joven de veinte años como un muchacho desgarbado y excesivamente intelectual de catorce años o menos.

Consciente de que me molestaría, Percival se acercó a mi escritorio y extrajo la última hoja de papel del carrito de mi máquina de escribir.

—¿Qué estás escribiendo ahora, Erik? —preguntó.

En su lengua, mi nombre propio adquiere connotaciones desagradables de patrocinio. Prefiero mi irrisorio apodo de “Clever—zuecos”.

—Es sólo un artículo de opinión —dije, molesto por tener mis argumentos a medio formar sometidos a lo que sin duda sería un escrutinio agudo y perspicaz.

—Oh, Dios —suspiró Percival mientras escaneaba la hoja—. Pobres Clever—palos inteligentes. Todavía pensando en el futuro de la humanidad, es decir, en tu tipo de hombre, por supuesto, cuando sabes perfectamente que no existe nada por el estilo.

—Elijo creer lo contrario —dije con frialdad. Descartó el artículo.

—Por supuesto que habrá que realizar mejoras, estás en ello. Y quizás el pobre *Homo Sapiens* pueda ser útil como ganado de cría. Pero será *Homo Peculiar* dirigiendo el programa, ya sabes.

Un viejo y familiar escalofrío, como no había sentido durante media década, me apretó los hombros. Me acerqué al fuego moribundo.

—¿Qué te pasa, Percival? —pregunté— Pensé que todavía estabas en tu Retiro. Seguro que estás más seguro allí.

Su rostro se volvió más sobrio.

—Parece que algunos hombres de tu clase tienen otras ideas —dijo.

En *The Peculiar* he relatado los acontecimientos que llevaron a la fundación del Retiro por parte de Percival, en los últimos años de la guerra reciente. Dado que ese volumen es ahora difícil de conseguir, supongo que aquí será mejor que dé una breve descripción de esos asuntos y de la vida temprana de Percival.

La historia de Percival

Había sido un niño prodigio, por supuesto. Intelectualmente capaz más allá de sus años, era increíblemente sensible a los estados de ánimo y pensamientos de los demás. Era un lector voraz en todos los temas desde la edad de dieciséis meses, y había devorado primero material de lectura para niños y luego para adultos, dedicándose con igual celo a estudios prácticos tan diversos como ingeniería, ciencia veterinaria (porque creció en una granja) y actuación musical.

Había sometido a su madre, una mujer muy inteligente de ascendencia alemana, a un encierro largo y difícil: había muerto pocos días después de su nacimiento, dejando a Percival al cuidado de su padre y su tía. La suya era una familia de Cornualles modestamente acomodada, cuya antigua estirpe celta había sido infundida, tal vez desde la época prerromana, con la sangre de los sucesivos visitantes exóticos a las costas de Cornualles.

El padre de Percival, que era un niño en el momento de la Gran Guerra, se unió poco después de que se declararan las hostilidades más recientes y murió en Francia cuando Percival tenía doce años.

Para entonces, el niño llevaba algún tiempo dirigiendo la gran granja entre sus estudios y, en el transcurso de dos generaciones de animales, había mejorado cuatro veces la producción de leche y huevos del ganado. Había entrenado a los perros pastores de la familia para realizar maniobras complicadas, que sugerían una relación sin precedentes entre la bestia y el amo, y había diseñado una serie de técnicas automatizadas para cuidar el ganado que habían permitido que la granja funcionara con notable eficiencia durante la ausencia en tiempos de guerra de muchos de los obreros. Después de la muerte de su hermano, la tía de Percival suplicó al doctor Tremaine, el médico local y vecino cercano que conocía y trataba a su sobrino desde que nació, para que le ayudara con las demandas de educación cada vez más estrictas del niño. Tremaine era un viejo amigo mío, y cuando me enteré del

joven fenómeno me ofrecí apresuradamente como voluntario para emprender esta tarea.

Percival dejó la granja familiar y se fue a vivir a Londres con mi esposa y yo. Muy pronto, su agudeza mental había puesto en vergüenza no sólo mis propios talentos, sino también los de varios eruditos, científicos y escritores muy prominentes que conocía, a quienes no volveré a avergonzar nombrándolos aquí. El niño rápidamente superó mis mejores intentos de instrucción y procedió a dirigir sus propios estudios, y de hecho su propia carrera, según las líneas de su propia elección. Sin embargo, su tierna edad significaba que todavía necesitaba de un adulto que pudiera actuar por él en ciertos asuntos, y permanecía habitualmente residente en mi casa cuando sus investigaciones no lo llevaban a otra parte.

El joven genio se encariñó conmigo a su manera distante, y fue en mí en quien confió cuando sus investigaciones biológicas, ahora avanzadas más allá de mi capacidad de seguimiento, lo llevaron a una conclusión sorprendente. Era (me explicó alegremente) uno de los pocos de su generación que fueron precursores de una especie de hombre completamente nueva, a la que ideó llamar *Homo Peculiar*. Estaba convencido de que, en unas pocas generaciones, hombres y mujeres como él serían las criaturas dominantes del planeta, mientras que hombres como yo podrían esperar ser, en el mejor de los casos, sus sirvientes o mascotas domésticas. En el peor de los casos, nos extinguiríamos: los nuevos amos de nuestro mundo bien podrían decidir que nuestras tendencias egoístamente celosas constituían una amenaza para ellos y eliminar su origen.

Necesitaba convencerme de estos puntos, por decir lo mínimo, pero Percival era un defensor convincente. Su apariencia única había funcionado a su favor, y finalmente admití (de hecho, no era difícil de creer) que el niño era de un tipo biológico bastante diferente de su familia y compañeros, incluido yo mismo. No era inhumano, sino humano en un modo diferente y más desarrollado que los hombres normales.

Cuando Percival había entrado en su prolongado período puberal, había comenzado a establecer contacto, mediante disciplinas mentales que le permitían “sintonizarse” con sus vibraciones psíquicas, con otros adolescentes “supernormales”. Fue con algunos de ellos, cuando finalmente se acercaron físicamente el uno al otro, que inició los experimentos sociales y sexuales que caracterizaron esta etapa de su vida y que tanto escandalizaron a nuestros convencionales vecinos.

En este comportamiento, me temo que Percival calculó mal. Había subestimado la tendencia del *Homo Sapiens* a temer lo que no puede comprender y a castigar a quienes ofenden su sentido de la normalidad. No pasó mucho tiempo antes de que Percival fue acusado de estar aliado con los enemigos de Inglaterra: después de todo, él era parcialmente de origen alemán, sin importar que su padre hubiera luchado valientemente contra los alemanes y fuera asesinado por ellos. Para entonces, Percival tenía muchos amigos en el mundo científico, y se había llegado a sospechar que el joven forastero estaba abusando de su buen carácter para espiar asuntos ultrasecretos relacionados con el esfuerzo bélico.

La sola idea era ridícula, por supuesto. Era un artículo de fe con Percival (que confieso que nunca había desanimado) que los de su clase estaban por encima de las afinidades nacionales. No era más probable que prestara ayuda a una potencia extranjera que a su tierra natal. Ahora parece que había algunos que esperaban utilizar estas acusaciones como un incentivo para poner los considerables talentos de Percival a trabajar por la causa aliada, pero esto siempre fue una esperanza vana. Una detención por espionaje fue seguida de una fuga ingeniosa pero tremendamente peligrosa por parte de Percival, y un período desesperado que pasó en constante evasión de la policía. Al final, al joven no le quedó más alternativa que retirarse, junto con sus peculiares compañeros, a ese remoto lugar al que llamaron Retiro.

Me había ofrecido a acompañarlos, pero no estaban en condiciones de dar la bienvenida a la sociedad de hombres normales. Desde entonces, había recibido un total de dos comunicaciones de Percival, de las cuales entendí que

él y sus camaradas habían progresado en sus diversos esfuerzos, incluidos sus intentos de llegar telepáticamente a otros de su tipo en todo el mundo. Estos esfuerzos habían logrado reunir en el Retiro a un grupo de niños y adolescentes sobrenaturales de muy lejos, además de fomentar la fundación de “comunidades de lo peculiar” en otros continentes, con quienes estaban en constante comunión psíquica. Ahora, al parecer, esta frágil relación internacional estaba bajo una grave amenaza.

El intruso en la ventana

—Todavía no han encontrado el Retiro —dijo Percival, calentándose las manos ante mi fuego moribundo—. Por ahora, al menos. Pero es una situación horrible, Erik. Perdimos contacto con el grupo de Maurita en Argentina hace meses y nuestros amigos en Rusia están huyendo. Están confundidos y en pánico, no podemos sacarles nada con sentido. La comuna de Nueva Zelanda siempre estuvo demasiado lejos para recibir una señal clara, ya sabes, la Tierra se interpone en el camino, pero ahora la gente de Nombeko en Sudáfrica tampoco puede contactarlos.

Le pregunté:

—¿Pero quién es el que está haciendo esto, Percival?

Él se encogió de hombros.

—Una especie de banda de soldados. Están bien armados y bien entrenados, y parecen tener un conocimiento rudimentario de estrategia y táctica. No sabemos para quién trabajan, supongo que para uno de sus tontos países o para otro. Creemos que deben haber estado eliminando a los solitarios, los supernormales que no se unieron a nuestras comunidades, desde hace años. Simplemente no nos dimos cuenta. Ahora han comenzado con nuestros centros nerviosos.

Estaba horrorizado, por supuesto, ante la idea de que los amigos de Percival, jóvenes como eran, fueran cazados o perseguidos. Sin embargo, para ser sincero sin reservas, sentí la idea de que estos superhombres arrogantes fueran reducidos en número como una emoción palpablemente vengativa. Hacía años que no había estado en comunicación regular con Percival, y la tranquila certeza con la que habitualmente imbuía sus escandalosas afirmaciones había tenido pocas oportunidades de influir en mí últimamente. Me dije a mí mismo que sería perverso esperar que los brutales e ignorantes prevalezcan a expensas de los sabios e ilustrados. Por supuesto, el tipo más elevado, moral y espiritual, así como intelectualmente, debería triunfar: así es la

naturaleza, y es gloriosamente correcto que así sea. Reprimí severamente mi regocijo rebelde e indigno y pregunté:

—¿Qué puedo hacer?

Percival se rio brevemente y luego ladeó un poco la cabeza, como si de repente se hubiera distraído.

—No hay mucho que *tú* puedas hacer, querido Clever—zuecos. Un par de nosotros estamos en la ciudad, eso es todo, averiguando lo que podamos de algunas personas que conocemos, y pensé en buscarte mientras estábamos aquí y contarte las noticias. Esto es terriblemente incómodo, no me importa decírtelo. Puede que tengamos que adelantar nuestros planes para la terminal...

De repente dejó de hablar y saltó a través de la habitación, salió por las puertas de vidrio y se adentró en la noche, desorientado por completo. En ese momento parecía más una rana que un mono, y más a cualquiera de esos dos que a un hombre. Desde el exterior llegó un bramido de alarma seguido de un violento forcejeo.

—¡Santo cielo! —exclamé inadecuadamente.

Nunca he sido un luchador. Incluso en la Gran Guerra, realicé trabajo voluntario como ordenanza médica: vi una acción considerable, pero no participé en el combate. Incluso si lo hubiera hecho, eso habría sido hace más de treinta años, y no podía esperar que mi cuerpo debilitado pudiera soportar ese trabajo ahora. Sin embargo (y sorprendentemente, aunque sabía que Percival era muy capaz), no podía permitirle enfrentarse solo a lo que podría ser un hombre armado o un grupo de hombres. Agarrando el atizador, salí nerviosamente al jardín, donde un par de formas indistintas se retorcían en salvaje unión. Las extremidades de araña de Percival estaban envueltas alrededor del intruso, cuyo abrigo de cuero se agitaba y golpeaba como un pez contra el camino de losas. Los dos se parecían a un par de organismos simbióticos, unidos en algún violento acoplamiento de otro mundo.

Tales fantasías se me ocurren a menudo, en los momentos más inoportunos. Mientras estaba de pie reuniendo mi coraje, el hombre más grande giró la cabeza hacia mí. En la tenue luz de la puerta del estudio vi con sorpresa que era un negro, con rostro de huesos finos, barba de chivo bien cuidada y ojos expresivos. De manera desconcertante, pareció reaccionar al verme con tanto asombro. De hecho, estaba tan sorprendido que Percival pudo, con un momento de lucha, inmovilizarlo en el suelo y sentarse a horcajadas sobre su pecho, mientras sus manos ágiles presionaban las muñecas del hombre contra la tierra.

Aún asombrado por lo que sea que percibió en mi rostro, el negro maldijo. Por la entonación y su elección de juramento, me di cuenta de que era estadounidense.

—¡Ayúdame, Erik! —exclamó Percival, volviéndose hacia mí. Frunció el ceño, luego su expresión se alteró inusualmente en lo que, en el rostro de otra persona, habría tomado por confusión o incluso miedo— ¿Erik? —dijo con una timidez inusual— ¿Quién es ese detrás de tu cara?

Temiendo una tercera intrusión, me di la vuelta alarmado y miré alrededor del estudio. No había nadie presente, aunque cayó un tronco en la chimenea, perturbado por una brisa repentina. Me volví para preguntarle a Percival qué había querido decir, pero no había nadie allí. Él y el estadounidense se habían desvanecido silenciosamente, apenas a un metro y medio frente a mí.

Durante mucho tiempo pensé seriamente en lo que debía hacer. Percival había dicho lo suficiente como para hacerme sentir serios celos por su seguridad y, sin embargo, tuve la fuerte impresión de que, dondequiera que él y el negro hubieran ido al desaparecer, no había ningún lugar al que pudiera seguirlos. Tampoco tenía idea de dónde buscar al compañero con el que Percival estaba de visita en la ciudad, y después de considerarlo un momento me di cuenta de que esta persona (a quien probablemente no conocería) posiblemente estaría escondida, en cualquier caso.

Finalmente, y con una sensación un tanto familiar de que los asuntos de Percival estaban frustrantemente más allá de mi alcance para ayudarle u obstaculizarlos, decidí que no había ninguna acción que pudiera tomar. Esperé, con la esperanza de que uno o ambos hombres regresaran tan abruptamente como se habían ido, pero no ocurrió nada de eso. Al poco rato saqué mi pipa del cajón de mi escritorio, la encendí con una brasa y fumé tranquilamente, contemplando una vez más el cielo nocturno.

Recientemente, o al menos eso me pareció, las estrellas de Londres habían sido tramadas por rayos de reflectores y rayos de fuego, atravesadas por hombres encerrados en una maquinaria endeble y destinados a diligencias de desesperada hostilidad. Desde entonces, había prevalecido la paz y, sin embargo, el hombre, incluso ahora, podría estar preparándose para una crisis aún más preocupante, una de cuyos efectos él, y quizás el mundo que lo engendró, tal vez nunca se recupere.

Sin embargo, esas chispas de fuego cósmico brillaron indiferentes, y esto fue un bienvenido consuelo para mí.

ENCUENTROS DIVERSOS

Aparece el señor Spears.

Al día siguiente recibí dos visitas más, ninguna de ellas tan dramática como las irrupciones de la noche anterior, pero cada una con sus propias consecuencias significativas.

La primera de estas citas se había concertado algún tiempo antes. Mi interlocutor era John Spears, un rico filántropo estadounidense con el que había mantenido correspondencia. El interés que había mostrado por mis escritos, tanto novelísticos como filosóficos, había sido halagador, un hecho que (lo consideré con pesar) había sido demasiado infrecuente en los últimos años. El señor Spears llegó a media mañana, conducido por un chófer a quien invité torpemente a esperar durante la reunión en mi salón, mientras yo entretenía a su jefe en el estudio.

El señor Spears se parecía poco a mis visitantes de la noche anterior. Era una figura dinámica de quizás la mitad de mi edad, con una frente alta, una boca ancha, casi sin labios y ojos estrechos, y compensaba su estatura relativamente pequeña manteniéndose en un movimiento contundente y poderoso. Él rechazó cortésmente mi oferta de un asiento y tomó un vaso de soda pura en lugar del whisky que yo mismo me serví. Mientras hablábamos permaneció inquieto, olvidándose esporádicamente de sí mismo y dando unos pasos en una dirección u otra, antes de recordar sus modales. Por su apariencia supuse que debía de tener tanto judíos como españoles en su ascendencia, y ciertamente exhibía esa vitalidad mestiza que tanto distingue al americano blanco de su sobrio primo europeo.

Tenía la esperanza de animar a mi invitado a que se interesara por algunos planes que había elaborado años antes: un programa de mejora social y biológica que requeriría el apoyo de una importante coalición de patrocinadores políticos y privados si alguna vez llegaba a lograr una aplicación tangible. El proyecto implicaba, a un nivel mundano, la promoción del matrimonio entre individuos seleccionados de la población por tener

características hereditarias deseables, el fomento de la esterilización voluntaria entre los menos favorecidos por la naturaleza y ciertos experimentos de reproducción a partir de variedades contrastantes de la especie, como por ejemplo la etíope con la esquimal o la maorí con la masai, en un esfuerzo por identificar las que producían las cepas más fuertes y vitales.

—Como sin duda recordará —dije ahora a mi visitante—, planes como éste gozaron de gran popularidad entre las clases educadas de ambos continentes en el período entre guerras. Lamentablemente, ha habido una disminución del interés en los últimos años. Me temo que la guerra ha intervenido para minar el idealismo de los hombres, volviéndolos contra el tipo de ingeniería social que nuestra raza necesita tan desesperadamente.

De hecho, hacía tiempo que estaba desesperado por encontrar algún respaldo para la empresa. Había asumido, quizás tontamente, que, como lector ferviente de mi obra, el señor Spears sería al menos un oyente comprensivo. Y así fue (aunque, como he indicado, aportó a nuestro encuentro una inquietud que me pareció desconcertante), pero poco más. Habló perspicazmente de los incidentes de la historia reciente y de los acontecimientos que, a la luz de ellos, podría esperarse que traiga el futuro inmediato, mientras profesaba un profundo interés en la cuestión de los viajes interplanetarios y la colonización, otra de mis perennes y sobre la que me había dirigido al British Rocket Group algunos años antes (el señor Spears afirmó haber estado en la audiencia en esa ocasión, aunque yo no lo recordaba.) Lo más inusual para uno de su nacionalidad, y más aún para un hombre próspero, fue que habló con aprobación del socialismo internacional como un ideal, aunque admitió tener reservas sobre su práctica.

Puede que sea un anciano, y naturalmente vanidoso, como me atrevería a decir que son muchos autores, pero todavía no he sucumbido a la imbecilidad geriátrica. Habría quedado bastante claro que Spears me estaba halagando, y que su visita tenía un propósito ulterior, incluso si no hubiera tenido motivos para desconfiar (y de sus compatriotas en particular) por lo ocurrido la noche anterior. Así resultó: una vez que se dio cuenta de que me había complacido lo

suficiente como para que me sintiera a gusto, Spears cambió la conversación al tema de mis novelas, y de *The Peculiar* en particular.

—Es algo extraño —reflexionó Spears, mirándome de reojo mientras se detenía en seco tras un breve paseo—. Ese libro fue publicado como ficción, uno de sus “romances científicos” ingleses, como los del señor Wells. Esa fue la línea que tomaron todos los críticos que la leyeron. Pero creo que hay más que eso. Comienzas diciendo: “Esta es una historia real, aunque los nombres de los participantes han sido alterados”, o algo así. “Yo mismo fui testigo de muchos de los hechos que aquí se relatan, mientras que otros me fueron divulgados posteriormente por testigos irreprochables”. Perdóneme si no soy perfecto en palabras... —no lo era— pero me parece que su libro quiere cocinar el pastel y comérselo. Entonces, señor Clevedon, ¿*The Peculiar* es una historia inventada o real?

Respiré hondo, sonreí y dije:

—Es una simulación tradicional en la ficción, señor Spears. El autor debe fingir que las cosas que ha imaginado son todas verdaderas, y sus lectores deben fingir que le creen. Apenas soy el primer novelista que ha fingido haber presenciado los hechos con sus propios ojos, ni seré el último.

—Bien —dijo Spears con impaciencia—. Pero, señor Clevedon, mucho de lo que cuenta en ese libro sucedió realmente. Vuestros servicios de inteligencia militar *arrestaron* a un muchacho de quince años por espionaje hacia el final de la guerra, y realmente escapó, de una manera que se parece mucho a lo que escribiste en tu libro. Su nombre era...

Y pronunció el nombre real de Percival, el que no he usado ni aquí ni en ningún otro lugar. Asentí.

—Recuerdo el caso —dije—. Fue en gran parte lo que me inspiró a escribir el cuento que hice. El joven _____ debe haber sido un niño extrañamente dotado, y los extrañamente dotados siempre han sido de mi interés.

—También me interesan los niños superdotados —dijo Spears. Levantó las manos, en un gesto de sumisión típicamente expansivo, y continuó—. Está bien, pondré mis cartas sobre la mesa. Creo que estos niños suyos son reales y quiero ayudarlos. Es por eso por lo que estoy aquí. Como usted, me intereso por el futuro de la humanidad y me parece que esos niños podrían ser ese futuro. Por lo que escribió en su historia, supongo que usted también lo piensa.

—El narrador de la novela ciertamente cree que sí, señor Spears. Pero me temo que era tan ficticio como Percival y Bridget y los otros personajes. Él tiene algunas cualidades en común conmigo, al igual que Percival se basa parcialmente en lo que pude descubrir sobre el joven _____, pero él no tiene una existencia más real que ellos. Lamento mucho haberle hecho perder el tiempo.

—Escúcheme —dijo Spears con obstinación—. Al final de su libro, tiene a “Percival” y sus amigos partiendo para comenzar una nueva vida en una isla de los mares del Sur. Ahora, como hemos dicho, son jóvenes superdotados, con mucho ingenio y sentido práctico. Pero una isla no puede proporcionar los recursos que necesitan para construir una sociedad civilizada adecuada. No es vida para un joven, señor Clevedon, vivir como un salvaje. Soy un hombre rico como sabe, un hombre muy rico. Puedo conseguir ingenieros, materiales de construcción, fertilizantes, agricultores...

Entonces hizo una pausa. Supongo que, si hubiera llegado a la conversación sin previo aviso, podría haber dejado escapar en ese momento que Percival (es decir, mi personaje) había sido un experto en agricultura, y así confirmar la conjetura de Spears de que para mí la existencia de ese joven no era mera ficción. Parecía que la crudeza característica del enfoque estadounidense aún pudiera enmascarar ciertas sutilezas.

Afortunadamente, la noche anterior me había advertido el propio Percival.

—Lo siento mucho —dije al señor Spears, con toda la sinceridad que pude reunir—. No sé qué más puedo decir para convencerle. Si mis personajes realmente existieran, estoy seguro de que estarían muy agradecidos de verse

agregados a su lista de buenas causas. Sin embargo, comprenderá que, como *son* mis personajes, tal cosa sería categóricamente imposible. Lamento si algo de lo que escribí le ha hecho cometer un error tan lamentable.

Spears suspiró con fuerza. El ruido me recordó vívidamente mi tiempo en Francia y la tos de un mortero de Stokes exhalando su carga letal. Estaba solo en mi casa, y Percival había dicho que la “banda de soldados” que lo perseguían a él y a sus asociados era despiadada. Si John Spears fuera uno de ellos, entonces bien podría pensar en amenazarme para obtener información. Incluso en mi mejor momento no me había hecho ilusiones en cuanto a mi propia capacidad de heroísmo bajo tortura.

Sin embargo, para mi gran alivio, Spears se limitó a darme las gracias de forma cortante y se puso de pie para marcharse.

Una hora más tarde, después de retirarme a mi sala de estar y tomarme un segundo whisky con soda (que sentí que había merecido singularmente), escuché un susurro en voz baja en el estudio y una voz tranquila que dijo:

—¿Erik?

—¿Percival? —respondí muy aliviado— ¿Eres tú?

Sin embargo, en lugar de mi joven amigo entraron dos mujeres, que evidentemente habían entrado por las ventanas francesas que yo había creído que estaban cerradas.

Fue mi primer encuentro con Emily Blandish y, para tal caso, con Violet, aunque reconocí de inmediato que esta última presentaba una selección de esas rarezas fisonómicas y anatómicas que distinguen a la especie de Percival de la masa de la humanidad “normal”. Emily descubrí que era una mujer reflexiva y sorprendentemente atractiva en cuya mirada serena distinguí una extraña mezcla de mundanalidad e inocencia nerviosa. Era una mujer que había visto mucho de lo que los hombres habían hecho del mundo y, sin embargo, conservaba un optimismo cauteloso con respecto a su futuro. Me entusiasmé con ella.

—Percival dijo que viniera aquí si había problemas —dijo la mujer más joven sin preámbulos—. Sin embargo, hay un tipo vigilando la calle, así que vinimos por la parte de atrás.

Su voz era segura y clara, su acento puro del Este de Londres.

Violet y los alguaciles

Violet tenía diecisiete años y había sido reclutada para el Retiro después de que Percival y los demás hicieran contacto telepático con ella unos tres años antes. Había tenido una infancia difícil, en la que su aptitud natural para el robo había sido severamente probada. Ciertamente nacida ilegítima, y muy probablemente producto del incesto, su apariencia inusual la había vuelto repulsiva incluso para los de su familia inmediata. Para ella, como para muchos otros, el Retiro había sido un santuario bienvenido. Su familiaridad con algunos de los barrios y comunidades menos ejemplares de Londres había sido lo que había hecho que Percival la eligiera como su compañera a su regreso a la ciudad.

Entre ellas, Emily y Violet me informaron del episodio que condujo al arresto de esta última en St. Pancras y de lo que había ocurrido después. La joven había sido llevada por los siniestros policías, que estaba bastante convencida de que no eran policías, a una casa de aspecto ordinario que ciertamente no era una comisaría, y encarcelada en una celda. Aquella sala parecía haber sido adaptada recientemente a su propósito actual. Una placa de metal resistente había sido colocada en la pared y Violet fue esposada.

Habiéndose asegurado de la inmovilidad de Violet, los “policías” cambiaron sus uniformes por monos funcionales, conservando unas piezas electrónicas que Emily había observado debajo de sus cascos. Como Emily se había dado cuenta en la estación de tren, los talentos peculiares de Violet incluían una especie de sugestión hipnótica a distancia, similar pero no idéntica

a la telepatía de Percival. Jugando con la sugestionabilidad de la mente humana, Violet era capaz de persuadir a un observador para que no la notara, haciéndose efectivamente invisible incluso cuando cometía un crimen público. Ella había podido ejercer este poder de manera uniforme a través de una multitud grande y cambiante y había sido esporádicamente eficaz incluso en Emily, que tenía una experiencia considerable en influencias mentales y que, además, había centrado su atención por completo en su presa. Si este mismo don no había afectado a los falsos policías, entonces estos inventos auditivos (que Violet ahora especulaba que actuaban como una ayuda artificial a la concentración) eran indudablemente responsables.

El trato que Violet había recibido en la casa de la ciudad había sido muy brutal, aunque para ella estaba claro que los hombres habían recibido instrucciones de no matarla ni mutilarla. Sin embargo, no se hacía ilusiones de que este arreglo persistiera indefinidamente. Sus captores habían estado buscando información sobre la ubicación del Retiro y, en segundo lugar, sobre el paradero actual de Percival, a quien conocían por su nombre. Violet despreciaba sus esfuerzos por persuadirla de que hablara: una mente como la de ella, dijo, difícilmente iba a delatar a sus amigos por puro terror, simplemente porque algunos animales humanos se estaban asegurando de que su cuerpo doliera.

No puedo decir si ella habría permanecido tan optimista después de un tiempo más largo en cautiverio. En cualquier caso, Violet se dispuso a organizar una fuga lo antes posible. Su primer acto una vez que la dejaron sola fue intentar comunicarse telepáticamente con Percival, pero descubrió que el joven estaba acosado por sus propias dificultades (esto había sido la tarde anterior a su visita nocturna a mi casa, y pronto me enteraría de que él y el otro intruso de esa noche habían tenido un encuentro anterior en esta época). En cambio, se dirigió a la mente grupal de los supernormales en el Retiro, que era lo suficientemente grande y lo suficientemente difusa para comunicarse en conjunto incluso a una distancia tan grande.

La comprensión de los supernormales de sus propias capacidades se había desarrollado enormemente desde el momento en que Percival había llevado a cabo su propia y arriesgada fuga de la custodia militar. Trabajando como una sola entidad, con la mente de Violet como su punto focal, la comunidad pudo ubicar en las cercanías de la casa a un sacerdote de mediana edad, anteriormente un capellán del ejército, que aunque ciertamente no era un miembro de la especie superior, tenía un grado de sensibilidad mental considerablemente más desarrollado que la norma. Era lo suficientemente agudo como para hacerlo susceptible a la sugestión de la mente grupal, y esa noche el infortunado soñó febrilmente con un confinamiento, con ser atrapado, aislado de todos sus compañeros y de su mundo.

Se despertó con la idea confusa pero abrumadora de que había un alma que necesitaba su ayuda inmediata y específica. En una especie de estado de trance localizó su revólver de servicio, caminó hasta la casa donde estaba prisionera Violet y entró por una ventana trasera. Disparó a dos de los guardias mientras intentaban defender el edificio, hiriendo a uno en el muslo y matando al otro directamente, luego liberó a Violet de su cautiverio poco antes de que el hombre herido lograra pedir ayuda. Violet huyó, dejando a su libertador a merced de sus antiguos captores.

Aunque debería haber estado esperando algo por el estilo, tanto Emily como yo estábamos horrorizados por la insensibilidad de Violet hacia su salvador. Sin embargo, Violet se mostró bastante optimista sobre el sacrificio del hombre. Su participación había sido necesaria, no meramente conveniente, y el intercambio de su vida por la libertad de ella había sido una simple cuestión de prioridad. Estaba familiarizado con este tipo de cálculo moral de corazón frío por mis conversaciones con Percival, y sabía que era lo que hacía que acciones como el robo de Violet, esenciales para financiar las investigaciones de ella y de Percival en el inframundo de Londres, fueran aceptables para ambos.

—De todos modos, era un hombre supersticioso y vulgar —dijo Violet con desdén, y sus errantes vocales cockney y sus esquivas consonantes

recordaron de repente los tonos más educados de Percival—. Quizás era más brillante que el promedio de uno de vosotros, pero no entendía las cosas que su mente entreabierta le dejaba ver. Captó los márgenes de la conversación mental de sus superiores y creyó escuchar las voces de los ángeles o los mensajes de Dios. Él nunca podría haber sido uno de nosotros, incluso si la iglesia no lo hubiera atraído tan joven como lo hizo —se negó a seguir discutiendo el asunto, diciendo—. Por supuesto que no podéis entenderlo —dijo como si eso fuera el fin.

Después de su liberación, Violet se demoró en seguir las instrucciones de Percival de que se reunieran, si se separaban, en mi casa. Teniendo en cuenta que, en comparación con los policías fraudulentos, Emily era en gran medida el menor de dos males, había regresado con bastante frialdad a la estación de tren, aparentemente esperando encontrar a su antiguo perseguidor buscándola allí, como, de hecho, estaba.

En ese momento, Emily estaba preocupada porque no había recibido noticias de su propio socio, el hombre que había peleado con Percival en mi jardín la noche anterior (me sentí aliviado al saber que, a pesar de su nacionalidad común, el intruso no había tenido ninguna conexión con John Spears. Como Violet, no podía creer que Emily estuviera involucrada con la “banda de soldados”, y esta última estaba dispuesta a responder sin reserva por su amigo negro). Después de su encuentro inicial con Violet, Emily había dejado la estación de St. Pancras con la firme convicción de que la peculiar carterista era alguien de importancia para su trabajo. Habiendo agotado todas sus otras vías de investigación, había regresado a la estación con la esperanza de descubrir dónde podrían haber llevado los policías a su joven prisionera.

Las dos mujeres se habían conocido en la estación de tren. Parecía que, durante su encuentro transitorio, Emily había dejado una impresión tan duradera en la joven ladrona como esta última en ella. A mí me pareció que Violet había decidido arbitrariamente confiar en Emily, como había hecho Percival conmigo una vez, considerándola parte una protectora adulta parte

agente entre la sociedad humana mundana, y quizás (no me adulaba a mí mismo, por lo que no debería halagar a Emily) parte mascota.

Todo esto lo supe de Emily y Violet. Por mi parte, relaté mi diálogo con Spears, a quien Violet consideraba muy probablemente en connivencia con sus perseguidores.

—Quería la ubicación del Retiro —confirmé—, al igual que tus policías. En la actualidad, todavía cree que está en los mares del Sur.

—Percival dijo que nunca debiste haber escrito ese maldito libro —dijo Violet con calma—. Sin embargo, ahora es demasiado tarde —su mayor preocupación era que ya no podía hacer contacto con Percival—. No puedo localizarlo —se quejó, como si le molestara una conexión telefónica defectuosa—. Por lo general están allí, todos ellos, en el fondo de mis pensamientos. Es como... bueno, lo *entenderéis* mejor si digo que es como una habitación llena de gente, todos hablando a la vez. Si escuchas con atención puedes escuchar una voz en particular, incluso si no puedes distinguir lo que dice, ¿sabes? Desde anoche no puedo “oír” a Percival, por mucho que lo intente. Tampoco a los demás.

—No está muerto —aseguré—. Al menos, no lo creo. Puede que... se haya ido... a otro lugar, tal vez.

Explicué, lo mejor que pude, la escena que había presenciado la noche anterior, después de la lucha entre Percival y el negro.

—Me había preguntado si se trataba de una nueva habilidad que Percival había desarrollado: moverse de un lugar a otro instantáneamente, *in extremis*. Hay relatos de santos y místicos que realizaron hazañas similares... pero supongo que, si no reconoces el fenómeno, no debe haber sido así.

—Creo que sé lo que debe haber sucedido —dijo Emily—. Ciertamente, si Percival es tan inusual como dices, eso puede ser una posibilidad.

Continuó explicando algo del asombroso talento de su amigo, mi segunda visita inesperada de la noche anterior. Es de este hombre, y de sus notables cualidades, que debo contar ahora.

La historia de Lechasseur

Honoré Lechasseur nació en Nueva Orleans, y fue traído a Londres por esa incansable marea de hombres y municiones que estalló contra las costas occidentales de Europa en las últimas etapas de la guerra. Cuando después tuve la oportunidad de interrogarlo, se mostró extrañamente reticente sobre el tema, pero no tengo ninguna duda de que, de su raza, su familia debe haber sido notable. Es muy probable que, al igual que con tantos habitantes de esa colorida ciudad, la estirpe africana de sus antepasados se haya mezclado parcialmente con la de los indios europeos y americanos. Lo que es seguro es que, aunque mostró tanto esa dureza física como esa lasitud que se mezclan de manera tan paradójica pero tan intransigente en el carácter del negro estadounidense, era en otros aspectos atípico de ese tipo, poseyendo tanto un intelecto astuto como un grado mucho más elevado de sensibilidad a los más mínimos detalles de su entorno.

Lechasseur había tenido, como dice la gente, “una guerra mala”. Durante un período de servicio en Francia y Bélgica, una violenta explosión, de la que él fue el único superviviente de su pelotón, amenazó con lisiarlo, y durante mucho tiempo sus médicos insistieron en que nunca recuperaría la capacidad de caminar. El trauma psíquico que sufrió fue igualmente severo, y Lechasseur pasó un período de varios años en un estado de abatimiento hosco, perturbado por sueños extraños y salvajes. Finalmente, el uso de sus miembros volvió a él, y con ello una facultad mucho más rara, una que ahora cree que había estado latente dentro de él desde su niñez.

Para su asombro gradual, Lechasseur descubrió que a veces podía *percibir el tiempo*: no solo el paso del mismo, sino las formas y patrones que crea en el presente, el pasado y el futuro. Al principio, tales percepciones tomaron la forma de premoniciones y presentimientos informes, o recuerdos de lugares y eventos en los que él mismo no había estado presente. Por etapas, se hizo evidente para él que estas visiones estaban relacionadas con las personas, o más raramente con los objetos, con los que entraba en contacto. A

veces adquirirían una claridad sorprendente, en la que Lechasseur parecía ver al individuo que tenía ante sí como una sección transversal de un ser más grande, que consistía en ese hombre en su totalidad cronológica, la suma de todo lo que había sido y sería a lo largo del lapso de su vida. Estos “gusanos de carne” eran una “vista” perturbadora (porque, aunque el proceso perceptivo involucrado ciertamente no era la visión en su sentido más estricto, la vista seguía siendo para Lechasseur la analogía más cercana disponible), estrechándose hacia las colas gemelas de nacimiento y muerte.

De vez en cuando se encontraría con manifestaciones aún más extrañas. Cuando vislumbró por primera vez a Percival, Lechasseur percibió lo que llamó “hilos rojos” tejidos a lo largo del cuerpo del joven, que se alejaban de él a lo largo de días y años hacia un futuro muy distante. La juventud supranormal había sido un títere cosido de tela, pero una cuyos hilos dominantes eran esas mismas costuras que mantenían unido su cuerpo. Pero aquí me anticipo.

Poco después de que Emily y Lechasseur se conocieran por primera vez, descubrieron que Emily tenía un don igualmente excepcional, que era complementario al de Lechasseur y que sólo podía surtir efecto en el contexto del mismo. Porque mientras Lechasseur era sensible al tiempo, Emily era increíblemente capaz de *moverse dentro de él*, avanzando a lo largo de la línea de la vida de otra persona y siguiendo su “línea de tiempo” como un rastro. Para ello, debía estar en contacto físico con Lechasseur, o alguien como él: sin sus sentidos especiales, habría estado viajando a ciegas y probablemente se habría desvanecido para no volver jamás.

En el transcurso de su asociación, la diversa pareja se había dado cuenta de que estas habilidades a las que podían recurrir, aunque raras, no eran únicas. Una pequeña proporción de la raza humana caía en una u otra (aunque aparentemente nunca en ambas) de estas categorías de “sensitivos al tiempo” y “canalizadores del tiempo” (fue evidente para mí, cuando me dijeron esto, que tales habilidades no eran en sí mismas indicaciones de un estatus “peculiar”, sino más bien un talento raro pero natural tanto del *Homo Peculiar* como del *Homo Sapiens*, que había permanecido latente hasta generaciones recientes).

La mayoría de estos individuos, que nunca entraron en contacto con un miembro del tipo complementario, permanecieron ignorantes de su extraordinaria facultad. Cuando le relaté a Emily los eventos que había presenciado, o más bien los que no había presenciado, a través de mis ventanas francesas esa noche, fue su suposición inmediata de que Percival era un canalizador del tiempo además de sus otros atributos. Parecía que mi momentánea percepción extraña de él y Lechasseur como una entidad doble simbiótica había tenido un elemento de verdad al respecto.

Eso fue lo que Violet y yo aprendimos de Emily esa tarde. Para abordar la secuela de esa escena, en qué momento y en qué lugar se encontraban Lechasseur y Percival, después de que este último los hubiera arrojado inconscientemente a través del tiempo desde esa noche de junio de 1950, y cuyo camino personal a través de la historia fue el que ellos hicieron, debo recurrir al relato del propio Lechasseur, tal como me lo contó algún tiempo después.

En la llamada telefónica que le había hecho desde su casa, Emily le había comunicado a Lechasseur tanto el área general en la que había visto a Violet, como la descripción tanto de la joven como de su cómplice, que había recibido del supuesto PC Grayles. Dadas las apariencias inusuales de estas personas, a Lechasseur le había costado unas horas de trabajo descubrir el edificio en el que se habían alojado. Desde su recuperación, se había ganado una vida algo dudosa trabajando como una combinación de comerciante del mercado negro y detective privado, y en consecuencia era un hombre de muchos contactos, posicionados tanto en lo alto como en lo bajo de entre la variada ciudadanía de la capital.

El local en cuestión, cuya ubicación precisa es irrelevante para nuestros propósitos, era la mitad superviviente de una terraza de casas parcialmente derrumbada que habían sido bombardeadas durante la guerra y que aún no habían sido reconstruidas ni demolidas. Muchos de ellos permanecen en Londres y tienden a atraer a aquellos que tienen motivos, buenos o (más

habitualmente) malos, para evitar las fuentes de alojamiento más respetables de la ciudad.

Lechasseur tenía este hecho claramente en mente mientras se dirigía en bicicleta hacia esta dirección, y al llegar a la hilera de casas medio derruidas, intentó acercarse con cautela. Emily le había advertido que el joven que iba a encontrar podría tener habilidades más allá de lo ordinario, y después del verdadero bestiario de tales talentos que su trabajo conjunto había descubierto, Lechasseur no tenía ninguna inclinación a ser escéptico. Aunque tal cosa habría sido contraria a su costumbre habitual, se preguntó mientras se acercaba al edificio si no debería haber traído consigo un arma, y esta imagen estaba en el primer plano de su mente, junto con una clara imagen mental de la persona que buscaba, al entrar en el edificio. Para Percival, con su aguda conciencia telepática y su preocupación de que él y sus amigos estuvieran siendo buscados por hombres armados, el enfoque de Lechasseur difícilmente podría haber sido más obvio.

Al encontrar cada una de las puertas de entrada de la terraza tapiadas, Lechasseur ganó la entrada trepando por el marco de una ventana que había desaparecido hacía mucho tiempo. Encontró el interior de la casa lleno de escombros, que una sucesión de habitantes transitorios había intentado limpiar, con éxito parcial. Gritó:

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa?

Pero el silencio lo rechazó. Su agitación nerviosa trajo consigo una sensación asombrosamente precisa de su entorno, que a su vez pinchó sus percepciones temporales. Estas últimas se agitaron y despertaron cuando comenzó a subir los escalones hacia el piso superior de la primera casa de la terraza: las sombras comprometían la claridad de su visión, y los fantasmas de los muebles y decoraciones desde hacía mucho tiempo podridos persiguieron sus sentidos. Montones apilados de argamasa y mampostería parecieron agitarse y ponerse de pie, solo para retroceder cuando él volvió su mirada directa hacia ellos.

Arriba, Lechasseur descubrió que se había abierto un agujero en la casa de al lado, utilizando algún implemento pesado como un mazo. Subió a la siguiente propiedad antes de confirmar que esta habitación superior también estaba vacía. Los ecos de los habitantes pasados y futuros parpadearon en su sensibilidad, y apretó los párpados en un vano intento de filtrar esta avalancha de tiempo perdido. De esta manera procedió, revisando primero la planta baja y luego el piso superior de cada casa, mientras pasaban imágenes de las familias e individuos que alguna vez habían vivido allí. Ante sus ojos, los niños crecían y se marchaban de casa, mientras que sus abuelos retrocedían de la fatiga al vigor juvenil.

En ese momento, Lechasseur llegó a una escalera que se había destrozado en vigas y astillas, dejando una precaria barandilla que escaló con cautela para llegar al rellano del piso superior. Como en cada una de las casas, había un dormitorio contiguo a ella, y comprobó si había señales de vida. Por un momento, al entrar, vio a Percival agachado en el rincón más alejado, y en ese instante tuvo la extraña impresión de que el cuerpo del joven estaba atravesado por hilos rojos de futuro. Luego, en un instante, se sintió confundido por una premonición de lo que será ese lugar, dentro de décadas: un espacio oscuro, de techos bajos, delirando con ruido y luces intermitentes, donde jóvenes, semidesnudos, se retorcían y giraban en un frenesí arrítmico. Música estruendosa y extravagante presionó contra sus oídos, y colores pirotécnicos destellaron hacia él desde todas las direcciones.

Confundido y desorientado, Lechasseur gritó y cayó de rodillas. Cuando la opresiva visión se alejó de él, vio de nuevo la habitación oscura y lúgubre, y la figura ágil y simiesca de Percival saltando hacia él, con los brazos extendidos. Cuando el chico se precipitó contra él, Lechasseur gritó:

—¡No estoy aquí para hacerte daño! ¡Solo quiero hablar!

Y luego, derribado por el ímpetu de su atacante, cayó por la antigua escalera hacia los escombros de abajo. Por varios momentos creyó que el edificio se derrumbaría junto con él, la mampostería se caería sobre sus

hombros y pecho. No supo si se trataba de un recuerdo de la llegada de la bomba varios años antes o de una premonición de la eventual demolición de la terraza. Entonces, Percival se le echó encima una vez más, centrándose en su cara y brazos.

Débilmente, Lechasseur trató de protegerse de los golpes de su agresor, antes de descubrir que su confusión se intensificaba repentinamente y se multiplicaba por mil, mientras en su mente siglos de incendios y plagas, guerras y desastres pasados y futuros devastaban esa diminuta porción de Londres. En un momento se sintió sumergido en alguna inundación olvidada para luego, por encima de él, claramente de alguna manera a través del techo de la casa, ver una vasta embarcación circular girando por el cielo como un ocioso techo, sus escotillas arrojando fuego sobre las calles de abajo. Entonces la conciencia misma se desvaneció, y Lechasseur sucumbió a una oscuridad que estaba acosada por sueños malvados.

La búsqueda de Percival

Finalmente, uno de los otros ocupantes temporales del edificio lo despertó. La anciana vagabunda se opuso a su presencia y dio a conocer sus quejas con una lluvia de golpes que bastaron para devolver al negro al aquí y ahora. Dolorido y aturdido, pero dándose cuenta de inmediato de que esta pobre criatura asustada no merecía ningún daño de él, Lechasseur se disculpó avergonzado y se fue, emergiendo a las primeras horas de la tarde en una calle de Londres y percatándose de que su bicicleta había desaparecido.

Agotado, dolorido, frustrado y enojado, Lechasseur se sentó en una pared derrumbada y reflexionó sobre su posición. Ahora era obvio para él que la hipersensibilidad que había sufrido su percepción extra—temporal dentro del edificio había sido efectuada por el propio Percival, en lo que solo puede describirse como una forma de ataque telepático. Las visiones de Lechasseur habían aumentado en intensidad a medida que se acercaba a la habitación que contenía al joven, y rápidamente se habían hinchado para vencerlo una vez que estuvo en presencia del joven. Emily había tenido toda la razón al sugerir que él podría encontrar a su presa en posesión de algunas defensas especiales (a estas alturas, a Lechasseur no se le ocurrió que Percival podría haber sido un canalizador del tiempo. De hecho, creo que el modo específico de este asalto fue accidental, el infeliz resultado de que Percival identificara instintivamente un “punto débil” en las defensas psíquicas de Lechasseur).

Sin embargo, el negro pronto se dio cuenta de que el ataque del joven había tenido un efecto secundario prolongado y probablemente inesperado. Un eco de la sensibilidad mejorada impuesta a sus sentidos del tiempo todavía permanecía, como el cielo que se desvanece después de la puesta del sol, y como se demostró, perduraría durante varias horas más antes de que finalmente se detuviera. Para su ojo interior, una forma tenue pero distinta era visible frente a la casa, una larga sombra que no era en sí misma un gusano de carne, sino un molde de gusano o la piel desprendida de una serpiente, que se extendía desde el lugar donde Lechasseur había dejado su bicicleta para ir

hacia la esquina de la calle más cercana, donde desaparecía de la vista detrás de una hilera de casas intactas.

Lechasseur se dio cuenta de que, si iba a recuperar su propiedad, le esperaba una caminata muy larga. Dolorosamente se puso de pie y comenzó a seguir la estela del vehículo y de su conductor.

En el transcurso de las siguientes cinco o seis horas, Lechasseur siguió a Percival a una variedad de lugares, en cada uno de los cuales este último aparentemente había llevado a cabo una búsqueda apresurada de Violet. Uno de estos lugares era St. Pancras donde, por lo que el negro pudo averiguar por los rastros que se desvanecían del muchacho, había vislumbrado al policía de guardia y había huido.

Era cerca de la medianoche cuando Lechasseur finalmente llegó al jardín trasero de mi casa, momento en el que todo menos el más leve destello del paso de Percival se había desvanecido de sus percepciones menguantes. Encontró su bicicleta donde Percival la había dejado en un macizo de flores, cerca del parche de luz que proyectaba sobre el césped desde mis ventanas francesas. A pesar de lo fatigado que estaba, comprendió que tendría que estar alerta y bien preparado si tenía que enfrentarse a Percival de nuevo. En silencio, en la medida de lo posible, se maniobró a sí mismo en una posición desde la que podría espiar el interior cálido y acogedor de mi estudio. Era, como resultaron las cosas, el último atisbo de familiaridad que se le otorgaría durante algún tiempo.

De inmediato, Percival salió de la casa como un derviche, chocando con él, golpeando y golpeando. Mientras lo tiraban al suelo, Lechasseur sintió el sondeo de la mente del joven en los límites de la suya, pero esta vez, sin embargo, pudo desviarlo. A pesar de esto, su conciencia de las formas del tiempo comenzó a abrirse como una flor, y una vez más esas hebras ensangrentadas de la vida futura fueron visibles, tirando de un lado a otro del cuerpo y las extremidades de Percival. Fue en este punto que Lechasseur me

vio de pie en la puerta y se asustó tanto por lo que percibió que Percival pudo obtener su ventaja momentánea.

Fue la percepción de Lechasseur (y debe creerme cuando digo que, si me hubiera enterado entonces de la aparición, me habría sentido absolutamente perdido para explicarlo) de que mi cara no era mi cara: más bien parecía una máscara de cera, endeble y hueca, detrás de la cual *otro* rostro completamente diferente observaba la lucha de los dos hombres. Debe recordar que esta apariencia se presentó a los sentidos del tiempo de Lechasseur, no a su visión ocular. Aun así, ese rostro “le pareció” deformado y bestial, y estaba mirando, con un desprendimiento helado que mezclaba a partes iguales diversión y desprecio, directamente a Percival y a él mismo.

Cuando finalmente había inmovilizado con éxito los brazos de Lechasseur contra el suelo, Percival también se volvió hacia mí. Ya sea como resultado de su contacto corporal con el negro, que según he aprendido facilita la interacción de las facultades de canalización del tiempo y sensibles al tiempo, o gracias a esa tenue conexión mental que había logrado establecer entre ellos, me vio a mí, su amigo, por un momento a través de los ojos de Lechasseur. Inmediatamente preguntó:

—¿Quién es ese detrás de tu cara?

El asombro que en ese momento compartieron los dos hombres, el foco de su atención conjunta en esos horribles rasgos que acechaban detrás de los míos, los arrojó abruptamente al abismo del tiempo, a lo largo de la trayectoria que esa desconcertante pregunta había definido.

Como Lechasseur me diría más tarde, sonando algo agraviado: “El viaje no suele llevar *tiempo*. ¿A qué hora debe suceder? Lo más lejos que Emily y yo habíamos estado antes era algo así como ciento cincuenta años. Eso parecía nada, un parpadeo, luego estábamos allí, como quedarnos dormidos en un lugar y despertarnos en otro”. No es así como se sintió esta vez.

Siendo su curso aparentemente predeterminado, Lechasseur sintió como si él y Percival estuvieran cayendo, incapaces de dirigir su vuelo, aferrándose

juntos ahora no por antagonismo sino por la mera necesidad de contacto humano en un vacío eléctrico crepitante a través del cual parecía que se precipitaban. Después de un largo período, como le pareció a Lechasseur, se encontraron varados contra algo sólido y se derrumbaron para yacer jadeando en un suelo despiadado.

Pasaron largos minutos antes de que Lechasseur fuera capaz de abrir los ojos y contemplar sobre su cabeza un cielo de estrellas borrosas. Cada una brillaba con un tono azulado cuya falta de familiaridad le heló hasta los huesos. Sus percepciones temporales, tal vez sobrecargadas, guardaban silencio. Trató de levantar la cabeza, pero los músculos de su cuello parecían enervados y cayó dolorosamente hacia atrás. Se sentía como si su cuerpo descansara sobre un lecho de clavos o agujas, que lo sostenían con fuerza a través de su abrigo de cuero, pero sin piedad le pinchaban la cabeza y las manos. El aire era denso y húmedo, e incómodamente cálido. Haciendo acopio de todas las fuerzas que pudo, Lechasseur levantó la cabeza una vez más y vio que, como dijo más tarde, “nada a mi alrededor tenía el menor sentido”.

Yacía junto a Percival en lo que parecía ser una llanura cubierta de hierba, bajo un cielo cuyo tinte uniforme era el de la tarde y cuyas estrellas manchadas eran pastoreadas por un punto de luz mucho más brillante y más blanco. No se veía luna ni sol tampoco. Un acantilado, tan gigantesco que no podía decir si estaba cerca o lejos, se elevaba suave y de un púrpura oscuro, oscureciendo una gran parte del cielo. La “hierba” que lo rodeaba era de color amarillo brillante y no era hierba. Cada tallo era una espina rígida y aplastada, larga y afilada como un cuchillo. La cabeza de Lechasseur nadó y, en contra de su voluntad, cayó sobre cuchillas que se le clavaron el cuero cabelludo como puntas.

—Percival —dijo una voz, o lo que sonaba como si pudiera haber sido una voz, detrás de él.

Lechasseur miró al cielo mientras sonidos como fuertes pisadas se acercaban. Increíblemente, su peculiar compañero había logrado ponerse de

pie. El joven estaba encorvado, como si su cuerpo soportara un gran peso, pero su comportamiento estaba asegurado.

—Te vi —dijo, dirigiéndose a la presencia que se acercaba—. Vives detrás de la cara de Erik. Yo... supongo que debo haberte seguido hasta aquí.

Su voz tenía perplejidad, pero también orgullo. Lechasseur se preguntó qué haría falta para disminuir su confianza en sí mismo.

Un grupo de figuras agrupadas alrededor de Percival, extrañas, escorzadas desde la perspectiva de Lechasseur. Eran más altos que los hombres, de proporciones extrañas y grotescos. Sus movimientos eran ágiles y graciosos, sin impedimentos por lo que por fin se estaba dando cuenta, con un horror paralizante, que debía ser una gravedad más pesada que la de la Tierra. La figura más cercana lo miró con curiosidad y mirada pétrea, y Lechasseur reconoció los rasgos que antes había visto atormentando los míos.

Desesperado por cualquier información sobre su situación actual, examinó los detalles de la figura. La piel era suave y color verde pino, perfectamente lampiña incluso en la cara y el cuero cabelludo. La fisonomía era ampliamente humana, salvo por los ojos, de los cuales había varios. Estos formaban un anillo alrededor de la cabeza, separados unos de otros quizás por el ancho de tres dedos, con un segundo medio anillo, igualmente espaciado, que atravesaba el cráneo como una cresta. Colocada debajo del ojo central, la nariz tenía forma de hocico, las mandíbulas eran anchas y estaban equipadas no con dientes, sino con un par de crestas metálicas. Las orejas eran la característica más animal, parecidas a las de una vaca o un ciervo.

Los brazos y piernas de la figura eran significativamente más robustos que los del *Homo Sapiens*. La mano izquierda era humana en todos los aspectos, a excepción de las uñas, que también eran de un molde metálico. El órgano manipulador derecho no era una mano, sino un grupo de finos tentáculos que se asemejaban a una anémona de mar. Los hombros anchos y la cintura musculosa de la criatura parecían marcarlo categóricamente como un macho de la especie y, sin embargo, los pechos redondos y el pudendum

hendido implicaban todo lo contrario. Los pies eran grandes y planos, con dedos tan alargados que imitaban a los dedos. Para sorpresa de Lechasseur, las hojas espinosas se doblaron debajo de las plantas de la criatura de forma tan inofensiva como si fueran hierba real.

Lo más extraño de todo, a pesar de todas las características que marcaban a esta figura como inhumana, muchas de las cuales eran difíciles de definir y, sin embargo, profundamente inquietantes, Lechasseur se encontró convencido más allá de toda duda racional de que estaba mirando a un hombre. Para su mirada incomprensible, la criatura no era meramente masculina, no meramente humano en general, no meramente, como obviamente lo era, un ser inteligente, sino en realidad un hombre, un individuo de la raza humana. Si en eso se habían convertido los hombres, se preguntó Lechasseur horrorizado, ¿hasta cuándo le había traído Percival en el futuro? ¿Diez mil años? ¿Un millón? ¿Más lejos todavía?

La oscuridad invadió la agotada visión de Lechasseur cuando el hombre extendió la mano y, en un grave gesto de bienvenida que era totalmente humano, puso una mano sobre el hombro de Percival. Con calma, el joven asintió con la cabeza y declaró:

—Creo que ahora entiendo.

Las otras figuras, que ahora se desvanecían, se acercaron a Percival, tocándolo, murmurando, contra su voluntad, la mente de Lechasseur recapituló su anterior retirada al olvido.

HOMBRES Y SUPERHOMBRES

En el Retiro

La tarde que siguió a la llegada a mi casa de Violet y Emily la pasé en una planificación y un debate frenéticos, aunque este último término implica una especie de intercambio equilibrado de ideas con los iguales que la precocidad de Violet nunca podría haber permitido. Durante mi relación con Percival había tenido una amplia oportunidad de observar cómo ese joven talentoso, aunque de ninguna manera siempre estaba en lo cierto en cualquier asunto, era capaz de reunir argumentos lo suficientemente convincentes como para demoler cualquier razonamiento ofrecido por mí, por concluyente que esto último me pueda parecer.

Precisamente de esta manera, todas mis opiniones y las de Emily eran como paja antes del vendaval de la resolución de Violet, que era regresar al Retiro a toda prisa con los dos a remolque.

—Percival puede cuidar de sí mismo —insistió ella—, y parece que tu Honoré está acostumbrado a hacer lo mismo, Emily. De todos modos, no hay nada que podamos hacer por ellos aquí y ahora.

Habíamos acordado que, siempre que Percival y Lechasseur no se separaran en la era a la que hubieran llegado, podrían regresar al presente cuando quisieran. Consideraba que esta tranquilidad era tanto polémica como condicional, pero Violet tenía poca paciencia con mis reservas.

—Hay cosas más importantes en juego —dijo—. Sé que no les conté nada a esos soldados del Retiro, y dices que tú tampoco. Pero no sabemos con quién más podrían contactar. No eres la única persona con la que nos hemos mantenido en contacto en el mundo normal, ya sabes, Erik —esto fue una novedad para mí—. Sabemos que eres leal, pero solo eres un *Homo Sapiens*. La mayoría de vosotros no podríais aguantar media hora bajo tortura real, incluso por el bien de vuestras propias familias. Eso es un hecho científico, me temo. No puedo verte aguantando más tiempo por nosotros.

Su boca hizo un *mohín*. La principal preocupación de Violet era la defensa del Retiro contra la posible llegada de los cazadores militares.

—No tenemos ningún otro lugar adonde ir —admitió—. A veces, cuando algunos de nosotros estamos solos, en vuestro mundo, *desaparecemos*. Nunca descubrimos a dónde van. Pero en el Retiro siempre hemos estado a salvo. Pensamos que, si vosotros alguna vez nos amenazáis allí, podríamos ir y unirnos a una de las otras colonias en el extranjero, pero ahora tienen sus propios problemas. No pensamos que fuerais capaces de una campaña tan coordinada... y menos de engañarnos.

Al mirar por detrás de las cortinas del piso de arriba, había confirmado la identidad de nuestro observador como la del chófer, más bien matón, de John Spears. Estaba sentado en un coche aparcado, menos ostentoso que el Rolls —Royce que había estado conduciendo ese mismo día, y llevaba unas orejeras incongruentes que sin duda ocultaban un par de auriculares protectores. No podíamos confiar en el talento de Violet para escondernos de él, y así, cuando Violet, con impaciente magnanimidad, me dio tiempo para empacar algo de ropa y aconsejar a mi esposa por teléfono que se quedara con sus primos por el momento, hicimos nuestra salida por la ruta que Violet y Emily habían utilizado anteriormente. Si alguno de mis vecinos hubiera estado vigilando sus jardines en esa hermosa tarde de Junio, habrían visto a un novelista respetable asistido por dos mujeres jóvenes en una indigna lucha por saltar sus propias vallas traseras.

Violet había vetado mi sugerencia de que obtuviéramos el uso de un automóvil de uno de estos mismos vecinos diciendo que tenía un contacto en las inmediaciones a quien podría pedir prestado un coche sin necesidad de explicaciones complicadas. El vehículo resultó ser un Morris Oxford nuevo y atractivo, al que Emily y yo nos subimos sin cuestionarlo. Estaba tan poco acostumbrado a tratar con los supernormales y su enfoque desdeñoso de la moralidad convencional, que estábamos pasando por Richmond antes de que se me ocurriera que Violet simplemente se había apropiado del primer vehículo que encontró en las calles cercanas.

Había algo fascinante en la presencia de la joven que desanimaba tales dudas y preguntas, un magnetismo personal que poco tenía que ver con sus capacidades más esotéricas, y más en común con esa facultad de carisma que marca a ciertos individuos de nuestra propia especie como jefes de la mafia naturales. Violet no era un líder entre los supernormales, en la medida en que ese concepto tuviera algún significado para ellos, pues el honor era para Percival. Violet simplemente participaba de eso, como de tantas otras facultades, en un grado más profundo que casi cualquier ser humano normal.

Ya he dado a entender que la ubicación que describí en *The Peculiar* como la del Retiro era inventada: de hecho, al colocar el asentamiento comunitario de Percival en una isla tropical, me estaba entregando a una fantasía deliberada. Que había razones de peso para la confusión me había resultado evidente incluso entonces, de ahí la publicación de ese relato como una novela, más que como las memorias que eran en realidad. Como el lector astuto habrá adivinado, la colonia no estaba de hecho lejos de Londres a escala global, y simplificará considerablemente la narración de mi historia actual si, en lugar de mantener esa engorrosa pretensión, simplemente revelo que el santuario de los supernormales estaba prosaicamente situado en una granja aislada en el Norte de Gales. Nuestro plan era pasar la noche en algún lugar cerca de Shrewsbury y llegar a la granja en algún momento alrededor del almuerzo del día siguiente.

A medida que avanzaba nuestro viaje, tanto Emily como Violet se volvieron cada vez más pensativas y silenciosas, un hecho que atribuí por ignorancia a la preocupación por sus amigos, tal vez agravado en el caso de Emily por un desconcierto por la extraña situación en la que se había visto envuelta tan inesperadamente. De hecho, más tarde se supo que Violet, incluso mientras nos conducía hacia el Noroeste con una rapidez y habilidad que muchos automovilistas habrían envidiado, estaba en comunión mental con la comunidad del Retiro, preparándola para nuestra llegada. En cuanto a Emily, los sucesos y situaciones fantásticas eran las acciones de ella y de

Lechasseur, como descubriría en breve. Su pesimismo surgía, me decía, de cavilar sobre la crisis que enfrentaban los supernormales.

Como una persona excepcionalmente dotada, tal vez estaba más capacitada para simpatizar con estos milagrosos especímenes de una nueva humanidad que yo, en quien la admiración siempre se había atenuado con una cierta alienación. También estaba la cuestión de su amnesia.

—Entiendo cómo deben sentirse, al menos un poco —me confió en un momento del viaje de la tarde, cuando los dos habíamos convencido a Violet, que no estaba dispuesta a hacer una pausa necesaria por comodidad—. Sé lo que es encontrarse en un mundo que no tiene lugar para ti, donde no pertenecerás por mucho que trates de encajar. Intentas construirte un santuario y es derribado de nuevo cada vez. En cuanto a estos soldados... bueno, nunca he experimentado ese tipo de persecución, me alegra decirlo. Cazar a alguien, tratar de acabar con toda una raza, solo porque tienes miedo de lo que puedan hacer... ¿Qué tipo de mentalidad crees que se necesita, Erik, para entregarse a ese tipo de sed de sangre?

Negué con la cabeza. El mismo problema me había estado persiguiendo desde que hablé con Percival.

—Supongo que es la naturaleza bruta del hombre abriéndose paso —dije—. Estos hombres creen que el *Homo Peculiar* amenaza sus vidas y la vida de toda su especie. Un león anciano y débil luchará con todas sus fuerzas contra un joven vigoroso que intenta apoderarse de su manada. Es un regreso al imperativo básico de la evolución: matar o morir. En este caso, sin embargo, es inútil. Estos niños son el futuro de la humanidad y no tiene sentido resistirse a ese hecho.

A pesar de nuestro acuerdo anterior, Violet decidió sin consultar que conduciría durante la noche, lo que nos permitiría llegar al Retiro por la mañana. Insistió en que su constitución era más que adecuada para el prolongado esfuerzo físico y mental que ello supondría. Emily y yo dormimos irregular e incómodamente en los asientos de cuero del Oxford, y me desperté,

rígido y aterido, para contemplar esas majestuosas montañas galesas, solitarias y grises, iluminadas por el resplandor anaranjado del sol del amanecer.

Una hora más tarde, estábamos con los amigos de Violet en el Retiro. La comunidad ocupaba un conjunto de edificios agrícolas, de construcción tosca pero robusta, que se habían adaptado de diversas formas para la comodidad de sus nuevos ocupantes. Cuando la propiedad cayó (por qué medios nunca lo había descubierto) en manos de Percival, había sido abandonada y estaba en ruinas. Desde entonces, sin embargo, gracias a sus conocimientos agrícolas adquiridos con esfuerzo y al ingenio combinado de sus amigos, se había convertido en una granja en funcionamiento cuyos recursos eran perfectamente capaces de sustentar a los aproximadamente treinta ejemplares europeos de *Homo Peculiar* en cuyo hogar se había convertido, y que ahora estaban reunidos a nuestro alrededor como una troupe de simios, charlando y parloteando en varias lenguas.

Había belleza en la multitud, pero también horror. Un miembro típico de la especie superior aparece a nuestros ojos deforme, aunque ciertos individuos afortunados alcanzan una belleza igualmente sorprendente, aunque de otro mundo. Con frecuencia, las desviaciones corporales que practican estos individuos resultan ser aumentos orgánicos que permiten que sus cuerpos funcionen de manera más perfecta, mejorando en términos prácticos, si no estéticos, el diseño que la naturaleza ha impuesto a los hombres normales. Sin embargo, para mi mirada poco sofisticada, esta turba de casi humanidad que pululaba a nuestro alrededor recordaba esas grotescas representaciones de multitudes en las pinturas de algunos de los maestros flamencos: un catálogo de fealdad y deformidad que, sin embargo, cuando se ve en su totalidad y con desapasionado ojo, logra una armonía heterogénea que de hecho puede considerarse hermosa.

Cuando Violet, que parecía insolentemente fresca y descansada después de su agotador trabajo, saludó a sus amigos, nos llevaron al refectorio comunal para que nos alimentaran. Ni Emily ni yo habíamos comido desde la hora del

almuerzo del día anterior, y compartimos agradecidos de lo que se nos ofreció antes de que nos presentaran a la comunidad en su conjunto.

Emily y Freia

Ya había conocido a muchos habitantes del Retiro por los primeros esfuerzos de Percival por reunir a su comunidad: algunos de ellos, de hecho, habían sido mis invitados en una u otra época. Inmediatamente reconocí a Bridget, el primer miembro de su propia especie a quien Percival había conocido, a Jimmie, un prodigio matemático y musical que había causado gran sensación en la sociedad londinense ocho años antes, y que había sido íntimo de Percival en los primeros y más intensos días de experimentación sexual de este último con los de su propia especie, y varios otros. Jelena, la chica rusa que había sido capaz de hablar cuarenta idiomas con fluidez a la edad de doce años, y se había convertido en la cuarta de las fundadoras originales de la comunidad, estaba como Percival fuera del Retiro por algún encargo no especificado.

Todos eran, por supuesto, varios años más viejos que cuando los conocí, y habían comenzado a mostrar esas extrañas anomalías del proceso de envejecimiento que también son típicas de la cepa sobrenatural. Jimmie, por ejemplo, que tenía veintitrés años, ya estaba canoso y se estaba quedando calvo, aunque su físico era el de alguien de dieciocho años regordete. Bridget, la mayor de los miembros fundadores, aparecía todavía en las etapas transitorias de la pubertad, mientras que, al regreso de Jelena, descubriría que ella, la más joven, se había convertido, según cualquier criterio, en una joven muy hermosa. Todos me saludaron cordialmente, pero con una reserva que no había encontrado en ellos antes. Se estaban volviendo cautelosos con el mundo exterior y sus intervenciones en sus vidas.

Otros miembros de la comunidad me eran desconocidos y, por supuesto, todos eran extraños para Emily. Nos tomó algún tiempo presentarnos a los dos a los miembros del Retiro. Por el aire abstraído con el que estos jóvenes nos contaban sus historias vitales, sospeché que se estaba celebrando una conferencia psíquica, precipitada por la llegada de Violet. La tensión llenó la

atmósfera que nos rodeaba, pero nos excluyó tan completamente que Emily, creo, no se dio cuenta de su existencia.

Sin embargo, algunas de las historias que contaron los recién llegados fueron fascinantes. Pedro, un joven español larguirucho y tartamudo de casi dos metros de altura, confesó tímidamente que también tenía más de doscientos cincuenta años, que simplemente había dejado de envejecer a los quince y había pasado la mayor parte de su vida como novicio en monasterios por toda Europa, avanzando a intervalos de una década más o menos cuando sus compañeros se volvían cautelosos o supersticiosos con respecto a su prolongada juventud. Aunque su prolongada y enclaustrada existencia le había aportado un gran aprendizaje, en rapidez de intelecto e imaginación era algo inferior a la mayoría de los supernormales, y lo convirtieron en una mascota.

Había un niño griego, bautizado Nikolas, pero generalmente llamado “Argos”, que ilustró vívidamente la frecuente utilidad de estas supuestas deformidades de los supernormales. Poseía un grupo de ojos adicionales, media docena en número, que estaba ubicado en la parte posterior de su cráneo. Aunque más pequeños de lo habitual y sin párpados, estos orbes funcionaban perfectamente bien, e incluso cuando “Argos” dormía, lo que hacía boca abajo en uno de los dormitorios comunes, giraban en sus cuencas anteriores, siguiendo cualquier movimiento en la habitación.

Me sorprendió encontrar entre estos amigos de Percival y Violet a una a quien había conocido por su reputación en el mundo exterior. Mary O’Rourke había sido una joven de mediana edad, de apariencia frágil y enfermiza, que había causado un gran revuelo cuando sus padres, devotos espiritistas, la habían traído a Inglaterra unos años antes. Sus evidencias de comunicación con los espíritus de los muertos eran tan escandalosas y, sin embargo, tan sustanciales, que un científico eminente se había encargado de “quitarle la tontería”. Después de mucho estudio, finalmente se había confesado desconcertado por el engaño que estaba usando la chica irlandesa, y poco después se había retirado de la vida pública.

Mary me informó que, de hecho, sus comunicaciones post—mortem habían sido completamente genuinas. Sabía que varios de los niños supernormales, tras la muerte de un familiar cercano, habían creído que permanecían en contacto con alguna “presencia” nebulosa del difunto. Siendo escépticos por naturaleza y por entrenamiento, generalmente atribuían lo que para otros podría haber sido una fuente de consuelo a la más pura ilusión de su parte. Sin embargo, parecía que la forma particular de educación religiosa de Mary, en la que se invocaba habitualmente a las almas de los difuntos, había hecho que ella desarrollara la misma facultad en un grado mucho mayor. Se había dado cuenta de que sus habilidades no eran una prueba de la supervivencia del alma, sino más bien una forma tosca de viaje astral en el tiempo, en el que viajaba mentalmente al pasado y entraba en contacto psíquico directo con las mentes de aquellos que estaban, según la forma en que entendemos el tiempo, muertos hace mucho tiempo.

Una vez que Mary estuvo bajo la protección del Retiro, Percival se encargó de perfeccionar esta habilidad suya, con miras a solicitar información del futuro. Su intención era que Mary pudiera ser inducida a entrar en contacto con el Percival de un año en el pasado y que, una vez establecido el hábito de tal comunicación, Percival podría, en el presente, invocar el valioso conocimiento de la Mary de dentro de un año. Deduje que, hasta el momento, su éxito en esto había sido mínimo.

El último habitante del Retiro al que nos presentaron era el más joven. Hasta ahora, nos informó alegremente Violet, ningún intento de engendrar un supernormal con otro supernormal había dado como resultado una descendencia viable.

—Creo que te gustará Freia, de todos modos —dijo—. Ella vino a nosotros por su propia cuenta desde Alemania, hace dos años. Tiene seis.

Este fue un logro excepcional, por decir lo menos, pero Freia era una joven excepcional. Ella era uno de esos miembros de la especie peculiar cuya divergencia de la norma del *Homo Sapiens* resultó, no en fealdad, sino en

belleza trascendente. Su rostro, el rostro todavía regordete de una joven, era el de una esfinge o un ángel orgulloso, que miraba al mundo con afecto condescendiente y con malicia indulgente en igual medida. Era una expresión que me recordaba profundamente a la de Percival a la misma edad.

La joven tenía las proporciones de una joven normal de su edad en todos los aspectos, aunque la gordura de sus extremidades contrastaba con la fuerza del músculo subyacente. Su inteligencia era prodigiosa y podía conversar en inglés tan bien como muchos hablantes nativos del idioma podían hacerlo como adultos. Emocionalmente, sin embargo, todavía era una joven, con todas las inseguridades que la acompañan y la extraña insensibilidad de un niño hacia los sentimientos de los demás. Freia pasó algún tiempo estudiándonos a los dos, con ojos del azul cristalino de la genciana alpina, antes de hablar. Con una voz chillona, casi sin acento, declaró:

—Ninguno de los dos tiene la misma forma que otras personas. ¿Por qué es eso?

—¿Qué quieres decir, Freia? —preguntó Emily animadamente, mientras Violet sonreía.

Yo sabía por una larga y embarazosa experiencia las dificultades de tratar con los jóvenes de la especie superior: uno no podía tratarlos ni como un humano adulto ni como un niño, porque no eran iguales ni inferiores. Uno solo podía abordarlos como los individuos que eran en un momento dado, hecho que requería una adaptación constante a su rápido desarrollo mental.

—Eres como un amputado —dijo Freia a Emily con gran precisión—. Tu pasado y tu futuro han sido cortados. Y tú —me miró con esos ojos azul hielo—, tienes dos vidas, y solo una de ellas es la tuya. Hay otra persona escondida dentro de ti. Me gustaría estudiaros a ambos un poco más.

No estaba seguro de si se refería a Emily y a mí, o a mí y a mi misterioso habitante. Violet seguía sonriendo.

—Todo un truco, ¿no es así?

—Ves la vida de la gente, ¿no es así, Freia? —preguntó Emily con dulzura— Puedes ver las formas que toman, hacia atrás y hacia adelante en el tiempo.

Freia suspiró profundamente.

—Sí —dijo con la exagerada paciencia de un niño—. ¿Qué te pasó, que cortó tu pasado de esa manera?

—No lo sé —dijo Emily—. Nunca lo supe.

La joven lo asimiló solemnemente y asintió con la cabeza.

—Ahora voy a jugar con los perros —dijo.

—Está bien, Frey —dijo Violet—. Vete. No hicimos la conexión hasta ayer —dijo mientras la chica alemana se alejaba alegremente—. Pensamos que las percepciones de Freia eran otro aspecto de ese don que tiene Mary. Pero después de lo que me dijiste sobre los sensitivos al tiempo, obviamente ella es uno de ellos. A Percival le va a encantar.

Pensé en Percival, suelto en el tiempo, sus experimentos con Mary superados instantáneamente por esa simbiosis sin esfuerzo que convertía a un canalizador y un sensible en su propia máquina del tiempo. Cuando era niño, me había dicho el doctor Tremaine, Percival siempre había visto el paso normal del tiempo como una restricción arbitraria y molesta. Demandaba: “¿*Por qué* tengo que esperar? ¿Por qué no puedo tenerlo ya sucediendo ahora?” o “¿Qué quieres decir con que no se puede evitar? ¿Por qué no lo hacemos de nuevo y lo hacemos bien esta vez?”. Vio el tiempo como una limitación más impuesta por el *Homo Sapiens* a sí mismo, como las leyes o el lenguaje. En este caso, su arrogancia natural (que confieso que nunca había necesitado mucho alimento para prosperar) quizás había sido alimentada por los sentimientos instintivos de un canalizador del tiempo.

—Ya lo veis, ¿no? —nos preguntaba Violet— Tuve que traeros a los dos aquí al Retiro para que lo vierais. Lo que tenemos aquí es demasiado importante y precioso para que vuestra gente lo comprometa. Cuando lleguen

esos soldados, habrá una lucha por la supervivencia. Nuestra supervivencia, no la vuestra. Todavía no planeamos poner en peligro al *Homo Sapiens*.

—¿A qué te refieres con “todavía no”? —preguntó Emily.

Violet la miró con fría evaluación.

—Quiero decir —dijo—, el momento para eso llegará, algún día. El futuro está en nosotros, me refiero a nosotros los supernormales, y a nuestros hijos, cuando los tengamos. Los días del pobre *Homo Sapiens* están contados. Por supuesto, es posible que se conserven algunos ejemplares superiores de vuestra raza. Estoy segura de que nos serán de gran utilidad. Pero no se os puede permitir que sigáis con vuestra crianza. Si continuara sin control, en diez años seríais tres mil millones, quizás diez mil millones en un siglo. No podemos permitir que eso suceda.

Había escuchado esa frase antes, muchas veces, de Percival. Tenía diez años e ignoraba la existencia de otros de su especie cuando llegó por primera vez a esta conclusión, y desde entonces se había mostrado implacable.

—Lo habéis hecho bastante bien —dijo Violet—. Dadas vuestras limitaciones, habéis hecho un buen trabajo preparando nuestra Tierra para nosotros. Y no es un destino tan malo, de verdad. ¿Creéis que el hombre de Neandertal lamentó su propia muerte cuando permitió que nuestros antepasados lo suplantaran?

—Me imagino que lo hizo, sí —dijo Emily con rigidez. Era el mismo tono que yo había adoptado con Percival en innumerables ocasiones.

—Bueno —admitió Violet—, tal vez. Pero eso solo muestra lo poco desarrollado que estaba. En esa pequeña lucha, el *Homo Sapiens* era el tipo más desarrollado, como ves, y se comportó admirablemente. El pobre y viejo Neandertal debería haber estado feliz, ya que su extinción estaba permitiendo que una forma de vida más elevada y vívida ocupara su lugar. Y también deberíais estar felices ahora, o en diez años, cuando llegue la lucha. Vamos, si supieras que eres el candidato menor para un trabajo importante, uno que es

realmente vital para que todo se haga correctamente, seguramente no intentarías ponerte por delante de la otra persona, ¿verdad? Es algo noble ceder el paso a los mejores que tú.

Emily no pareció del todo convencida y recordé sus preocupaciones del día anterior. Entonces se sorprendió ante la idea de que un pueblo intentara acabar con otro y no podía imaginar que ella cambiaría su juicio simplemente porque esta bota estaba en el otro pie. Aun así, pensé, eventualmente se recuperaría, como yo, y aceptaría en silencio el destino de nuestra especie. Al final, todos tendríamos que reconocerlo: los supernormales se asegurarían por completo de eso.

Las opiniones de Gideon Beech

Emily y yo no éramos los únicos visitantes del mundo mundano a quienes los habitantes del Retiro iban a recibir esa tarde. Alrededor de las cuatro en punto, las deliberaciones en las que nos veíamos envueltos Violet, Bridget y Jimmie fueron interrumpidas por el ruido de un segundo automóvil que se acercaba al lugar.

—¿Son los soldados? —preguntó Emily con preocupación inmediata.

—No temas por eso —dijo Violet con desdén—. Nunca habrían pasado el perímetro, no sin hacer suficiente alboroto para que nosotros lo supiéramos. Es solo que Lou y Jelena regresan con Giddy.

Esta no era la primera vez que se mencionaba un misterioso “perímetro”. Parecía que entre los avances técnicos que habían sido proporcionados por Percival, Jimmie y los otros ingenieros de la comunidad (estos incluían, junto con numerosos mecanismos de ahorro de mano de obra, un generador altamente avanzado para alimentar todo el sitio de “la aniquilación absoluta de la materia”, y un dispositivo que entendí que se llamaba “el terminal”, cuya función no me fue explicada en ese momento) había un medio mecánico de enfocar, dirigir y controlar la energía psíquica personal, ya sea la de un individuo o de una agrupación psíquica como el Retiro mismo.

El estado colectivo en el que la mente grupal de la comunidad había podido ayudar a Violet a escapar de la casa y, de paso, condenar a su salvador, no era habitual y requería un esfuerzo mental considerable para sostenerse. Este mecanismo proporcionó una alternativa menos onerosa y potencialmente duradera. A lo largo de los años, algunos de los supernormales se habían convertido en expertos en el uso de sus habilidades telepáticas con fines ofensivos, el asalto que Percival había dirigido anteriormente contra Lechasseur era un ejemplo, y mediante el uso del nuevo dispositivo los ingenieros habían podido automatizar el proceso.

La máquina, por supuesto, no podía replicar la técnica específica mediante la cual Percival había adaptado su ataque a las vulnerabilidades personales de Lechasseur, pero un asalto mecanizado podría ser abrumador, no obstante, ya que el dispositivo era capaz de aprovechar su poder de las potencialidades psíquicas combinadas de toda la población del Retiro. Como Jimmie nos había informado alegremente, era únicamente la presencia de Violet en nuestro coche lo que nos había librado a Emily y a mí de “tener nuestros cerebros destrozados a medida que avanzábamos”.

—Sin embargo, no puedo evitar desear que Percival estuviera aquí —admitió el joven—. Él es quien diseñó el maldito artilugio, y es a él a quien necesitaremos si se van a hacer reparaciones o ajustes.

—Regresará pronto —había dicho Violet—. Esos soldados no sabrán qué les ha golpeado, ya verás.

Sobre este tema de sus aventuras científicas, los jóvenes se mostraron inusualmente comunicativos, y solo podía respetar la confianza que depositaban en Emily y en mí como miembros de la especie normal, incluso si algunos de sus indicios sobre las potencialidades de sus otros dispositivos me parecieron a la vez intrigantes y aterradoras.

Los supernormales habían decidido por unanimidad que en la crisis actual sus defensas, reforzadas según fuera necesario, tendrían que ser suficientes. Se consideró que la única alternativa, la de evacuar el Retiro, era demasiado arriesgada. Serían demasiado conspicuos si viajaran *en masa* y demasiado vulnerables si procedieran en grupos más pequeños. Además, no había otro refugio al que pudieran escapar.

—¿Y quién es Giddy? —pregunté a Violet. Jelena la conocía, naturalmente, y ya había oído mencionar a Lou como su amante.

—Haces muchas preguntas, ¿no? —dijo Violet con descaro— Lo verás pronto.

Así como ese mismo día los supernormales se habían apiñado en el corral para recibir a nuestro grupo cuando llegó, ahora salieron corriendo para encontrarse con el automóvil que se acercaba, a cuyos ocupantes tenía dificultades para discernir entre todo el alboroto. Cuando finalmente salieron de la multitud, Jelena y el joven que supuse que era Lou escoltaban a un hombre muy anciano, que según todas las apariencias era de origen humano común. Hablaba animadamente con aquellos de la multitud que se dirigían a él y parecía imbuido de una energía que debía ser del todo excepcional a su avanzada edad. Llevaba un bastón, pero su forma vivaz de caminar sugería que debía recurrir a él, pero rara vez. Tenía los ojos brillantes, la frente alta arrugada y lucía una barba cuadrada y poblada de pelo enjuto.

—¡Dios mío! —exclamé— ¿Es...? Ese no puede ser Gideon Beech, el dramaturgo.

Violet se puso engreída.

—Estamos reuniendo a nuestros amigos. Los que nos quedan, al menos —agregó, más sobria.

—¡Pero debe tener noventa años! —protesté.

De hecho, el señor Beech, que tiene la distinción de ser probablemente nuestro dramaturgo vivo más eminente, tenía en ese momento noventa y tres años y desde entonces ha cumplido ya los noventa y cuatro. Ha sido una figura prominente en la esfera de las letras inglesas durante casi todo el tiempo que yo llevo vivo, y han pasado veinticinco años desde que recibió el Premio Nobel de Literatura.

No tenía idea de que los supernormales lo conocían, ni de que estuvieran interesados en él. No había estado entre los literatos ni entre los dramaturgos con los que el joven Percival se había asociado durante su breve estancia en Londres.

El señor Beech fue trasladado a la rústica dependencia, ahora excavada en un refectorio espacioso y bien equipado, donde Emily y yo habíamos estado

conversando con Violet y los demás. Se sentó a la cabecera de la única mesa larga y miró con complacencia a su alrededor.

—Bueno, entonces —dijo, dirigiéndose a la sala en general—. Este es un buen lío en el que se han metido ustedes los jóvenes.

—Señor Beech —dije—. No tenía idea de que le conocían aquí.

Me frunció el ceño.

—¿Y quién diablos eres tú, muchacho? —preguntó.

Me presenté apresuradamente, ayudándole a recordar al mencionar que los dos habíamos mantenido correspondencia una o dos veces sobre cuestiones literarias.

—Y esta es la señorita Emily Blandish —agregué, intentando y sin recordar cuándo me habían llamado por última vez por “muchacho”.

Le sonrió a Emily.

—Encantado, querida. Y con el señor Clevedon también. Bien, bien. Escribes esas novelas llenas de material que se supone que es una especie de filosofía científica, ¿no es así? Sí, Jelena me dijo que podrías estar aquí —podría haber deseado que Violet me hubiera hecho una cortesía similar, pero no lo dije—. Parece que no estamos dejando entrar a nadie en estos días, no me refiero a usted, por supuesto, jovencita. Bueno, no importa.

Recordé ahora, en medio de una creciente consternación, que un sentido enormemente inflado de su propia importancia para el mundo siempre había impregnado los escritos de Beech. Esto se extendió a sus tratos públicos y ciertamente se había convertido en una característica destacada de nuestra correspondencia. Nadie que estuviera familiarizado con su trabajo y su campo dudaba de su genio, pero menos él mismo. Muchos críticos contemporáneos lo consideraban el mejor dramaturgo británico desde Shakespeare. Beech, sin embargo, había observado en más de una ocasión que las pretensiones de grandeza de Shakespeare aún no lo habían convencido, y algunas de las obras

más conocidas de Beech eran intentos de establecer un récord directamente sobre asuntos históricos en los que sentía que su ilustre predecesor se había equivocado.

Sin embargo, a pesar de su arrogancia y condescendencia, pensé que reconocía en Gideon Beech un espíritu afín. Ahora estaba revisando ese juicio.

—Muy bien, Giddy —dijo Violet con condescendencia—. Esto es Liberty Hall. Estamos abiertos a todos, incluso a los... antiguos genios.

Beech sonrió, reconociendo la burla.

Beech no tardó mucho en enterarse de los detalles de la crisis particular que enfrentan actualmente los supernormales. Hizo preguntas perspicaces e hizo algunos comentarios mordaces sobre las dificultades que podrían surgir durante la defensa del Retiro. Claramente, a pesar de la venerable edad que había alcanzado, su formidable intelecto aún no lo había abandonado y, a regañadientes, me di cuenta de que los jóvenes habían tomado una decisión muy sensata al reclutarlo para su causa.

Aun así, había algo incongruente en el tenor de su discurso, y me tomó un tiempo darme cuenta.

—Bueno, entonces —observó Beech de nuevo, después de una discusión—, parece que este puede ser el comienzo de ese cataclismo que hemos estado anticipando, hijos míos. El mañana bien puede vernos a todos envueltos en la lucha decisiva de lo normal contra lo supernormal, el hombre contra el superhombre. Supongo que cada uno de los que estamos aquí tiene el buen sentido de ver de qué parte de la Vida será seguidor en tal conflicto, con las excepciones tal vez —aquí sonrió y asintió con la cabeza—, de Clevedon y la señorita Blandish.

Sonrió con benevolencia a la compañía reunida, y de repente me di cuenta de que Beech era lo suficientemente engreído como para contarse (¡seguramente erróneamente!) entre los números de asistentes supernormales.

Lo miré por varios momentos. Gran parte de su rostro estaba oculto por esa famosa barba patriarcal, pero claramente no tenía ninguna de esas aberraciones de fisonomía que eran las indicaciones externas del tipo del *Homo peculiar*. Además, salvo Pedro, tenía seis o siete décadas más que el mayor de ellos.

—No estoy segura de seguirlo, señor Beech —decía Emily—. ¿Está diciendo que cree que los jóvenes tienen posibilidades de vencer a los soldados? No solo sobrevivir, quiero decir, derrotarlos.

—Mi querida señorita, eso y más —dijo Beech—. El asunto tiene toda la inevitabilidad de la historia. Estos jóvenes que ves a tu alrededor son los herederos del poco derecho que tenemos sobre la humanidad. Son ellos, aunque ciertamente no lo son, mansos, quienes muy pronto heredarán la Tierra. ¿No estás de acuerdo, Clevedon?

—Supongo que crees que han sido creados a propósito para ese fin —dije—, por tu ciega diosa Tierra.

Como la mayoría del público lector, soy consciente de que Beech sigue una religión arcana y pseudocientífica de su propio diseño, que eleva la “Voluntad de la Vida” (una personificación a medias de la evolución, y la evolución entendida de acuerdo con un esquema arcano predarwiniano, en eso) al estado de una deidad. Según Beech, el desarrollo de la vida es un proceso autodirigido, en el que esta creadora informe y semiconsciente se esfuerza constantemente por mejorarse a sí misma.

Ciertos críticos, incluido el destacado apologista cristiano, el profesor John Cleavis, afirman haber encontrado un grado de simpatía entre la filosofía de Beech y la mía, que equivale a algo así como un dogma unificado. De hecho, esta percepción no podría estar más lejos de la verdad. Mientras veo el universo, y la vida dentro de él, como parte incidental del creador, abstraída y separada como un preludio a ser moldeada objetivamente por la mente consciente de esa deidad, Beech ve a su deidad como activamente presente en la Vida misma, comprometida en una tonta y animal lucha por su propia

mejora. En mi trabajo me he esforzado por mostrar que el Hombre, por noble que sea por derecho propio, es en última instancia casi irrelevante para el esquema cósmico, mientras que Beech ignora la muy probable posibilidad de vida fuera de nuestro sistema solar y hace al Hombre en su encarnación actual, como el logro actual más elevado de la fuerza vital, fundamental para todo el plan de la creación.

En esto, la fe supuestamente científica de Beech duplica ese mismo antropocentrismo que ha sido un error cardinal de los credos más antiguos que él intenta derrocar. Más desastrosamente aún, al ver la vida y el espíritu como el bien supremo y su negación como el mal supremo, recapitula su dualismo moral. He luchado en mi propio pensamiento con este error tan seductor pero siempre regreso a la conclusión de que nuestras categorías humanas de “bien” y “mal” no tienen sentido cuando se aplican a la deidad: que nuestro Creador combina en Su naturaleza tanto el bien absoluto como lo que es en nuestros términos el mal absoluto, y que nuestro propósito como Sus criaturas, cualesquiera que sean nuestros sentimientos al respecto, es tanto para sufrir como para prosperar.

—Oh, por supuesto —dijo Beech en respuesta a mi objeción, radiante—. Creado por la Voluntad de la Vida, sin duda, pero indirectamente. Sus creadores mundanos están más cerca de casa. La Voluntad siempre encontrará una manera de expresarse, y en el presente caso ha optado por hablar por medio de la locura humana. Estos jóvenes representan el trágico orgullo del hombre dado forma, porque es el hombre, el modelo antiguo y obsoleto, quien sin darse cuenta y tontamente los ha creado.

Su transmisión de esta noticia me asombró y desconcertó. Violet y los demás lo recibieron con aparente calma, pero yo era sensible a ciertas pistas sutiles de expresión y postura que habrían eludido a alguien menos familiarizado con la compañía de los supernormales. La declaración de Beech, ya fuera verdad o (como no pude evitar sospechar) una ficción ideada para permitirle seguir siendo el centro de atención, era para ellos una información completamente nueva.

Jelena, que parecía haberse designado a sí misma como la tutora de Beech, lanzó un suspiro exagerado.

—Suéltalo, por favor, Giddy —dijo—. Deja de ser tan misterioso y cuéntanos todo lo que sabes.

Lo que Gideon Beech sabía, o afirmaba saber, lo diré ahora. Por una consideración básica para mi compañero autor, intentaré lo mejor que pueda representar las palabras del dramaturgo textualmente. Sin embargo, por respeto a mis lectores, quitaré la mayor parte del tedioso comentario autoengrandecedor de Beech sobre su propia participación en los asuntos.

Debo decir ahora, sin embargo, que si bien su narración me hizo sentir profundamente incómodo, y si bien me sentí extremadamente dubitativo acerca de la glosa filosófica que le dio, no continué por mucho tiempo dudando de los detalles de su testimonio.

El "Programa Hampdenshire"

—Los caminos son legión —dijo Beech—, en los que la Vida progresa y mejora, y sus recursos son ilimitados. A veces, sin embargo, sus impacientes hijos consideran que los métodos que utiliza son demasiado lentos.

No son los primeros de su especie, naturalmente. Su amigo Pedro se lo ha demostrado y... bueno, la modestia lo prohíbe. La vida hace lo que le place y le ha complacido que destellos como ustedes aparezcan a intervalos a lo largo de la historia de la humanidad. Sócrates era uno de ellos, al igual que Gautama. Incluso ese aficionado de Jesús de Nazaret puede haber sido de un tipo similar hasta cierto punto. Pero ustedes, hijos míos, representan la primera vez en la experiencia evolutiva en que una cosecha completa (y una cosecha tan fina también lo es) de *Homo Peculiar* ha brotado en el mismo instante histórico (¡y en un instante tan crítico!).

Todos ustedes son demasiado jóvenes para recordar la Gran Guerra que se produjo antes de la última, y que estaba destinada a poner fin a todas las posibilidades de una guerra futura, excepto Clevedon, quien tal vez, como muchos de su generación, lo recuerda demasiado bien. Millones de jóvenes murieron en ese conflicto, despedazados por bombas, balas o alambradas de púas y muchos más regresaron a sus hogares convencidos de que matar a un hombre no era gran cosa, y que los problemas de la humanidad tal vez podrían resolverse matando a muchos hombres de una sola vez.

Fue un mal momento para aquellos de nosotros que servimos a la causa de la Vida, y que valoramos la unidad espiritual de la humanidad por encima de las mezquinas demandas de nuestros estados—nación doblemente temporales.

Diferentes tipos de hombres extrajeron diferentes lecciones de esa guerra. Aquellos de nosotros en todos los estados—nación que considerábamos que nuestras lealtades trascendían cualquier sentido limitado de lugar que nuestros líderes tribales pudieran haber tratado de inculcarnos,

hicimos intentos de unirnos como ciudadanos del mundo y cooperar para asegurar que una atrocidad como la guerra no podría volver a ocurrir fácilmente. Algunos de nosotros pensamos que esto solo podría lograrse estableciendo una élite científica internacional, para guiar a las clases menos educadas del mundo, otros esperaban con interés la unificación de las religiones de la humanidad, mientras que otros aún abrigaban esperanzas en la revolución del proletariado.

Todos comprendimos que alguna forma de planificación social integral, benévola en sus objetivos, pero despiadada cuando es necesario en su ejecución, sería indispensable para lograr tal estado de cosas. Algunos de nosotros teníamos los medios intelectuales para darnos cuenta de que un fin tan ambicioso podría lograrse por un medio no menos elevado que la reconstrucción de la propia naturaleza humana.

Los hombres que estaban a cargo de los estados—nación, por el contrario, habían llegado a conclusiones muy diferentes. Su creencia, ya que a este respecto las creencias de aquellos en la cúspide del poder en todos los países civilizados, así llamados, eran idénticas, era que, si tal guerra se repitiera alguna vez, su propia tribu debía ser a toda costa la única, que debería prevalecer. Con este fin, estos hombres se propusieron fortalecer sus tribus nacionales. Hicieron esto subrepticamente, sabiendo que, si tal proyecto tenía éxito, debía hacerse en secreto, lejos de la mirada tanto de sus propias poblaciones cansadas de la guerra como de los espías de otras naciones.

Los programas que llevaron a cabo giraron en su mayor parte en torno a la adquisición de nuevas armas, ya sea por descubrimiento o invención. Naturalmente, esto requirió la ayuda de expertos en todas las ciencias aplicadas, siendo la más nueva y dinámica la biológica. La guerra misma había visto algunas innovaciones esperanzadoras en la matanza de hombres en gran número mediante la aplicación de la ciencia de la vida y, con miras a construir sobre un progreso tan indudable, cada uno de los gobiernos tribales reunió, en un secreto mortal, lo mejor de sus experimentadores biológicos.

Hubo una correspondencia sorprendente y feliz entre las ambiciones de los estados—nación y las de los aspirantes a internacionalistas. Porque uno de los planes ideados de manera individual pero idéntica por los líderes de cada nación fue el de criar mejores combatientes: soldados que lucharían con toda la fuerza, la astucia y el valor de los héroes y semidioses de la antigüedad, ya que los avatares locales tomados por estos paragones se llamaron Artorius, Sigfrido o Paul Bunyan.

De hecho, se habían realizado algunos esfuerzos en esta dirección tanto durante la guerra como antes, pero no habían tenido éxito, y sus vergonzosos productos por lo general se habían guardado cuidadosamente fuera de la vista. Sin embargo, con el reciente descubrimiento de ciencias como la eugenesia, las autoridades esperaban que se pudieran obtener resultados más satisfactorios. Con este fin, se ordenó a los biólogos que descubrieran la forma de hacer superhombres, aunque, por supuesto, los líderes tribales pensaron que estaban pidiendo super—alemanes, super—americanos o super—ingleses.

Naturalmente, un buen número de estos experimentadores biológicos eran miembros de esa incipiente confederación internacional que los científicos de todas las naciones habían estado trabajando para establecer. Algunos de ellos eran también miembros de esa asociación más enrarecida a la que yo tenía el honor de pertenecer, que percibía que las futuras esperanzas de la humanidad descansaban enteramente en el mejoramiento físico y mental de la raza.

El plan para engendrar al super-inglés se conoció como “Programa Hampdenshire”, después de un caso de prodigiosidad infantil tan notorio que penetró incluso la imaginación notoriamente inexpugnable de los mandarines de Whitehall. Conocía a muchos de los principales impulsores de esta rama patriótica del gran esfuerzo mundial. A mí mismo, por desgracia, no se me ha enseñado biología formalmente, aunque mi conocimiento de la ciencia es extenso. Sin embargo, incluso si yo lo hubiera hecho, dudo que el Gobierno de Su Majestad hubiera querido confiar el futuro de los combatientes de nuestra

nación a una de mis conocidas simpatías radicales. Sin embargo, en nombre del más progresista de los superhumanistas internacionales, actué como un asesor extremadamente no oficial de algunas de las personas involucradas.

Para los miembros de esa floja federación global, el plan de campaña no podría haber sido más claro. Los expertos en biología de cada nación, coordinados clandestinamente por individuos como yo, trabajarían juntos en un secreto tan absoluto que ni siquiera los servicios de espionaje de las tribus nacionales podrían observarlo. Los especímenes que generarían serían exactamente como lo pedían sus pagadores: más fuertes, más astutos y valientes que los mejores de la humanidad, y serían estas mismas cualidades las que evitarían que cayeran bajo el hechizo de una causa menor que la de la Vida en sí misma.

Así se convertirían en una sola raza de superhombres, porque seguramente un superhombre solitario, al servicio de un solo estado—nación, luchando por el modo de vida de una tribu contra el de otra, era un absurdo impensable.

A veces sucedía que, por razones consideradas éticas (porque lamentablemente algunos de los sujetos murieron o fueron mutilados permanentemente durante el curso de los experimentos), operaciones particulares se limitaron a grupos aislados de nativos en las colonias. A menudo, sin embargo, los sujetos de los experimentos de Hampdenshire eran residentes británicos que vivían en lugares apartados, que desconocían por completo el plan superior en el que participaban. Como he dicho, los internacionalistas estaban obligados a ser despiadados y, por supuesto, los gobernantes de la nación—tribu inglesa no tenían muchos escrúpulos morales en dañar a algunos de sus miembros para que otros funcionaran mejor.

Sin embargo, según el criterio de todas las partes interesadas, los experimentos fueron un fracaso estrepitoso. Más allá de un ligero aumento en la capacidad muscular que podría deberse al ejercicio, y un pequeño avance en la comprensión que podría haberse logrado fácilmente asistiendo a clases

nocturnas, los hombres y mujeres jóvenes con los que experimentaron permanecieron resueltamente normales. A finales de la década de 1920, los gobiernos de esas naciones habían desmantelado no solo el Programa Hampdenshire, sino que, como supe de mis contactos internacionales, sus proyectos hermanos en casi todas las naciones tribales.

Allí, así creíamos todos, descansaba el asunto hasta que, es decir, nuestros ejemplares empezaron a reproducirse.

Veo por sus expresiones que me estoy anticipado. Bueno, que así sea. Cada uno de ustedes (salvando sus presencias, Clevedon y señorita Blandish) tiene un padre, o en raras ocasiones dos, que había sido sujeto experimental en el Programa Hampdenshire, o en uno de los otros proyectos idénticos que se llevaron a cabo en otro lugar.

En un sentido prosaico, ustedes son los hijos del Programa y las criaturas de los gobiernos de la humanidad. La Gran Guerra nos mostró a todos que la capacidad del hombre para actuar como guardián de este planeta era trágicamente limitada. Ustedes son la respuesta torpe e inepta de las tribus—nación a esta revelación. Y, sin embargo, a través de ustedes, la Voluntad de la Vida ha elegido hablar con mucha más elocuencia. Representan el tipo más elevado al que ha aspirado esa Voluntad y reemplazarán a la humanidad tan fácilmente como el hombre al mastodonte.

Las dos últimas guerras han visto a los estados tribales del *Homo sapiens* exterminarse entre sí en cantidades sin precedentes. Estoy seguro de que la próxima guerra llevará ese proceso a su conclusión natural: la extinción final, en sus propias manos infinitamente versátiles, del propio *Homo Sapiens*.

Los líderes de las tribus lo saben, por supuesto. Se han sorprendido al ver a sus ciudadanos dar a luz a pequeños monstruos talentosos, y han visto con horror cómo esos monstruos se han convertido en los superhombres que los líderes una vez pensaron que necesitaban, y a quienes ahora temen por encima de todo.

Estos soldados que han enviado para hostigarlos a ustedes, hijos míos, y a sus hermanos en otros lugares, son los brazos y las manos de las tribus—nación, que hacen su último y débil esfuerzo para luchar contra la misericordiosa paz que ustedes les ofrecen. Deben hacer a un lado estos miembros debilitados de ellos, no sin compasión, y empujar la aguja letal hasta su carne moribunda.

Sólo entonces su decrepito padre, el *Homo Sapiens*, tendrá ese descanso de su trabajo que tan fielmente se ha ganado.

UN AMERICANO EN EL FUTURO

Impresiones del futuro

Los recuerdos de Honoré Lechasseur de su estancia en el futuro son nebulosos y parciales, incluso ahora. Estaba aturdido por su arduo viaje a través de los tiempos, su mente incipiente y fragmentada, y tenía grandes dificultades para traducir las imágenes y sensaciones que recibía en impresiones que fuera capaz de comprender. Con toda probabilidad, cualquier hombre de nuestro siglo, cualquiera que sea su origen, habría experimentado dificultades similares para adaptarse a esa época extraña y lejana. Había muy pocos puntos en común, muy poco era lo que se compartía, entre los dos mundos.

El lector puede recordar al viajero en el tiempo de H.G. Wells, y su frustración por su propia incapacidad para comprender el futuro en el que se encontraba:

¡Conciba la historia de Londres que un negro recién llegado de África central llevaría a su tribu! ¿Qué sabría de las compañías ferroviarias, de los movimientos sociales, de los cables telefónicos y telegráficos, de la Parcels Delivery Company, de los giros postales y similares?

Lechasseur era un negro de la era moderna, un nativo no de la jungla africana sino de una orgullosa ciudad de una nación altamente desarrollada. Ya había sido un visitante pasajero de otras épocas, tanto pasadas como futuras, aunque raras veces de una época superior a un siglo a partir de nuestro presente. En este sentido, estaba mucho mejor preparado para interpretar los fenómenos de este futuro remoto de lo que lo habíamos estado usted o yo, o el señor Wells. Sin embargo, frente a la realidad, su aprensión fue tan impotente como, estoy casi seguro, lo habría sido en cada uno de nosotros.

Cree que el tiempo que permaneció allí podría haberse contado en días, no en horas o semanas, pero en ese lugar no salían ni se ponían las estrellas, y el cielo permanecía velado en ese crepúsculo de obsidiana. A medida que su cuerpo se acostumbró a la aplastante gravedad de ese mundo, descubrió que podía, primero estar de pie y luego caminar o al menos arrastrarse, aunque el proceso era arduo y requería de un descanso frecuente. Su facultad sensitiva al tiempo todavía estaba sorda y ciega, y se preguntó si se habría extinguido por completo.

No había ningún rastro que pudiera ver de Percival, ni del gigante de color pino que, supuso Lechasseur, se había llevado al joven. La llanura en la que se encontraba continuaba hasta donde podía otear en todas direcciones, llana y salpicada de las molestas briznas de “hierba”. El acantilado de color negro púrpura que había observado resultó ser el lado más cercano de una gran torre ahusada, una de las varias que salpicaban la llanura de manera irregular, cuya naturaleza y propósito se le escapaban por completo. A veces pensaba que debían ser viviendas, otras formaciones geológicas o construcciones de animales como un termitero. Su textura parecía algo entre tiza y cera de vela, e incluso tuvo la idea de que podrían ser plantas colosales. Estaban repletos de enjambres de pájaros, o quizás insectos grandes, dependiendo del tamaño de las estructuras.

Por todo el suelo se esparcían pequeños montículos de tierra y piedras, hacia un horizonte que, dice él, “de alguna manera parecía demasiado plano”. No había árboles, sino grupos de arbustos, de colores muy parecidos a la hierba, con sus hojas tan prietas como para parecerse a una coliflor. Lechasseur estaba hambriento e intentó partir una parte de uno de estos para comer. Era repugnante, pero lo devoró.

Torpemente, tropezó con ese terreno implacable en dirección al más cercano de los edificios gigantes. Estaba en un aturdimiento febril, y sólo gradualmente se dio cuenta de que ya había estado caminando durante la mayor parte de una hora. La construcción, o criatura, o lo que fuera, era apenas más grande de lo que parecía desde el lugar donde él y Percival

habían tocado tierra. Los cielos estaban despejados y sin un trasfondo para el objeto, Lechasseur había calculado mal su escala de manera dramática: el afloramiento era tan grande o más grande que las montañas más altas de la Tierra. Las miríadas de motas que jugaban a su alrededor debían ser gigantescos seres voladores, del tamaño de un hombre o más.

En este punto hay una pausa en su recuerdo de los eventos.

La siguiente experiencia que puede recordar claramente es la siguiente: estaba sentado en un área rodeada de mojones, que estaba ocupada por un pequeño grupo de seres humanos de otro mundo. Estos se ocupaban de algunos asuntos propios incomprensibles e ignoraban por completo la presencia de Lechasseur. Llevaban consigo algunos elementos del tamaño aproximado de un guardarropa, que podrían haber sido plantas o artefactos, o posiblemente los caparazones óseos de criaturas vivientes. Cada uno de ellos emitía de alguna manera frialdad, como si fuera un horno que irradia calor. Lechasseur, que encontraba opresivo el clima de este mundo (tal vez no era mucho más cálido que su Nueva Orleans natal, pero después de sus años en Londres fue un shock para su sistema), agradecido se agachó junto a uno de estos y disfrutó de su frío.

Después de un rato, una de las criaturas humanas tomó de un mojón cercano algunos hemisferios calcáreos, del tamaño de los dos puños cerrados de Lechasseur. Este hombre (si de verdad era un hombre, porque como explicaré Lechasseur tenía algunas dudas en cuanto a su sexo), abrió un grifo u orificio en uno de los objetos fríos y llenó estos cuencos a su vez con el líquido viscoso y lechoso que de allí fue excretado (Lechasseur notó que el individuo usaba su apéndice de forma de anémona para manipular el delicado mecanismo, y su mano izquierda, más parecida a la humana, para sostener los hemisferios más toscos: esto, descubriría más tarde, marcaba la distinción general en el uso entre los dos órganos). El hombre entregó los cuencos a sus compañeros, con indiferencia y sin ningún otro reconocimiento de la presencia del negro, incluyó a Lechasseur en sus rondas. El estadounidense dijo: “Gracias, muchas gracias”, pero la compañía lo ignoró por completo. Estaban,

entre ellos, bastante silenciosos, ya sea sin necesidad de conversar, o llevando a cabo su comunicación por medios etéreos bastante inaccesibles para su invitado.

La alimentación de un extraño, que habría sido instantáneamente reconocible como un gesto de hospitalidad si hubiera tenido lugar a manos de una tribu previamente desconocida en Borneo o Guinea, en este caso le recordó a Lechasseur nada más que el hecho de dejar comida para él, un animal callejero hacia el que se sentía un deber humano, pero que se esperaba que no perturbara la casa por quedarse demasiado tiempo. No obstante, sintió una intensa gratitud, porque su cuerpo había rechazado el trozo de arbusto que había comido. Tragó con avidez el líquido.

Sus indiferentes anfitriones eran entre ocho y diez. En la robusta humanidad de su forma, eran ampliamente consistentes, y la mayoría, aunque no todos, poseían uno de los órganos manipuladores especializados. Al contrario, sin embargo, tenían una apariencia muy diversa. O las características que Lechasseur había observado anteriormente no eran universales para esta raza, o los habitantes de este mundo eran de muchas especies diferentes.

La altura del grupo oscilaba entre los dos y los cuatro metros, aunque no sabía si sus miembros más pequeños eran niños o pigmeos colosales. Sus rasgos faciales eran extremadamente heterogéneos, aunque en grados similares humanos y bestiales, con una abstracción en sus expresiones que le recordaba a Lechasseur los ángeles funerarios que adornan los cementerios de su ciudad natal. La mayoría tenía más de dos ojos, cuyas disposiciones y localizaciones variaban. La mayoría también tenían orejas y narices que se parecían más a las de los animales que a las de los hombres, aunque las criaturas que le recordaban eran tan diferentes como caballos, murciélagos y leones marinos. Sus tonos de piel y texturas eran igualmente divergentes, no había dos iguales: algunos del grupo eran calvos, otros aterciopelados o peludos, algunos lucían escamas vestigiales, o estaban arrugados como la corteza de un árbol. Y los tonos de su piel iban desde el criselefantino hasta un negro azulado jaspeado, muy diferente a la tez del propio Lechasseur.

También en las características sexuales parecían tremendamente variadas, más de lo que podrían explicar nuestros familiares sexos terrestres. Todos tenían marcos que, en general, parecían claramente masculinos o femeninos, pero algunos de los hombres aparentes tenían senos como los de las mujeres, y algunas de las mujeres aparentes no los tenían. Si bien todos estaban desnudos, ninguno tenía órganos sexuales visibles. (Lechasseur descubriría más tarde que, mientras existían, y en múltiples formas, se almacenaban dentro de la hendidura pudendum cuando no se usaban, volviéndose aparentes solo cuando estaban congestionadas). De alguna manera tuvo la impresión de que estas variaciones representaban las de muchos sub—sexos, y que el simple “él y ella” que el idioma inglés otorga a sus sujetos sería suficiente para transmitir la impresión más cruda de las sexualidades de estas personas.

Todo esto Lechasseur reflexionó mientras bebía su caldo lechoso. El líquido era cremoso y salado, muy rico, y a pesar de su apetito, descubrió que apenas podía terminar la mitad de la comida. Pronto se hizo evidente también que poseía un fuerte elemento embriagador. Pronto tuvo mucho sueño y, a pesar de sus temores sobre las intenciones que estos hombres y mujeres del futuro pudieran tener para él, se encontró completamente incapaz de permanecer despierto. Cuando volvió en sí, minutos u horas después, la gente se había ido, junto con todo su equipo.

El recuerdo de Lechasseur de lo que, en la medida en que pudo medir el tiempo, juzga que fueron los próximos días, es una confusión de impresiones e incidentes no relacionados.

Recuerda haber examinado un artefacto, grande como una casa y con forma de caracola, pero con una superficie satinada que temblaba inquietantemente cuando se tocaba. Escuchó lo que sonaban como voces provenientes de lo más profundo, aunque sabía que las personas que había visto no habían hablado en voz alta entre ellas. No pudo encontrar ningún medio de entrada, y su navaja no pudo dejar huella en la resistente carne.

En un momento se encontró con un grupo de hombres y mujeres que habían echado raíces en el suelo de esa llanura sin árboles, y en cuyas cabezas habían brotado profusiones de hojas parecidas a hojas que se inclinaban hacia la más brillante de las pálidas estrellas. Parecían profundamente dormidos, sus muchos ojos tan hundidos en la corteza de la piel que parecían los nudos de un tronco de árbol. Lechasseur sintió que estaban embelesados en una contemplación serena: de hecho, obtuvo de ellos una sensación de placidez tan abrumadora que cayó de rodillas, deseando hundir sus propios dedos de manos y pies en esa marga y empaparse de su humedad.

Pasó algún tiempo dentro de ese bosquecillo de hombres—árboles en un ensueño, descansando por fin de sus recientes esfuerzos. Pronto, sin embargo, se sintió desconcertado por su tranquilidad, en la que se sintió atraído cada vez más profundamente. Sintió que, por la influencia de los hombres—árbol, se acercaba a la absorción de su alma en algo más vasto que él mismo, la plácida conciencia vegetativa de las plantas, y a través de ellos quizás algo más, una unión con la fuente cósmica de la vida misma.

Aterrorizado, se arrancó del suelo (donde, de hecho, no había echado raíces, pero encontró más dificultades para salir de lo que podría ser explicado por la pesada gravedad) y tomó vuelo, tropezando presa del pánico desde ese lugar.

Finalmente llegó el incidente que devolvió a Lechasseur la fuerza con la que reunir las ascuas esparcidas de su mente y avivarlas en llamas. Estaba descansando a sotavento de una especie de piedra megalítica, aunque la superficie calcárea tenía una textura ambigua como la de un hueso. Se quedó en calma en esos sofocantes abatimientos de la conciencia medio despierta que en los últimos días se había convertido en su estado mental habitual, y no registró el acercamiento resuelto de unos pasos pesados, hasta que una voz profunda y familiar pronunció su nombre. Lechasseur se puso de pie y se volvió para ver al hombre gigante, de piel verde y pecho de mujer con una corona de ojos parpadeantes, a quien había conocido a su llegada.

El primer instinto salvaje del negro fue huir. Esta criatura lo aterrorizaba, no porque le fuera ajeno, sino porque era más completamente humano que cualquier ser humano que hubiera conocido. El miedo que experimentó Lechasseur fue a la vez instintivo y profundo: era la inquietud de un animal isleño difícil de manejar, establecido desde hace mucho tiempo en su cómodo hábitat, contemplando por primera vez al depredador introducido por la humanidad en su paraíso aislado. Era el miedo del organismo inferior al superior, el más débil al más fuerte. Así debió haberse sentido el hombre de Neandertal cuando los primeros guerreros de las tribus Cro—Magnon entraron a zancadas en su tierra y alzaron sus lanzas en desafío territorial.

—Honoré —dijo el hombre de nuevo, y extendió su mano de cinco dedos.

He dicho que Lechasseur era un ejemplar excepcional, y así lo demostró ahora. No solo fue capaz de subsumir ese mismo miedo que había amenazado con dominarlo, sino que fue capaz de examinarlo con la suficiente frialdad como para reconocer sus orígenes biológicos. Aún más impresionante, se dio cuenta de inmediato de que podía haber un solo camino que le permitiría sobrevivir en este mundo, rodeado de estos orgullosos suplantadores de su propia familia. Era la misma estrategia que habían utilizado milenios antes los antepasados de los perros y los gatos para adaptarse a las invasiones cada vez mayores de la humanidad.

Obedientemente, tomó la mano del gigante. El hombre verde volvió la mirada hacia el monolito y, con un sonido como el de la seda al romperse, se partió en dos, para revelar un embudo huesudo que conducía oscuramente hacia abajo. Juntos, él y Lechasseur entraron en el interior del mundo.

La historia de Sanfeil

Supongo que ahora debo abordar un tema que, durante lo anterior, se habrá impresionado con fuerza en aquellos de ustedes que están familiarizados con mis escritos anteriores. Porque este futuro que vengo describiendo, el futuro que me describió Lechasseur, comparte muchos de sus ingredientes más singulares (la gravedad, las torres, la heterogeneidad y los marcos paradójicamente esculturales de su humanidad predicha) con el delineado en ciertas de mis novelas, donde se supone que es percibido en sus visiones místicas por mi narrador ficticio.

Estoy seguro de que algunas mentes impacientes entre ustedes ya lo han atribuido a un cataclísmico fracaso final de la imaginación por mi parte. Otros, dispuestos a aceptar *The Peculiar* (una historia ambientada en el presente y que describe en su mayoría personajes y situaciones familiares) como si tuvieran una base en la realidad, sin duda se sienten agraviados al verse víctimas de un engaño obvio, ahora que he revelado mi afirmación más increíble de que mis fantasías sobre la historia futura, con todos sus detalles extraños y extravagantes, tienen bases similares en la veracidad.

De hecho, como explicaré brevemente, la razón por la que mis reflexiones de este futuro lejano han resultado ser tan improbablemente precisas es porque me las ha concedido, inconscientemente en lo que a mí respecta, una fuente familiar de primera mano con ese mismo futuro. Aunque yo mismo estaba convencido de que mis Próximos Hombres eran una ficción, con la misma certeza que sabía que Percival y sus amigos eran una realidad, no obstante, al hacer tal distinción, estaba completamente equivocado.

El nombre del nuevo compañero de Lechasseur, en la medida en que nuestro aparato vocal puede traducirlo, era Sanfeil, y era un estudioso del pasado muy lejano de su pueblo. Había examinado los años oscuros de nuestro siglo que había expirado durante un lapso equivalente al de muchas de

nuestras generaciones. Sin embargo, no era más que una subdivisión de su propio campo de estudio, que era toda la historia del género *Homo*.

Había estado vivo durante decenas de milenios, y en su tiempo había sido lo que podríamos llamar, de forma ignorante, filósofo, científico y sacerdote. Tenía cinco esposas, a la mayoría de las cuales veía solo unas pocas veces en cada década, y una de las cuales lo había amamantado cuando era un bebé. Había tomado muchas formas: había pasado unos cien años como un hombre volador, surcando los cielos de ese mundo, y más allá, hacia el abismo entre los planetas, había tomado su puesto, cuando era un joven inexperto e idealista de unos pocos siglos, entre los hombres—árbol mientras contemplaban los misterios de las estrellas, había nadado con hombres—pez en los océanos nutritivos de ese mundo, y se había arrastrado con hombres—gusano en las profundidades de su suelo.

Usó su propia energía vital como tú o yo usaríamos una herramienta, doblándola a su voluntad con la misma facilidad con la que encendemos o apagamos una luz eléctrica. Utilizándola, podía remodelar su cuerpo o su entorno, y a través de ella había puesto su espíritu rebelde innato en armonía con sus semejantes y con la mente grupal de su mundo. En espíritu, se había embarcado en largos viajes al espacio, se había asociado a través de sus inmensas distancias con humanidades alienígenas, y se dirigió como iguales a los orgullosos y ardientes espíritus de las estrellas. Él adoró, al igual que todo su pueblo, al Creador del Universo, a quien veían como un artista, trabajando con los tonos ilimitadamente graduados del bien y el mal para Su paleta, y como científico, refinando desapasionadamente Su creación a través de generación tras generación de experimentos.

No era más que uno, y no entre los más distinguidos, de una raza de hombres de unos cien mil millones que poblaban ese gran globo tan esparcidos como los oasis en un desierto.

Todo esto se lo transmitió Sanfeil a Lechasseur mientras caminaban juntos por ese túnel calcáreo, hacia qué destino el americano no podía adivinar,

aunque el otro le dio a entender que había venido especialmente para llevar al negro allí.

Aunque Lechasseur insiste en que Sanfeil habló en voz alta cuando dijo por primera vez el nombre de Lechasseur, como se había dirigido anteriormente a Percival, sostiene que la mayor parte de esta conversación tuvo lugar sin la necesidad de hablar. Si bien Sanfeil ciertamente podía hacerse entender perfectamente en la lengua vernácula de nuestro país y siglo (lo haría más tarde), también fue capaz de imprimir ideas directamente en la mente del otro hombre. Algunas de estas ideas tomaron forma de palabras.

A veces, los pensamientos de Sanfeil le parecían imágenes o experiencias interpoladas entre sus propios recuerdos. El negro se encontró, como dijo más tarde, “ahogándome en su mente. Estaba vertiendo mucho de sí mismo en mi cabeza, era como si lo que había de mí allí fuera inundado”.

Hablando con Sanfeil en su inglés de suave acento, Lechasseur intentó desviar este torrente de información, desviando su flujo con preguntas propias. Sanfeil fue lo suficientemente paciente, aunque Lechasseur tuvo la impresión de que le costaba mucho esfuerzo responder dentro de un rango de pensamiento que el estadounidense pudiera entender. Lechasseur preguntó por la historia de ese mundo, y cuál era su conexión con la de su propia esfera, esperando, aunque sin un gran grado de confianza, que su conjetura de que estaban en un futuro remoto resultara equivocada.

Sanfeil respondió, ciertamente, pero ya sea intencionalmente o no, los detalles de las historias que contó, de la humanidad creando para sí nuevas tiranías, nuevos soviets y hermandades, de las múltiples reinvisiones del hombre de su especie, de su crecimiento y evolución, de la eventual destrucción del planeta de su nacimiento, y su migración a ese globo artificial, construido a partir de la materia prima de los mundos exteriores del sistema solar, en el que por fin había perfeccionado una utopía de unidad total, y en cuya superficie plomiza Lechasseur ahora estaba en pie... todo desapareció del recuerdo del hombre negro en el instante en que este último regresara a su

tiempo natal, dejándolo con la imagen de un tapiz antiguo, todo excepto el más vivo de sus ricos colores que se desvaneció hace mucho tiempo a un gris oscuro y polvoriento.

Sanfeil le dijo otras cosas, sin embargo, y Lechasseur pudo retenerlas. El gigante explicó las técnicas utilizadas por los de su especie para extraer información del pasado, la principal de las cuales era observar los eventos directamente, a través de las mentes de quienes los habían experimentado. Historiadores como él utilizaron la conciencia desaparecida de los demás como ventanas a sus mundos y tiempos separados. Sanfeil le informó a Lechasseur que yo mismo era uno de sus temas favoritos, y que él ya había monitorizado mi vida desde el nacimiento hasta la muerte, experimentando a través de mí la calidad de vida a fines del siglo XIX y principios del XX de la era cristiana. Como Lechasseur y Percival antes que él habían conjeturado, la línea de tiempo de Sanfeil era la que los dos habían percibido debajo de la mía, en esa noche de Junio, hacía muchos eones, y por la cual habían sido remolcados a su presente lejano.

Una parte de la conciencia de Sanfeil, como ahora le explicó a Lechasseur, residía dentro de mi persona incluso mientras los dos conversaban. Mientras atravesaban esos túneles subterráneos, un vástago o retoño de la mente de Sanfeil seguía contemplando a través de mí los acontecimientos de aquellos días de junio de 1950: mi huida con Violet y Emily, mi llegada al Retiro y mis presentaciones de Mary y Freia, mi encuentro con Gideon Beech y su historia del Programa Hampdenshire.

A través de mí, desde hacía mucho tiempo, Sanfeil había observado la adolescencia de Percival, y a través de mí había hecho todo lo posible por fomentar el potencial excepcional del joven, algo superior a lo que podría considerarse al de esos aburridos hombres mono, incluido yo mismo, que lo rodeaban. Porque en la historia Sanfeil no fue un mero observador impotente. Incluso en un momento y espacio tan lejanos, podía ejercer una influencia sobre mis pensamientos y acciones. Había dedicado su tiempo no solo al estudio independiente, sino también a trabajar laboriosamente por debajo del

umbral de mi propia conciencia, para lograr los resultados que él y sus compañeros consideraban deseables. Estos objetivos incluían (así que, al menos, debo concluir) la redacción de mis novelas *The Coming Times* y *Men of the Times*.

Al producir estos libros míos (como en algunas otras acciones de mi vida, incluyendo, sólo puedo suponer, entregar este relato final al papel ahora), he estado obedeciendo la voluntad impenetrable de un ser que, aunque será nuestro inaccesible y remoto descendiente, tendrá motivos y objetivos propios: motivos bastante opuestos a los que ahora honramos y objetivos opuestos a los que consideramos sagrados.

Me temo que no encuentro en este pensamiento un gran consuelo.

Sanfeil y Percival

Por estas razones considero justificado emplear mi conocimiento de esa época, por remota y mediada que sea, para presentar a mis contemporáneos la experiencia íntima que me ha contado Honoré Lechasseur. Al hacer esto, soy consciente de un riesgo sustancial de terminar malinterpretando el testimonio de mi amigo negro.

Aunque el futuro que he descrito en mis novelas (pero por el que parece que ya no puedo atribuirme el menor crédito imaginativo) es un mundo tan coherente y comprensible como debe serlo el dominio presentado en una ficción, creo que mi observador y controlador lejano en el futuro no habrá tenido más remedio que simplificar su comprensión de ese mundo, para hacerlo coherente con nuestros limitados hábitos del siglo XX, pensó el *Homo Sapiens*. Bien puede ser que cada palabra que he escrito en *The Coming Times* y *Men of the Times* sea, literalmente, falsa. Sin embargo, solo puedo asumir que estas palabras en su totalidad deben dar, no una descripción precisa de ese futuro, sino más bien una fiel impresión de ella.

Frente a estas alternativas, de permanecer fiel, por un lado, a la perplejidad mistificada que caracteriza el propio relato de Lechasseur, o por otro, de transmitir el resto de sus vivencias como si hubieran tenido lugar dentro de la pintura infantil del futuro que es tanto como se ha considerado preparada para nuestras mentes subdesarrolladas, he optado, no sin reservas, por el último camino.

El artefacto en el que habían entrado Lechasseur y su guía era el sistema de raíces periférico de una de esas estructuras macizas que sobresalen de las llanuras en esa época como las costillas del mundo. Estos colosales edificios de los Hombres Venideros se cultivan a partir de materiales súper reforzados que son de hecho de origen animal, incluso humano, pero que han tenido tales libertades con su germoplasma que conservan pocas características reconocibles de nuestra fauna terrestre. Después de un largo período de

caminar bajo tierra, los dos hombres llegaron a una región donde la sustancia ósea del canal dio paso a paredes fibrosas de material más resistente.

A lo largo de su viaje, la relación física entre los dos le había impreso incómodamente a Lechasseur una comparación con la proporción de tamaños que observamos entre un padre y su hijo, aunque Sanfeil solo podría haber sido una prole inmensamente lejana de los contemporáneos del estadounidense, y ni siquiera su propio descendiente, ya que el propio Lechasseur no tenía hijos. Descubrió que ser llevado de la mano por el gigante despertaba en él ciertas asociaciones infantiles profundas, de modo que su terror natural coexistía de la manera más inquietante con una extraña sensación de consuelo.

En este límite entre los tipos de tejido de construcción, Sanfeil se detuvo. No hizo ninguna señal externa, sino que debió haber transmitido una instrucción telepáticamente a los materiales que los rodeaban, porque de inmediato las paredes se cerraron sobre ellos como un útero y los llevaron al cuerpo del edificio. De repente, el ya oneroso peso de Lechasseur se duplicó, y sus piernas le fallaron, arrojándolo ignominiosamente al suelo esponjoso. Durante los siguientes minutos, toda su concentración estuvo ocupada con el esfuerzo de respirar, y sólo fue consciente de forma periférica de que su transporte se detenía vertiginosamente y de que sus paredes musculosas se retraían hacia el suelo de una cámara mucho más grande. Con una mano enorme debajo de cada uno de los brazos de Lechasseur, Sanfeil ayudó al estadounidense a ponerse de pie. El negro retrocedió instintivamente al retorcerse el apéndice tentacular del hombre verde.

El atrio al que los había dirigido el funcionamiento interno del edificio era enorme, con la forma de una cámara del corazón humano e iluminado por manchas de fosforescencia púrpura. Esta luz era espeluznante a los ojos de Lechasseur, pero el espectro que perciben los órganos ópticos de esos futuros hombres no es como el que capta nuestra vista. Lechasseur y su guía se encontraban en una de esas gigantes bibliotecas omnicompendientes de los hombres venideros, aunque nuestro término "biblioteca" apenas comienza a

comprender las múltiples funciones sociales y culturales de estos sitios: para nosotros podría habernos parecido un mercado, una iglesia, un teatro, un lugar de exposiciones y un laboratorio, todo en uno.

También podría recordarnos, como a Lechasseur, a un jardín botánico o zoológico, porque el conocimiento de los Hombres Venideros se mantiene, no en el medio de corta duración de la tela y el papel, sino en los linajes de las criaturas vivientes, su germen de plasma ingeniosamente manipulado para que vivan vidas largas y fértiles. Los más parecidos a los animales de estos “libros” vivientes secretan fluidos corporales que son ingeridos por los eruditos de los Hombres Venideros (y todos los últimos a quienes se les permite vivir más allá de la infancia se convierten en eruditos en un momento u otro de su vasta y extensa vida). Las que se parecen más a las plantas producen hojas o esporas que pueden comerse. Así, el conocimiento que obtendríamos al escanear las páginas de un libro está codificado dentro de la composición bioquímica de estos alimentos, y la lengua de cada “lector”, que es una herramienta perceptiva tan incisiva y penetrante como nuestros propios ojos, traduce esta información en palabras, imágenes o recuerdos.

Naturalmente Lechasseur no sabía nada de esto, así que se limitó a observar que lo estaban conduciendo más allá de lo que le parecía una monstruosa colección de animales que se desataba en un jardín ornamental, el total compuesto por una profusión salvaje de colores, aromas y texturas. Las carnosas paredes de la cámara estaban compuestas por cubículos, cuya función era análoga a la de los cubículos de las bibliotecas. Muchos de ellos estaban ocupados por miembros de la raza de Sanfeil que estaban sentados, de pie o arrodillados sobre sus diversas tareas, la mayor parte de las cuales eran completamente incomprensibles para Lechasseur.

Como he dicho, estos salones están dotados de funciones que nos parecerían muy diversas, aunque para el entendimiento de los Hombres Venideros son todos de una pieza, y es solo para nuestras mentes ignorantes que parecen confusas. Lechasseur se sorprendió al ver un grupo de cinco o seis personas, seguramente miembros juveniles de la especie, que estaban

involucrados en alguna forma de acto sexual grupal debajo de las anchas hojas de carne de las criaturas vegetales. El estadounidense se sorprendió al ver el intrincado aparato sexual de un joven que brotaba de su abdomen. Apretó los dientes y siguió a su guía gigante, hasta que pronto llegaron a un rincón en particular, en el que estaba sentado Percival.

Lechasseur pensó al principio que el joven lo estaba atacando una vez más, porque el joven supernormal se lanzó hacia el americano tan precipitadamente como lo había hecho en la ocasión anterior cuando se conocieron. Sin embargo, para sorpresa y desconcierto de Lechasseur, Percival lo abrazó, aferrándose a su ropa y sollozando como un niño. Confundido, el negro se encontró mirando a Sanfeil en busca de orientación, y pensó por un momento que detectaba en ese semblante inescrutable algo parecido a una lúgubre diversión. Soportando la mayor parte del peso exagerado de Percival, Lechasseur se acercó a un banco, una excrecencia cartilaginosa que sobresalía de la pared, donde el joven se había sentado antes, y lo ayudó a sentarse una vez más. Sanfeil se agachó frente a ellos, sus poderosas extremidades extendidas como las de un simio gigantesco. Una vez más, no dio ninguna señal hacia el exterior, pero de inmediato un círculo de tejido muscular se dibujó hacia adentro alrededor de la entrada, para aislar su pequeño rincón de la cámara más grande exterior.

Lechasseur se dio cuenta de que Percival intentaba comunicarse con él: los sollozos del joven se habían convertido en palabras, tosidos como el aire de un fuelle.

—Dijo que era... obsoleto —jadeó Percival—, primitivo. No mejor que los animales. No mejor que tú. Un fósil, una curiosidad, un eslabón... perdido.

Como Emily, Lechasseur había ignorado la presencia de los *Homo Peculiar* entre la población de su propio tiempo. Antes del encuentro de Emily con Violet, la especie no había aparecido abiertamente en la larga lista de fenómenos extraños con los que los dos investigadores habían entrado en contacto. Sin embargo, desde que el estadounidense había recuperado el

equilibrio mental, había estado comparando mentalmente las anatomías de los hombres de este futuro lejano con esas apariencias aberrantes que había mostrado su antiguo agresor. Las palabras de Percival parecían confirmar sus conclusiones anteriores, y pensó que entendía (lo que no quiere decir que sintiera ninguna inclinación a simpatizar con él) la conspicua angustia del joven por ser colocado en la misma categoría que él.

Sanfeil habló, esta vez con una voz articulada de su cuerpo y en un inglés tranquilo y sin acento. Dijo:

—Pensamos que podríamos ayudarle a adaptarse, a vivir entre nosotros en nuestro tiempo en lugar de ser enviados de regreso al vuestro para morir, pero nos equivocamos. Siente toda tu alienación, Honoré, pero en su caso se magnifica inmensamente por la sensibilidad del terreno común entre él y nosotros. Él no puede vivir con nuestra opinión honesta de su valor, y no podemos, no perjuremos nuestro entendimiento por su bien. Debe regresar. Tú, Honoré, debes mostrarle cómo llevaros de regreso.

Las percepciones temporales de Lechasseur habían estado inactivas desde su abrupta salida de Londres, y casi había perdido la esperanza de que regresaran. Al ver a Percival, sin embargo, fue como si hubieran sido recalibradas instantáneamente. Se le presentó el “gusano de carne” del joven, que se remonta unos días al pasado, antes de atenuarse y desaparecer en el inmenso abismo de la historia. A juicio de Lechasseur, el cuerpo actual del joven todavía estaba entretejido con esos hilos rojos, uniéndolo a lo que ahora era su presente como un insecto en una red. La vida de Sanfeil también era perceptible, robusta y pesada como un roble, con raíces y ramas extendiéndose hacia el pasado y el futuro. Incluso el edificio que los rodeaba tenía su propia presencia temporal, longeva y no menos viva que los demás.

Lechasseur tomó la mano de Percival y trató de concentrarse en las profundidades de las que habían emergido sus propias huellas temporales y en las que se hundía una sola raíz del árbol del tiempo de Sanfeil, pero el joven se

apartó de él. Con un esfuerzo que era evidente en cada línea de su rostro, Percival se compuso lo suficiente como para preguntar:

—¿Por qué debo morir? —Sanfeil le devolvió su mirada beligerante con indiferencia, y Percival explicó— Dijiste que debo ser enviado a casa para morir, Sanfeil. ¿Por qué?

Sanfeil se encogió de hombros, un gesto perfectamente humano.

—Todos los hombres mueren, Percival —dijo—. Incluso tu gente muere. Incluso la mía.

—Pero no es así —insistió el chico—. Sabes algo sobre *mí*. Sobre mí... no mi futuro, supongo. Sobre lo que me esperaba, en ese entonces en el pasado.

Sanfeil pareció considerarlo, aunque también podría haberse quedado absorto en la contemplación de los misterios del cosmos o en la observación del mismo suceso del pasado lejano del que hablaba el joven. Finalmente, inclinó la cabeza, abrió la mente y, una vez más, un torrente de imágenes y experiencias inundó la conciencia magullada de Lechasseur.

Una visión lejana de la historia

Honoré Lechasseur no sabe, y no tuve oportunidad de preguntar, de qué forma Percival percibió la voluminosa cantidad de información que Sanfeil les transmitió a ambos. Soy consciente (porque el mismo Lechasseur nos explicó, vacilante y extensamente, a Emily y a mí mientras conducíamos juntos de regreso a Londres) que el estadounidense lo experimentó como una impresión directa en sus sentidos del tiempo, tan poderosa que abrumaría sus otras percepciones e induciría una especie de trance. En él aprehendió el conjunto de hechos que Sanfeil le mostró como lo que se llama una imagen *gestáltica*, una impresión completa compuesta de innumerables partes. Era, dijo, como mirar un tapiz cuyo diseño general se capta de una vez, aunque sus detalles requerirían una inspección meticulosa para desentrañarlos.

No era precisamente como un tapiz, porque era sólido. De hecho, era más que sólido, porque se extendía no solo a esas tres dimensiones espaciales que nos son familiares a todos, sino también al cuarto eje de duración temporal que solo Lechasseur y sus semejantes son capaces de percibir. Se parecía a un tapiz al ser tejido, aunque sus componentes no eran hilos de seda, sino los hilos de la vida de los hombres, los senderos a los que Lechasseur se refiere como los “gusanos de carne”. Era una imagen estática, porque lo que representaba era inmutable, la forma inmutable de la historia misma, pero sus componentes parecían como si fueran una masa hirviente de cuerpos de gusanos, congelados en un frenesí retorcido.

Estas vidas sumaban, en total, muchos millones, y se entrelazaban en una intrincada red que se las ingeniaba para encarnar la condición completa de su pequeña sociedad humana. A partir de ciertas cualidades del fondo del tapiz (que lo subyace como la tela debajo de la trama, y que, lamentablemente, no pudo describir en términos verbales), Lechasseur se dio cuenta de que se le estaba mostrando una imagen de su tiempo y lugar acostumbrados, de Europa durante la primera mitad del siglo actual.

Esto lo entendió de inmediato, pero examinar esta visión con mayor detalle, sin embargo, solo trajo perplejidad y asombro entumecido por la complejidad abrumadora de cada vida individual, y más aún por sus innumerables entrelazamientos. Cuanto más de cerca intentaba inspeccionar el cuadro, más complejidad encontraba abriéndose ante él: era como si viera un bosque, primero desde un avión, luego desde una torre alta, luego desde el suelo, para luego comenzar a examinar cada tronco de árbol con lupa y microscopio. Simplemente había una proliferación de datos demasiado grande para que la mente humana los absorbiera, por lo que Lechasseur se aferró en cambio a sus tendencias más amplias y crudas. Porque si la imagen hubiera sido un tapiz, dice, su patrón visto desde la distancia habría sido claro e inequívoco.

Algunas de las vidas parecían sobresalir de las demás, gracias a una cualidad que Lechasseur describiría más tarde en términos de pigmento, porque las “veía” como “rojas”, al igual que tenía las huellas del futuro que atravesaban a Percival. La gran mayoría de los gusanos de carne eran grises y poco distinguidos, pero los de estos pocos hombres brillaban con una luz rojiza como metal caliente. Las líneas brillantes avanzaron de manera inadvertida a través de la primera parte del tapiz, hasta que aparentemente fueron alteradas por un evento en particular. Evidentemente, esto fue de proporciones catastróficas, porque como otra banda de oscuridad posterior, su mancha se filtró a través de toda la tela. A lo largo de su ancho, una franja de tiempo que correspondía a quizás cuatro o cinco años, innumerables de las vidas grises no luminosas fueron cortadas enteras, sus gusanos de carne cortados en millones, cada uno terminando en una forma sanguinolenta y destrozada en uno de los innumerables campos fangosos de Europa.

Más allá de esta catástrofe, las formas de vida de los hombres resplandecientes comenzaron a encontrarse, en algo así como una compleja danza de apareamiento. Juntos formaron nudos, conectándose, correspondiendo e ideando, retorciéndose y juntos como los palpadores vermiformes de la mano manipuladora de un Hombre Venidero. De sus

desvaríos más concentrados emergieron (generalmente en algún momento) nuevas vidas, que resplandecieron de manera más brillante y variada que ellos. Estos hilos de serpientes multicolores de la humanidad se deslizaron gloriosamente a través del mundo, culminando finalmente en un puñado de trenzas brillantes múltiples, que se retorcieron repentinamente en la nada.

Teniendo en cuenta su modo de expresión muy diferente, esta información se correspondía estrechamente con lo que Emily y yo habíamos aprendido sobre el Programa Hampdenshire. Los gusanos de carne resplandecientes eran los de los internacionalistas de Gideon Beech que habían participado en el proyecto y sus análogos, mientras que las serpientes de carne policromáticas eran las formas creadas por las vidas de los niños supra naturales.

Este tapiz de Lechasseur, sin embargo, vino con el beneficio de la perspectiva histórica muy profunda de Sanfeil y, por lo tanto, también retrató aspectos del futuro, así como detalles del pasado que Beech desconocía. Lechasseur vio, por ejemplo, que en el tejido de las madejas de vida de los supernormales, los hombres resplandecientes habían atraído, desde todas las direcciones espaciales y temporales, innumerables filamentos más finos de muchos “colores”. Supuso que estos representaban ideas u objetos en lugar de vidas separadas, lo que sugiere que los hombres rubicundos habían incorporado materiales y técnicas de diversos orígenes en sus creaciones.

Entonces, también, cuando (habiendo atravesado apresuradamente la segunda región apocalíptica más oscura, que no tenía ningún deseo de visitar) inspeccionó esa maraña de hilos grises donde las vidas peculiares de los supernormales llegaban a su fin, vio que en su nudo había también enganchadas dos de las cuerdas luminosas de los hombres resplandecientes. Estas dos emergieron ilesos del evento que redujo la existencia de los supernormales (y cuya ubicación espacio—temporal Lechasseur ahora entiende que correspondía al Retiro en junio de 1950): los siguió hasta sus propios finales, lo que aconteció en sucesión durante algunos breves momentos algo más tarde.

Al principio supuso que el resplandor rubí de estos gusanos de vida había sido una marca artificial, impuesta a la imagen por Sanfeil para demostrar la importancia de ciertos individuos en el esquema general. Pero donde estas vidas rojizas estaban cortadas, ahora vio que estaban hechas de dos entidades separadas, una conteniendo a la otra como el aislamiento alrededor de un cable eléctrico. De hecho, la vida exterior y visible era tan gris y mundana como sus vecinas, pero era la vida interior la que brillaba con el rojo fundido del futuro. Estos pálidos gusanos de carne tenían parásitos sanguinolentos viviendo dentro de ellos y estas últimas formas se extendieron más allá de las de sus anfitriones, hacia un futuro muy oscuro y muy lejano.

Cada miembro del Programa Hampdenshire, y algunos otros (como los tres nos dimos cuenta más tarde, cuando juntos intentamos interpretar esta visión de Lechasseur), habían estado bajo la influencia de un observador de la época de Sanfeil.

Lechasseur descubrió de repente que su atención estaba siendo atraída contra su voluntad a lo largo de uno de esos ardientes senderos, y una vez más se vio arrojado precipitadamente hacia el futuro, llegando a la cavidad donde Percival, Sanfeil y él mismo estaban sentados, largos eones después de su era acostumbrada. La mente de Lechasseur estaba dando vueltas y sus sensaciones corporales le dijeron que había pasado algún tiempo: su estómago estaba vacío y sus miembros apretados. Flexionó sus músculos con cuidado.

Percival también se estaba recuperando y parecía tan aturdido como el propio Lechasseur, cosa que podría estar, después de haber tenido su pregunta respondida con tan exhaustivo detalle. El joven hizo ademán de hablar, pero hubo una pregunta que Lechasseur se sintió impulsado a plantear primero a Sanfeil.

—¿Es así como la gente ve el tiempo? —preguntó— ¿Toda la historia, así expuesta frente a ti?

—Nosotros no —dijo Sanfeil—. Otros lo han hecho, hombres como tú. Ha habido momentos en la gran historia del hombre, Honoré, en que culturas

enteras han compartido tu facultad de reconocer el tiempo. Fue su método de explicación el que utilicé.

Sin embargo, Percival no pudo contenerse más.

—Pero, ¿cómo pudieron haberlo entendido? ¿Viéndolo todo así, con tanto detalle? ¡Seguramente se habrán vuelto locos! Había *tanto* de eso, y tan mezclado, tan confuso. No pude entenderlo, Sanfeil.

La voz de Sanfeil era tan plana como siempre.

—¿Honoré? ¿Que entendiste tu?

Lechasseur miró de Sanfeil a Percival.

—Creo —le dijo al gigante—, que *tu* gente hizo a *su* gente. Los criasteis, en el presente, usando personas de nuestro tiempo como vuestros... bueno, “títeres” no es del todo correcto. No creo que hayáis *obligado* a nadie a hacerlo. Tomasteis algo que ya estaba allí y le hicisteis cumplir su propósito, sea lo que sea.

—¡Oh, por el amor de Dios! —casi gruñó Percival— De toda esa maravillosa, complicada intrincación, deduces algo tan... ¿banal? ¿Todo lo que acabamos de ver en su mente equivale a nada más que eso? Eso sí... —el chico de repente se puso más pensativo— Supongo que eso *sería* una interpretación, en el nivel más crudo. ¿Es cierto, Sanfeil? ¿Hiciste a mis amigos y a mí? ¿Intentabas encontrar personas que pudieran saltar en el tiempo? ¿Soy uno de tus éxitos?

—Todos sois éxitos, Percival —dijo Sanfeil—. Todo el experimento ha sido un éxito glorioso, y ahora ha llegado a su fin.

—Pero si lo que dice Honoré es correcto —dijo Percival—, ¡entonces eso tendría que significar que mis amigos van a morir! Esos soldados nos matarán a todos. ¿Cómo podemos evitar que eso suceda?

Sanfeil parecía oscuramente decepcionado.

—¿De verdad entendiste tan poco? Te he dicho que todos los hombres mueren.

—¡Pero tú nos hiciste! —insistió el joven— ¿Por qué nos abandonarías a la muerte?

Sanfeil explicó:

—El propósito del experimento era demostrar que en el futuro podríamos participar retrospectivamente en nuestros propios orígenes, al influir en el desarrollo de nuestros antepasados. Esto lo hemos hecho, aunque no sin impedimentos. Otros también han intentado dirigir el progreso del hombre, ya sean extranjeros de otro mundo o descendientes lejanos de mi propia generación, para quienes mi raza humana está en su infancia. No pudimos contrarrestar tal influencia. Sin embargo, todavía en ti, Percival, y en los otros especímenes de tu raza, vimos que el espíritu del cosmos se expresaba más vívida y plenamente que nunca antes en la Tierra. Vuestros espíritus ardían más intensamente que los de antes.

—¡Especímenes! —gritó Percival— ¡Es mi gente de la que estás hablando! ¡Amigos míos! —se tomó a sí mismo de la mano y, con esa desconcertante facilidad que había observado en él en esas otras raras ocasiones en que sus pasiones eran lo suficientemente fuertes como para amenazar con llevárselo, simplemente reprimió su ira. Serena y tranquilamente preguntó— ¿Seguro que no tienes la intención de destruir a tus propios antepasados, Sanfeil? Mira todo lo que tenemos en común, cosas que Honoré no podía empezar a entender, como tampoco el viejo Erik Clever—zuecos (Lechasseur me asegura que estas fueron las palabras exactas de Percival). Es del todo obvio que el futuro de la humanidad, pasado desde tu punto de vista, yace con nosotros.

—Tu angustia es bastante comprensible, Percival —dijo Sanfeil—. Naturalmente, estáis acostumbrados a pensar en vosotros mismos como el tipo superior y en Honoré como el inferior, y eso no es más que la verdad. Pero te equivocas al creer que eso significa que debes vivir y ellos deben morir.

—Pero el tipo superior debe reemplazar al inferior —dijo Percival—. Es la ley de la naturaleza.

—A la larga, a los ojos de la historia, eso siempre debe ser cierto —dijo Sanfeil—. Vosotros sois nuestros gloriosos precursores, un leitmotiv temprano que anticipa nuestro gran crescendo. Sois anacronismos.

—Pero no puedes dejarnos morir —insistió Percival con serenidad—. Si morimos en el pasado, entonces tú en tu presente dejarás de existir.

El hombre verde dijo:

—Pero vosotros no sois nuestros antepasados, Percival. La gente de Honoré lo es.

Percival palideció.

—¿Qué? —gritó.

Lechasseur, que no estaba a la altura de la tentación, intervino:

—Tengo que decir que lo entendí hace un par de minutos.

Sanfeil prosiguió.

—Dices que si tu raza muere, mi gente nunca podrá llegar a existir. Al contrario, es la extinción de tu pueblo lo que da vida al mío. Esto debe suceder, Percival, y ni tú, ni yo ni ningún otro puede evitarlo. Antes de que pueda arder más intensamente, vuestra luz debe difundirse por toda la raza de la humanidad. Vuestras vidas serán devueltas a la Tierra para que ella produzca una vida más abundante. Es vuestra energía vital, esa chispa expresada en vosotros de manera tan brillante y breve, la que impulsará al resto de la humanidad en ese largo y doloroso ascenso evolutivo, y finalmente a la gloria que ahora ves a tu alrededor. Son ellos, no vosotros, los que serán los Hombres Venideros.

—Esto será una atrocidad —dijo Percival—. ¿Dejar morir a criaturas como nosotros para que vivan criaturas como él? Somos del tipo superior, ¿no

seremos subsumidos bajo el inferior! Va en contra de todos los principios que tenemos.

—Al contrario —dijo Sanfeil—. Se ajusta a tu principio más elevado, como tú mismo verías si tu mente no estuviera todavía ocluida por lo subhumano dentro de ti. Debes permitir que tu propia eflorescencia breve se desvanezca, para que yo y los de mi especie podamos llegar a existir. Somos más plenamente humanos que tú: en nosotros el Espíritu del Hombre se vuelve más grande y más noble que nunca. Mucho más que en tu pequeña raza. Mi gente es de un tipo más desarrollado y vuestras muertes permitirán ese desarrollo. Percival, será un noble sacrificio dejar pasar a los de tu especie para que surja algo mejor.

LA CAÍDA DEL RETIRO

La cosa sucede

La noche que siguió a mi llegada la pasé en una habitación individual de una de las dependencias del Retiro. Los jóvenes dormían en comunidad, ya que realizaban la mayoría de sus tareas diarias, pero mantenían algunas habitaciones separadas en un establo reformado para esas raras ocasiones en las que pudiera surgir la necesidad de privacidad.

Emily y yo habíamos conversado hasta tarde con Beech, Violet y los demás. Los tres visitantes, por insistencia del dramaturgo, nos habíamos conducido alrededor del cobertizo de la máquina donde los residentes guardaban la mayoría de sus maravillosos inventos. Siempre diletante, Beech había formulado con cansancio muchas preguntas técnicas relacionadas con la frecuencia de las longitudes de onda psíquicas y cosas por el estilo, antes de consentir en retirarse. A los tres nos habían asignado habitaciones contiguas y nos dejaron allí. Se había asignado una guardia al perímetro, por si la “banda de soldados” intentaba infiltrarse. Violet y otra chica iban a hacer el primer turno.

No dormí. Mi renovado contacto con estos jóvenes excepcionales, junto con los otros sucesos frenéticos de los últimos días, conspiró eficazmente para sabotear mi reposo. Además, me habían inquietado en gran medida los hechos que había revelado Gideon Beech.

A las cuatro de la mañana, me molestó un fuerte golpe en la puerta de mi dormitorio. Me levanté, mi corazón latía dolorosamente y grité:

—Por favor, espere un momento.

Al abrir la puerta, descubrí a Emily, completamente vestida, aunque el estado de su ropa implicaba que se había esforzado por dormir con ella. Disculpándome por mi propia ropa de noche, la invité a entrar.

Emily, quien, como ya he mencionado, era en su opinión una joven muy poco convencional, se sentó en mi cama.

—Esperaba que estuvieras despierto —dijo—. Creo que el señor Beech se levantó hace una hora. No lo he oído volver.

Observé que los ancianos rara vez dormían bien, como tenía motivos para apreciarlo. Hizo una mueca de pesar y dijo que algunas mujeres jóvenes también tenían problemas.

A pesar de la temporada, el aire nocturno en la ladera era frío y los habitantes del Retiro, cuyas constituciones eran más sólidas que las nuestras, no parecían estar muy preocupados por la calefacción de su alojamiento. Me envolví en la bata con fuerza y me uní a Emily en la cama.

—Erik, ¿desde cuándo conoces a estos jóvenes? —preguntó.

Consideré la pregunta con detenimiento.

—En el caso de Percival, casi diez años —dije—. Los otros bastante menos: como recordarás, conociste a Violet antes que yo. ¿Por qué preguntas?

—Es solo que parecen confiar mucho en ti —dijo Emily—. Y no sólo en ti, sino también en el señor Beech y en mí. Dado que están planeando acabar con todos nosotros, parece bastante precipitado por su parte, ¿no crees? ¿Cómo saben que no estoy aliada con esos soldados?

—Bueno, son telépatas —dije razonablemente—. En cuanto a acabar con nosotros, honestamente no creo que planeen nada por el estilo. Me parece que toda su retórica sobre el tema es más filosófica que pragmática. Es un punto de fe para ellos que su especie superará a la nuestra, y creo que el precedente evolutivo está de su lado en el asunto. No tienen ninguna razón para intentar acelerar el proceso, aunque naturalmente se defenderán si son amenazados.

—Bueno, si eres tan fatalista al respecto, entonces no tienen nada que temer de ti —declaró Emily—. Y el señor Beech está obviamente interesado en asociarse con el bando ganador. Lo que me deja a mi sola... y se me ocurre que traerme aquí es una forma mucho mejor de tenerme bajo control que dejarme en Londres, sabiendo lo que sé.

—Oh, vamos —comencé a decir, pero me interrumpieron.

Una opresiva sensación de pánico, sin causa aparente ni antecedente, se apoderó de mí como tierra pesada en una tumba. Los gritos de alarma comenzaron a surgir desde fuera del edificio, acompañados después de un momento o dos por el sonido de pies corriendo.

—¡Santo cielo! —exclamé confundido— ¿Qué está pasando?

—Es el ataque —dijo Emily, y mis sentidos horrorizados se dieron cuenta de que un tartamudeo agudo que ocasionalmente se superponía a la cacofonía del exterior solo podía ser el ruido de disparos—. Tenemos que irnos de inmediato.

—Pero nadie puede atacar el Retiro —afirmé estúpidamente—. Las defensas...

—¡No importa eso! —gritó Emily— Es posible que todavía no hayan encontrado el coche.

Abrió la puerta, miró rápidamente el pasillo exterior en busca de intrusos y luego me hizo señas para que me adelantara. Me estremecí con mis livianas ropas mientras la salía del edificio y entraba en la noche. Se habían encendido varias luces interiores, arrojando una docena de cuadrados amarillos sobre la hierba fangosa. Siluetas de hombres corriendo y había rayos de luz de linternas por todas partes. Casi de inmediato, un hombre se acercó a nosotros y entré en pánico, pero las extremidades de Emily se movieron rápidamente en la oscuridad, y un momento después nuestro asaltante yacía gimiendo en el suelo embarrado.

Emily me guio sombríamente hacia adelante a través del caos, y rápidamente perdí todo sentido de nuestra ubicación. Habíamos recorrido unos cuarenta pasos antes de quedar atrapados en los rayos que se cruzaban de un par de linternas, y una voz áspera gritó:

—¡Deteneos ahí mismo!

Estaba deslumbrado, pero no obstante pude detectar, dentro de los círculos de iluminación, las puntas de los cañones de las armas apuntándonos. Intenté seguir el ejemplo de Emily levantando las manos, pero mis miembros no cooperaron. Temblaba como un árbol joven, aunque si por el frío o por la conmoción de encontrarme una vez más en un campo de batalla como yo, un joven enfermero médico, había estado hace tanto tiempo en Francia, no tengo una idea clara.

—Son los malditos normales —dijo una segunda voz, y bajó uno de los cañones de las armas. De manera tosca, el primero dijo:

—Te refieres a los traidores —el acento era inconfundiblemente estadounidense.

—Guárdalo para más tarde, Krovsky —dijo el otro. En contraste, la voz de este hombre era la de un londinense de clase trabajadora, y pronto me enteraría de que Emily lo conocía como “PC Grayles”, el alguacil que la había interrogado en la estación de St. Pancras—. El coronel no quiere que se les haga daño —dijo Grayles—. Solo sácalos del medio.

Dedos musculosos nos agarraron a Emily y a mí por los hombros, y nos obligaron a marchar hacia la casa de campo, donde Gideon Beech, sereno y completamente vestido, se sentaba esperándonos en la cocina.

—¿Estos son? —preguntó el estadounidense Krovsky a Beech.

La luz de la cocina expuso a nuestro captor a mi escrutinio, y vi que era el mismo hombre que había conocido como el chófer de John Spears. Ahora que lo examiné más de cerca, era de un tipo eslavo particular, fornido, brutal e intratable. Como luchador, pensé, sería cruel y difícil de lastimar. Llevaba una visera que le cubría la cara, que al principio pensé que debía ser una máscara de gas, pero no ocultaba ni la boca ni la nariz. Los círculos de vidrio oscuro protegían los ojos, sin embargo, y un par de elaboradas construcciones en forma de caja encerraban las orejas. El equipo del hombre no tenía insignias de identificación y se habría clasificado con más precisión como uniforme de combate que como uniforme.

Beech dijo:

—Siéntese, señorita Blandish, por favor, usted también, Clevedon. Esto no debería llevar mucho tiempo. Confío en que no hayan sido heridos

Todavía temblando, me acerqué a la estufa, que había sido encendida recientemente, y me senté allí.

—¿Es obra suya, señor Beech? —preguntó Emily fríamente. Beech admitió que, lamentable pero necesariamente, lo era—. En ese caso, prefiero quedarme de pie —respondió.

Krovsky la empujó bruscamente hacia una silla.

—Siéntate —dijo. Nos dejó, cerró la puerta de un portazo y nos encerró dentro con Gideon Beech.

Más opiniones de Beech

Pasaría algún tiempo antes de que Emily y yo pudiéramos reconstruir toda la historia del asalto al Retiro. En ese momento, ciertamente no estábamos inclinados a preguntarle a Beech qué acciones había tomado con el fin de dejar la granja abierta a los soldados, aunque la suposición inicial de Emily de que él se las había ingeniado para desactivar la máquina de amplificación psíquica sobre la cual las defensas automáticas actuaban se demostraría haber sido bien fundada.

Para que el ataque se hubiera organizado, ciertamente debió haber requerido un uso considerable de recursos por parte de John Spears, pero ahora era obvio que eso estaba a su disposición. La operación difícilmente podría haber ocurrido, incluso en una región tan insignificante de las Islas Británicas, sin la bendición del Gobierno de Su Majestad y cualquier otra mentira que pudiera haberme dicho, resultaría que el señor Spears era realmente un millonario.

Como se establecería en conversaciones posteriores, Spears se había acercado a Beech la tarde que siguió a mi propio rechazo a los avances del pretendido filántropo. La visita del estadounidense a mí había sido casi su último recurso para intentar localizar el santuario de los supernormales: fue solo una coincidencia que uno de su personal hubiera interceptado un telegrama de Percival en Londres a Gideon Beech, y Spears había tenido pocas esperanzas de que una de las opiniones evolutivas conocidas de Beech simpatizaría con sus objetivos.

Aquella noche, Beech había esperado la inminente llegada de su joven amiga Jelena y, obedientemente, le había permitido llevarlo al Retiro, cuya ubicación antes había cedido a Spears sin objeciones. Con nosotros y con los jóvenes había hablado en detalle sobre sus planes para la defensa de la granja, y había prestado una atención meticulosa mientras nos conducían alrededor de sus variadas máquinas milagrosas. Levantándose a las tres,

cuando consideró que Emily y yo probablemente estaríamos dormidos (estaba equivocado, pero en el caso de que ninguno de nosotros sospechara lo suficiente como para desafiarlo), había sabotado el amplificador psíquico y luego había hecho una señal a un soldado en una colina cercana usando nada más sofisticado que el código Morse y una linterna de mano.

Los soldados que esperaban traspasaron el perímetro sin sufrir daños y, con la información de Beech, pudieron encontrar y despachar rápidamente a los centinelas ("Argos" de los muchos ojos estaba de servicio en ese momento, con un joven llamado Lucas). Cada uno de los supernormales individuales habría sido capaz de montar un asalto psíquico contra un solo soldado que habría sido doloroso como mínimo, pero así como los sencillos cascos que llevaban Grayles y su colega en St. Pancras los habían protegido contra las evasiones de Violet, los modelos más voluminosos que se habían entregado a los atacantes formaban una potente barrera contra cualquier ofensiva de ese tipo. Además, un ex mago escénico a quien Spears había reclutado extrañamente había colocado a los hombres en un trance hipnótico leve, que supuestamente actuaba como una salvaguarda adicional contra la infiltración psíquica.

El Retiro cayó ante los invasores en el espacio de una hora. Era posible que hubiera otros dispositivos en el taller de máquinas que podrían haber ayudado a los defensores y, de hecho, Jimmie había sido observado en ese mismo lugar, aparentemente intentando frenéticamente activar uno de ellos. El joven genio mecánico se había desvanecido posteriormente, lo que (aunque mantenían bien vigilado el cobertizo de la máquina) era motivo de grave preocupación para Spears y sus hombres.

Por el momento, sin embargo, sabíamos poco de esto. Nuestra mayor preocupación (o más bien la de Emily, ya que, si soy sincero, mi principal preocupación era calentarme lo suficiente para evitar la hipotermia) era establecer por qué Beech había traicionado a nuestros amigos sobrenaturales.

—Confíaron en ti —dijo Emily en voz baja—. ¿Cómo pudiste poner a los soldados sobre ellos?

El anciano dijo:

—Supongo que tiene la intención de que la pregunta es moral, señorita Blandish, pero también tiene una aplicación práctica. ¿Cómo podría traicionar a los jóvenes si confiaban en mí? ¿Cómo pude, en otras palabras, ocultarles mi intención? Y para el caso, ¿cómo pude incapacitar sus dispositivos arcanos?

—Eso no es lo que quise decir —dijo Emily, pero pude ver que Beech había despertado su interés.

—Entonces tal vez sea lo que debería haber querido decir —dijo el dramaturgo—. Si esta pequeña operación falla, entonces es una habilidad que todos debemos aprender a cultivar. Dejemos que estos jóvenes vivan, y dentro de unos años el resto de nosotros seremos sus esclavos en el mejor de los casos. Los ha oído hablar: su mera existencia nos vuelve obsoletos, dicen, y eso es algo que no deseo ser.

Debo admitir que ganar esta confianza suya (que, dicho sea de paso, no me arrepiento de haber traicionado) ha sido una lucha larga y ardua. Ha requerido mucho, y si no quisiera ser escrupulosamente exacto, podría decir sobrehumano, con autodisciplina y control, junto con alguna técnica auto—mesmérica avanzada que he aprendido con un gran gasto personal. Afortunadamente, están tan seguros de su propia superioridad que están destinados a subestimar a un cuco entre ellos. No es que estén equivocados, en su mayor parte, no quisiera que pensaras eso. Cada uno de ellos es muy superior al hombre o la mujer *Homo Sapiens* promedio. Sin embargo, hay unos pocos de nosotros entre las especies parentales (monstruos estadísticos, genios) que estamos tan *por encima* del promedio que podemos rivalizar, e incluso en algunos aspectos podemos mejorar, con estos jóvenes ejemplares de lo peculiar, particularmente cuando nosotros mismos hemos alcanzado una sagaz madurez.

Somos unos pocos, preciosos en todos los significados de esa trillada frase de los garabateadores, que ahora nos erigimos como un bastión entre la venerable raza de la humanidad y su esclavitud o extinción...

Así, y mucho más, habló Gideon Beech. Sin embargo, mientras hablaba me había formado la impresión, que rápidamente se convirtió en una firme convicción, de que en realidad el anciano tenía muy poca idea de cómo había podido engañar a los supernormales y que, si no hubiera podido apoyarse cómodamente en su monumental engreimiento personal, no habría podido dar cuenta de ello.

Cuando leí por primera vez una de las obras de Beech, casi medio siglo antes, me sentí inspirado por la nobleza de la ambición de su autor. Ya había sido consciente, a pesar de mi relativa juventud, de que cualquier devoción que pudiera sentir por la familia, la clase, el país o cualquier otra de las causas fantasmas a las que se invita popularmente a un hombre a prometer su lealtad, no constituiría nada más digno que la mezquindad y parcial extensión de mi propio interés. La obra de Beech identificó, propuso y promovió una mayor lealtad, un patriotismo más amplio que adoptó a la humanidad, de hecho, a toda la vida misma, como su elemento constitutivo. Esta causa, supe de inmediato, debía anular cada una de las escasas obsesiones de las que se esperaba que participara. Sentí que el espíritu de sus palabras me llamaba, despertando dentro de mí el anhelo de elevar a la humanidad más allá de sus límites actuales, de moldearlo en una expresión más completa de su elevado potencial.

Bueno, yo había estado sustancialmente en lo cierto. El alma de Beech que me había hablado (o más bien a ese espíritu en mí que Sanfeil siempre se esforzó por despertar), no era el de Beech, sino la de su propio observador y controlador del futuro lejano.

La historia de Spears

Es la misma confianza ilimitada en sí mismo lo que hace que el hombre estadounidense sea tan admirable y atractivo en la derrota, lo que lo vuelve casi insufrible en la victoria. Así sucedió con el señor (o, como parece que ahora debo llamarlo, coronel) John Spears, cuando algún tiempo después él, junto con Grayles, se dignó hacernos una visita a los tres en la cocina de la granja. Al igual que sus hombres, Spears vestía un mono negro sin insignias, pero no había duda de la actitud deferente y el modo de hablar que todos adoptaban cuando él estaba presente, de que él era el comandante de su fuerza renegada. Aunque evidentemente fatigado, como todos nosotros, llevaba un aire de autosatisfacción que sugería que consideraba que la captura del Retiro no era un logro menor para él, y tal vez también (como yo lo percibí, y sin duda mi juicio se vio afectado por mi disgusto por el hombre) como un triunfo no pequeño sobre mí personalmente.

A pesar de esto, confieso que mi primera reacción al verlo fue de patética gratitud, pues había traído la maleta que contenía mi ropa de mi dormitorio en los establos, y me permitieron cinco minutos para subir las escaleras con Grayles y vestirme. Mientras lo hacía, se me ocurrió que los dos hombres solo se habían quitado los cascos protectores una vez que habían entrado en la casa. Me pregunté si esto implicaba simplemente que Spears no se arriesgaba o que algunos de los legítimos habitantes del Retiro habían eludido su custodia. Sin embargo, sin ser consciente de la fuga de Jimmie, llegué a la conclusión de que probablemente estaban preocupados por la desaparición de Percival.

Podría haber tenido frío, miedo y estar profundamente exhausto, pero esto no había eclipsado mis sentimientos de compañerismo por los jóvenes, quienes estaba seguro de que debían estar peor que yo en su cautiverio. Cuando regresé abajo, deduje que Emily había estado arengando a Spears en este mismo punto.

—Por ahora, señorita Blandish, todo lo que estamos haciendo es mantenerlos bajo control —dijo—. Todavía tenemos planes para ellos, debería decir que nuestros socios los tienen. Tuvimos que obtener diez tipos de favores de su gobierno para estar aquí, y los amigos científicos del señor Beech también tenían algunas solicitudes. Sin embargo, están a salvo por ahora, tiene mi palabra.

—¿Seguros “por ahora”? —repitió Emily—. Debe perdonarme, si no creo que su palabra valga mucho cuando la califica así. ¿En qué condiciones los retiene, por favor? Si se trata de eso, ¿a qué *leyes* los somete?

Spears suspiró.

—Estamos aquí con la autoridad del gobierno británico, así que *me* perdonarán si estoy dispuesto a dejar que ellos se ocupen de las sutilezas legales. En cuanto a las condiciones, la mayoría de ellos están en su sala de reuniones, bajo vigilancia armada. Hemos tomado medidas para neutralizar sus capacidades de asalto telepático. Aparte de eso, estamos siendo lo más humanos posible, más de lo que tenemos que ser, créame.

Investigaciones posteriores revelaron que los niños supernormales habían sido equipados (a la fuerza, en muchos casos) con sus propios cascos. Estos no eran del mismo tipo con el que se había pertrechado a los soldados, si no dispositivos más simples para generar ruido de naturaleza fuerte, aleatoria y distractora, cuidadosamente diseñados para prohibir al usuario ejercitar la concentración mental en cualquier grado y, por lo tanto, se esperaba evitar que utilizaran sus habilidades psíquicas.

Para evitar que retiraran las máquinas, les habían esposado a las sillas de la sala de reuniones. Para mí, como probablemente sea innecesario señalar, esta me pareció una forma brutalmente bárbara de tratar a un ser humano, y mucho más a un joven, pero para Spears era una precaución elemental.

Emily preguntó por Violet en particular. Supongo que, al igual que yo sentía un vínculo particular con Percival, ella se sentía protectora hacia la joven pilluela que la había arrastrado por primera vez a todo este lío. Spears se

mostró reacio a responder, pero Emily era una joven persuasiva y franca, y finalmente reveló que Violet estaba separada de las demás.

—Ella es de interés para los amigos biólogos del señor Beech, eso es todo. Quieren saber más sobre su condición.

—¿Su condición? ¿Violet está enferma? —Emily miró a Spears—
¿Seguramente no querrá decir que está embarazada?

—Eso entendemos, señorita Blandish. La información vino del señor Beech.

—¿Es esto cierto, Beech? —pregunté— Entendí que ninguno de ellos había logrado concebir.

—Creo que “no hay descendencia viable” es la forma en que suelen decirlo —reflexionó Beech—. ¿Quién sabe si esta chica habría sido la que rompió esa racha de suerte?

Emily, que estaba más preocupada por las circunstancias actuales de Violet que por las perspectivas de su hijo, desafió ferozmente a Spears en cuanto a la moralidad de aplicar lo que ella llamó “tortura psicológica” a una joven coja y embarazada, pero Spears se mostró intratable. Poco tiempo después nos dejó, encerrándonos a los tres una vez más.

Como descubriría cuando vine a investigar la historia personal del Coronel, tenía buenas razones para ser cauteloso con los poderes mentales de los supernormales. Parte de su historia la obtuve, a regañadientes de ambas partes, de Beech una vez que la crisis terminó, mientras que otros detalles me llegaron de algunos de los contactos políticos que he hecho a lo largo de los años (y que aún no me han abandonado del todo).

John Spears nació como heredero de una próspera familia manufacturera de Boston, que creía en “endurecer” a sus hijos para prepararlos para lo que él llamaba la “competitividad” de la vida empresarial. Ante la insistencia de su padre, el joven John se había unido al ejército poco antes de la entrada de los Estados Unidos en la última guerra y se había distinguido por su gran valentía

en nombre de los hombres a su cargo (descubrimos que había estado brevemente alojado en la misma pequeña ciudad en el norte de Francia que Lechasseur, pero ninguno de los dos tenía motivos para recordar al otro). En las últimas etapas de la guerra, Spears había sido captado por los comandantes de los aliados, dado el rango precoz de coronel, y le encargaron liderar un grupo altamente secreto que estaba destinado a acompañar el asalto aliado final sobre Alemania.

A lo largo de la guerra hubo rumores en ambos lados de las “armas milagrosas” alemanas, creadas a instancias del propio Führer, que, se afirmó, resultarían en una victoria indiscutible una vez desplegadas. El consenso en el lado aliado era que tales historias eran en su mayoría propaganda (especialmente porque en ese momento los alemanes estaban obteniendo conspicuamente lo peor del conflicto), pero se sabía que había habido programas reales de investigación sobre armas extraordinarias: la bomba V—1 y el cohete V—2 habían sido los frutos macabros de tal proyecto. El equipo internacional de Spears fue el encargado de localizar todo ese armamento y capturarlo o, en su defecto, desmantelarlo.

En este objetivo, en la medida en que puedo determinar a través de capas de ofuscación burocrática y militar, tuvieron un éxito considerable. Después de la derrota alemana, Spears testificó su opinión de que todavía podían existir restos potencialmente peligrosos en toda Alemania y los estados que había ocupado. Como consecuencia de algunas maniobras políticas que confieso que me siguen siendo oscuras, la autoridad sobre su mando pasó de los Aliados a las Naciones Unidas, y la unidad dejó de ser estrictamente militar por definición formal, a pesar de que siguió siendo tan eficaz. A Spears se le dio permiso para continuar con su misión en todas las naciones de Europa, incluidas las cuatro zonas de ocupación alemana.

Naturalmente, es extremadamente difícil averiguar exactamente qué tipos de armas se vieron obligados los hombres de Spears a retirar durante este tiempo y, como tal información no está relacionada con el asunto en cuestión, no he intentado buscarla. Lo que he aprendido es que Spears comenzó a fines

de 1947 a encontrar rumores de un programa de investigación en particular, cuyos materiales no solo se habían dejado inactivos después de la guerra, sino que supuestamente todavía estaban siendo procesados, en secreto y con fondos de ciertos miembros supervivientes de alto nivel del Partido Nacionalsocialista. La investigación supuestamente involucraba a unas *lebenwaffen*, “armas vivientes”, y fue la conjetura de Spears que esta palabra se refería a alguna forma de plaga biológica artificial.

Las investigaciones de Spears lo llevaron a la Alta Baviera, a un pequeño pueblo de montaña donde una clínica privada dirigida por un tal doctor Mannheim, de la Universidad de Ingolstadt, había permanecido abierta desde la guerra a pesar de la evidente falta de negocio. La clínica resultó estar fuertemente vigilada y los hombres de Spears se vieron, por primera vez desde la conclusión de las hostilidades oficiales, envueltos en un combate real.

Los guardias de seguridad de Mannheim defendieron el edificio con fiereza, y el propio médico fue capturado solo después de haber destruido todas sus notas.

Mientras intentaba consolidar su control del complejo, Spears descubrió que la clínica contenía un compuesto interno sellado. El cautivo Mannheim se suicidó antes de que pudieran interrogarlo sobre su contenido.

Convencido ahora de que había descubierto un complot muy peligroso contra los antiguos enemigos de Alemania, Spears pidió la ayuda de las fuerzas de ocupación estadounidenses en la región. Se convocó a expertos en inmunología de Inglaterra y Francia, y se quedaron junto a los soldados estadounidenses mientras los hombres de Spears abrían el recinto interior de la clínica. Por las puertas abiertas salieron siete niños, cada uno de entre cuatro y ocho años, vestidos con uniformes almidonados de las Juventudes Hitlerianas. Cada uno de ellos sostenía una granada de mano, y el primero de ellos, un muchacho rubio musculoso de rostro serio e inteligente, les dijo en un inglés impecable que sus hermanos, sus hermanas y él morirían antes de ser apresados por los enemigos del Reich.

Esto resultó ser una finta. Cuando los estadounidenses iniciaron una evacuación apresurada de todos menos unos pocos negociadores, los niños lanzaron contra los hombres que se retiraban un ataque psíquico que, recurriendo colectivamente al poder combinado de los hermanos, fue de varios órdenes de magnitud más potente que el que Percival desataría contra Lechasseur dos años después. La mayoría de los soldados y los expertos asistentes se derrumbaron, algunos de ellos sufrieron espasmos y hemorragias. Un puñado, entre ellos Spears, se vieron irracionalmente abrumados por un ciego pánico animal, pisotearon a sus colegas en su prisa por salir de la clínica y corrieron y huyeron hasta que el agotamiento se apoderó de ellos. Los que huyeron fueron los supervivientes, porque dentro del complejo, los niños supernormales prepararon tranquilamente sus granadas de mano, las colocaron entre los hombres incapacitados y se adentraron juntos en las montañas.

Dos semanas después, en un hospital psiquiátrico de Munich, el coronel Spears se recuperó de una profunda indisposición y descubrió que nueve décimas partes de sus tropas estaban muertas o habían sufrido daños irreparables en sus cuerpos y mentes. De paso, también se enteró de que ahora era el dueño del negocio familiar, ya que su padre había muerto de un ataque al corazón al enterarse del estado de su hijo.

En cuanto pudo salir del hospital, Spears se puso en contacto con Naciones Unidas para renunciar a su cargo y regresó a América, donde contra las protestas de la familia liquidó en su totalidad los activos de su negocio. Luego reunió a los restos de su grupo de trabajo que todavía tenían estómago para el trabajo y los armó para la guerra.

La prole de superhombres infantiles del doctor Mannheim se había dispersado, esparciéndose lo mejor que pudieron por todo el mundo. Algunos de ellos se habían escondido en lugares distantes, mientras que otros habían buscado refugio con la progenie del Proyecto Hampdenshire y sus equivalentes. Durante los últimos dos años, la unidad de Spears (que ahora opera sin la autoridad de la Liga o la de ningún gobierno, aunque descubrieron

que había un apoyo encubierto para lo que hacían en todos los países donde los supernormales habían sido criados inadvertidamente) había trabajado incansablemente para perseguir, acosar y destruir a los niños de Mannheim, y a todas las demás comunidades de *Homo Peculiar* donde habían encontrado socorro.

Seis de esos niños ya estaban muertos cuando Spears me visitó en mi casa en Londres. La última que quedaba era la pequeña Freia de ojos azules.

Una revelación personal

Y ahora debo, me temo, divulgar un asunto que no pude explicarle a Emily entonces o más tarde, y que tal vez me sienta lo suficientemente optimista como para mencionarlo ahora, simplemente debido a mi certeza de que el presente volumen constituirá mi comunicación literaria final con el mundo.

Como Emily, me había angustiado mucho la noticia de Spears sobre el estado de salud de Violet y su cautiverio. Por supuesto, me sentí igualmente infeliz al pensar que Mary, Freia y los demás eran obligados a soportar las esposas y la privación de sus facultades mentales, aunque descubrí que estaba agradecido de que al menos Percival, mi protegido particular, no estuviera entre ellos. Pero este alivio se vio frustrado por la información, torpemente difundida por Spears antes de dejarnos una vez más, de que tres de los niños ya habían sido asesinados. Eran los centinelas Lukas y “Argos”, y la encantadora Jelena, que había logrado liberar a un soldado de su arma y había mutilado a varios de sus camaradas, antes de que Krovsky tomara una granada y la hiciera estallar junto con una parte considerable de una de las dependencias.

La situación era espantosa, se mire como se mire. Desde un punto de vista, estos niños, quizás lejos de ser inocentes, pero muy probablemente la mayor esperanza que la humanidad tenía para el futuro, estaban siendo atormentados y asesinados. Desde el otro punto de vista, adoptado por Beech y Spears, esta matanza necesaria fue ocasionada por la determinación declarada de un pequeño grupo de desviados de cometer un acto atroz de genocidio cuyo paralelo nunca se había visto en la historia de la raza humana. Para el observador más desinformado, los objetivos morales de ambas partes, una vez explicados, habrían sido extremadamente repugnantes.

Para Emily Blandish, una mujer con un fuerte y apasionado sentido de la justicia, tal situación requería cierta asignación de responsabilidad. Esto no

quiere decir que fuera moralista por hábito o vengativa por naturaleza. Estoy bastante seguro de que, si los dos hubiéramos sido libres para actuar o incluso para contactar con el mundo exterior, ella habría hecho todo lo posible para ayudar a su joven amiga y a las amigas de su amiga. Pero todos los medios de salida de la cabaña estaban cerrados o prohibidos, éramos una mujer joven físicamente delgada y un anciano, y habíamos visto cuando se abrió la puerta que uno de los soldados montaba guardia afuera. Además, estábamos constantemente bajo la mirada de otro que, por ambivalente que pudiera parecer su estado actual, había demostrado ampliamente con sus acciones su apoyo a nuestros captores y su objetivo. En estas circunstancias, la rabia natural de Emily por el abuso de nuestros jóvenes amigos no tenía otro recurso que el de encontrar a alguien a quien culpar.

No hubo escasez de candidatos. Beech, como admitió de buen grado, había traicionado a los supernormales y había permitido que los soldados invadieran el Retiro. El coronel Spears había ordenado que Violet y los demás niños fueran encarcelados y sus hombres habían demostrado, como mínimo, una negligencia moral culpable al seguir sin cuestionar sus órdenes. En algunos aspectos, a pesar de que sin duda era inocente, estoy seguro de que Emily incluso se hizo responsable de la catástrofe, tal vez por permitir que Violet regresara al Retiro o por no haber desafiado a Beech antes.

La única parte interesada a quien Emily aparentemente no culpó por el desastre fui yo. Y, sin embargo, mientras me sentaba a escucharla discutiendo furiosamente sus principios con el anciano, me pareció que en esto, si bien en poco más, estaba completamente equivocada.

Porque sabía que las lamentables circunstancias actuales eran el resultado directo del Proyecto Hampdenshire y sus primos. Sin su fatídica interferencia, Percival y todos los demás habrían sido niños corrientes: indiferentes, aburridos, quizás incluso estúpidos, pero libres de persecución, inocentes de intenciones asesinas, nunca obligados a cargar con las terribles responsabilidades que acompañaban a su actual estado sobrehumano. Sin los programas eugenésicos, no habría habido duda de que la vieja humanidad

hubiera sido dejada de lado al servicio de un fin mayor, ni del cese prematuro de todas estas vidas jóvenes. Spears habría sido un capitalista industrial, ni más ni menos dañino que muchos otros, Beech habría sido un anciano solitario, Lechasseur y Percival no se perderían, y Emily y yo no seríamos prisioneros.

Yo no había sido, como Beech afirmó haberlo hecho, una de las mentes maestras detrás de la conspiración de Hampdenshire, ni siquiera uno de sus miembros ordinarios (si ha supuesto que lo era, me temo que debo decepcionarlo). A diferencia de los otros actores de mi generación en esta historia (Beech, mi viejo amigo el doctor Tremaine, incluso el médico bávaro, Mannheim), yo nunca había sido consciente de la existencia del proyecto.

Y, sin embargo, con todos estos hombres había hecho una causa común.

Mis conferencias, mis novelas, mis libros de filosofía: en todos ellos había propuesto con entusiasmo las ideas exactas en las que se había basado el proyecto y su análogo alemán. Había escrito extensa y evangélicamente sobre los temas de la eugenesia y la planificación sociológica. No lo había hecho ociosamente o sin pensar en las consecuencias morales, ni siquiera con el desapego intelectual que cabría esperar de un filósofo, sino con celo, pasión y la firme intención de acercar a todos mis compañeros a mis opiniones.

Había insistido en que la humanidad debía tomar las riendas y reconstruirse a sí misma: una raza mejor de seres humanos, les había asegurado a mis lectores, era la única meta que valía la pena perseguir, la única meta que, con el tiempo, podría traer todas nuestras otras nobles aspiraciones dentro del alcance de nuestro logro. Aquellos de nosotros que fuimos capaces de ver con claridad (entre los cuales, naturalmente, me contaba a mí mismo y a todos los demás que nos habíamos inspirado el idealismo distante de pensadores como Beech y Wells, todos aquellos a quienes el viejo dramaturgo había reclamado descuidadamente y con propiedad como sus internacionalistas) debe guiar, engatusar y, si es

necesario, coaccionar a las masas que se negaron a ver las cosas como nosotros.

Si Tremaine me hubiera hablado de su participación en el Programa Hampdenshire (ya que, a decir verdad, todavía me duele que no lo haya hecho), lo habría aplaudido de todo corazón, elogiado sus altos ideales y rogado que me permitieran participar.

Puede parecer extraño que este descubrimiento me llegara como una revelación moral. Después de todo, sabía desde hacía mucho tiempo que Percival consideraba que su especie competía con la mía. Sabía que cuando llegara la crisis supondría un gran sufrimiento para todos. En teoría, creía que, para que prevaleciera el espíritu humano, el tipo superior de hombres podría tener que eliminar por completo al inferior, y que esto implicaría la muerte de todo lo que sabía: mis amigos, mi familia, mi país y lo que era más sagrado para mí que cualquiera de estos, los valores espirituales y estéticos que el *Homo Sapiens* ha luchado por establecer para sí mismo.

Me dije a mí mismo que debería regocijarme en tal sacrificio, que me deleitara con eso, como en el pasaje sombrío de una sinfonía que, por su contraste, hace que los últimos movimientos sean más alegres. Sabía que así debería sentirse el propio Percival si nuestros papeles se invirtieran y, aunque puede parecer perverso extraer mi comprensión espiritual de un joven, creía que en este asunto su intuición era profunda.

Sin embargo, siempre había tenido una pequeña esperanza de que el *Homo Sapiens* pudiera mejorar aún más, que los nietos de mi generación aún pudieran ponerse de pie y estar en igualdad con Percival y sus parientes. Que, dado el ímpetu suficiente, las dos especies de hombres (suponiendo que en realidad no se volvieran idénticas a través del mestizaje) podrían construir juntos un futuro utópico.

Percival siempre había sabido que se trataba de una esperanza inútil, y quizás yo también.

Una cosa es contemplar con serena ecuanimidad el sacrificio de uno mismo y de todo lo que se ama. Otra cosa es verse obligado a mirar mientras a los demás les ocurre lo mismo. Mi convicción espiritual seguía insistiendo en que cualquier cosa que ocurriera serviría a los propósitos de lo que me temo que todavía pienso a veces con el antiguo y desacreditado nombre de “Dios”. Sin embargo, al saberlo, mi humanidad se elevó dentro de mí y gritó: “¡No más!”

Me di cuenta, parpadeando entre lágrimas, que Emily había notado mi angustia. Sinceramente creo que le habría explicado mis sentimientos, aunque eso significaba admitir mi complicidad en todo el horror que nos rodeaba. Lo habría hecho, si no fuera por otra razón, simplemente para evitar que ella llegara a la inevitable conclusión de que yo estaba llorando de terror por mi propia vida.

Sin embargo, ni siquiera puedo estar seguro de esto, porque no se me permitió el lujo de tener la oportunidad de tal confesión. De repente y de manera sorprendente, mientras los tres estábamos sentados en la cocina, avergonzados por dentro, enojados o presumidos según nuestras respectivas naturalezas, hubo un crujido, un estallido como un relámpago y cada uno de nosotros se volvió para contemplar los rostros empapados en sudor y sin aliento de Honoré Lechasseur y Percival.

Una cuestión filosófica

Nuestras reacciones a esta aparición inesperada fueron varias. Gideon Beech, que conocía a Percival pero desconocía el fenómeno de la canalización del tiempo, se quedó boquiabierto y farfulló. Exclamé algo idiota como “¡Dios mío, Percival! ¡Gracias al cielo, estás a salvo! Y supongo que debe ser el señor Lechasseur”.

La sonrisa que Emily le dedicó a su amigo hablaba de su sincero alivio al verlo sano y salvo, pero sus primeras palabras fueron:

—Honoré, hay soldados armados que tienen prisioneros a estos pobres chicos. Tenemos que ayudarlos.

—Espera un momento —dijo Percival—. No sirve de nada que nos vayamos a medias —por la autoridad de su voz, nunca hubiera creído que Lechasseur lo hubiera visto tan recientemente en un estado tan miserable. Se sentó agradecido en una de las duras sillas de la cocina y continuó—. Hemos tenido un viaje muy largo (gracias al cielo, tuvimos la luz de tu genio interior para guiarnos aquí, Clever—zuecos), y hay en juego un montón de cosas que hacer, tal vez la supervivencia de nuestras dos especies. Será mejor que nos pongáis al día antes de que hagamos cualquier otra cosa.

Tal fue su serenidad de modales que todos accedimos a su petición. Emily y yo nos sentamos una vez más, y Lechasseur se unió. Beech no se había movido y no pudo disimular su aprensión. Parecía de su edad por primera vez desde que nos conocimos.

Unos pocos minutos nos bastaron para explicar la mayor parte de lo que había ocurrido, comenzando con el asunto de la traición de Beech (“Bueno, eso no importa ya”, dijo Percival a la ligera), y continuando con la caída del Retiro, el encarcelamiento de los supernormales y el especial interés de Spears en Violet. Emily también dio un resumen conciso de las armas pequeñas que llevaban los soldados, que no había tenido la presencia de ánimo de haber observado en detalle. Percival escuchó con atención, su expresión se volvió

más sombría por momentos. Cuando terminamos, nos hizo algunas preguntas pertinentes relacionadas con lo que Spears nos había contado sobre la historia del asalto y las condiciones del encarcelamiento de los jóvenes. Luego dijo:

—Nuestro primer trabajo tiene que ser salir de aquí.

A partir de ese momento, los incidentes progresaron con una rapidez que pronto me resultaría desconcertante. El celo con el que Percival había regresado del futuro era intenso, y la facilidad con la que tomó el mando de los acontecimientos y las vidas en el Retiro fue realmente bastante alarmante.

Al servicio de su primer objetivo, Percival inmediatamente comenzó a golpear las bisagras de la puerta de la granja con una de las pesadas sillas. Nuestro guardia, creyendo que en la habitación sólo había dos hombres frágiles y una joven recalcitrante, entró para amonestarnos, pero se detuvo en seco al ver a Lechasseur (Beech gritó “¡Cuidado, tonto!”, pero demasiado tarde), y Percival dejó sin sentido al soldado con una silla.

Nuestro joven amigo pasó un momento o dos estudiando el casco del hombre caído, luego asintió con satisfacción. Soltando las hebillas del dispositivo y levantándolo de la cara floja, nos dijo:

—Ahora a por Violet.

Nos condujo hacia la ladera, hacia la luz de la mañana. Antes de seguir al joven, Lechasseur hizo un breve examen de nuestro antiguo guardia y concluyó:

—Está vivo.

El estadounidense sonó tan sorprendido como yo. Recordé bien ciertas discusiones con Percival, durante la fase de su adolescencia cuando su filosofía emergente había hecho que habláramos algo sobre la moralidad de matar a otros de forma más que imperativa. Al final, para mi desconcierto, tuve que estar de acuerdo en que diferiríamos al respecto.

Los cuatro seguimos con cautela la estela de Percival, pero aparte de unos pocos soldados distantes que patrullaban el perímetro, no parecía haber nadie por ahí. Al guardia inconsciente lo encerramos dentro de la masía con sus propias llaves. Lechasseur se adelantó para unirse a Percival, mientras Emily y yo nos contuvimos para vigilar de cerca a Beech, a quien el estadounidense había insistido en que nos acompañara a pesar de mis propias reservas al respecto.

Nuestros amigos se dirigieron a una de las dependencias, donde otro soldado estaba de guardia. No pudo observar su acercamiento, y entre ambos pudieron incapacitarlo rápidamente. Vi a Percival saltar sobre la espalda del hombre como un tigre, metiendo un puño en su boca para evitar que diera la alarma, mientras Lechasseur lo derribaba con un golpe en la cabeza. El negro admitiría más tarde que, después de la pesada gravedad del tiempo de Sanfeil, su cuerpo se sentía “aireado, como si estuviera hecho de algodón”. No tuvo problemas para operar físicamente, a pesar del esfuerzo de su reciente y arduo viaje en el tiempo: en cambio, se sintió mareado y levemente delirante.

Percival tomó del guardia yacente el auricular y un manojo de llaves, con lo que abrió el edificio y desapareció en el interior. Lechasseur llevó al hombre caído adentro, y el resto de nosotros lo seguimos. Para cuando alcanzamos a Percival, el muchacho había soltado a Violet tanto de sus grilletes como de los ruidosos audífonos que los hombres de Spears le habían impuesto, y cuyos mecanismos ahora estaban esparcidos por el suelo.

—Freia está en uno de los almacenes —dijo Violet tan pronto como nos vio, y en el mismo momento Percival arrojó las llaves a Lechasseur.

El americano y Emily partieron en busca de la chica alemana, dejándonos a Beech ya mí solos con los dos jóvenes.

Se miraban el uno al otro, en silencio e intensamente. Estaba claro que estaban involucrados en una comunicación telepática a un nivel profundo.

Después de unos momentos, su silencio comenzó a inquietarme y sentí que apenas podía entablar una conversación con Beech.

—Estás cambiando las cosas con mucha rapidez —dije a Percival.

Después de nuestras muchas horas de internación inmóvil en la cocina de la cabaña, me sentí genuinamente desconcertado por la sucesión de peleas y fugas que habían llenado los últimos minutos. De hecho, se me había ocurrido preguntarme si no me habría quedado dormido inadvertidamente junto a la estufa caliente.

La expresión absorta de mi amigo no se alteró apreciablemente cuando respondió:

—Por supuesto que lo estoy, Clever—zuecos. Soy “extrañamente dotado”, ¿recuerdas?

—Pero después de todo —dije—, eres sólo un supernormal. Tus amigos han estado aquí todo este tiempo. ¿Por qué no han hecho nada igualmente inspirado?

—Bueno —dijo Percival—, no sabemos con certeza que no lo hayan hecho. Sin embargo, me imagino que no.

Violet asintió de repente con la cabeza y esbozó una sonrisa encantadora cuando mi joven amigo volvió sus ojos atentos hacia mí.

—En realidad —dijo—, es exactamente lo que le acabo de explicar a Violet. En realidad, es una cuestión filosófica, como deberíais haber supuesto de todas las personas. Ese principio que me habéis escuchado exponer tantas veces, que es necesario hacer la voluntad de la evolución y que el tipo superior debe prevalecer sobre el inferior, tiende a generar cierto fatalismo. Llegas a pensar que, si alguien *puede* sacar lo mejor de uno, eso significa que *debería* hacerlo. Por ahora, los demás (excepto Vi) todavía creen en eso, pero he crecido más allá de eso. No te preocupes, pronto se lo explicaré.

A pesar de que yo mismo había llegado recientemente a conclusiones similares, me sentí oscuramente decepcionado.

—Supuse que te apegaste a ese principio —dije—, para bien o para mal.

—En la enfermedad y en la salud, ¿eh? —sonrió— Bueno, yo también. Eso fue antes de conocer a personas que realmente lo eran y ver lo que había hecho con ellas. He cambiado de opinión en una serie de puntos, palos inteligentes, el primero de ellos es esa vieja noción mía de que solo una u otra de nuestras especies puede salir intacto de una crisis como esta. Y sobre ese asunto, viejo, hay algo que necesito decirte.

Una terrible aprensión se apoderó de mí de repente, pero antes de que pudiera responder llegó la pequeña Freia, con Lechasseur y Emily, con los brazos cruzados airadamente. Creyendo que los hijos del proyecto de Mannheim eran los más peligrosos de los supernormales, Spears había ordenado que la joven alemana se mantuviera separada de los demás con un guardia para sí misma, y Lechasseur se había visto obligado a incapacitar una vez más a este hombre.

Freia parecía sorprendentemente poco afectada por sus experiencias. Por supuesto, esta no había sido la primera vez en su corta vida que la adversidad había enviado armas y guerreros a buscarla. Le entregó a Percival sus auriculares que aún chirriaban y dijo:

—Tú y Honoré debéis haber recorrido un largo camino, Percival. Tus formas se estiran *extremadamente* delgadas.

Cuando Violet se llevó a la joven a un lado, Emily le dijo indignada a Percival:

—Freia me dice que tienes algún tipo de arma del fin del mundo, aquí en el Retiro. Y que está preparada y lista para hacerla funcionar.

—Ah, sí —dijo Percival—. Estaba a punto de hablar con Erik sobre eso. Sin embargo, no tenemos mucho tiempo para abordar el asunto —dijo—, así que, por favor, trata de no perder la compostura cuando te lo cuente.

La terminal

Escuchamos con horrorizada fascinación mientras Percival nos explicaba la función y el propósito de "la terminal": una función y un propósito muy en consonancia con la filosofía sobre la que se había fundado el Retiro. Como lo describió Percival, la terminal era simplemente un arma de poder apocalíptico sin precedentes, diseñada con un único fin en mente, que era la extinción del *Homo Sapiens*.

Cuando se active, el terminal generaría una "forma de onda" psíquica, cuidadosamente elegida para ser susceptible de propagación a través del medio de la Tierra misma. Esta onda resonaría con ciertas vibraciones características en el cerebro humano normal, y lo haría con una violencia tan catastrófica que despojaría el contenido de ese cerebro. En todo el mundo, la humanidad (siempre a excepción de los supernormales, cuyos cerebros vibraban a frecuencias mucho más altas) perdería todo el poder del habla, la comprensión, la percepción e incluso el movimiento independiente. Aquellos miembros de la especie que no murieran instantáneamente de la conmoción morirían de hambre en una semana, ciegos, incontinentes y sin sentido.

—No me refiero a ninguno de vosotros, por supuesto —añadió Percival apresuradamente—. Podemos usar nuestras propias mentes para proteger a unos pocos de los vuestros, si es necesario. Esa es la teoría, al menos. Por supuesto, no la hemos probado. Ahora, por favor —protestó—, ¿no te pedí que no hicieras un drama de esto? No se llegará a eso si podemos evitarlo.

El problema es... bueno, Jimmie envió un mensaje telepático general justo antes de desaparecer, diciendo que se las había arreglado para que la maldita máquina estuviera lista para funcionar. En realidad, no estaba terminada, pero Jimmie es muy inteligente. Evidentemente se las arregló para hacerla funcional de alguna manera.

En el instante en que alguien que careciera de los códigos adecuados (que sólo Jimmie, después de haber configurado la máquina, sabía y que por

prudencia no había comunicado a sus compañeros) intentara interferir con los controles del dispositivo, éste se activaría y sus repugnantes efectos comenzarían a resonar en todo el mundo. Violet entendió por las conversaciones escuchadas entre los hombres de Spears que un escuadrón de Ingenieros Reales ya estaba en camino desde Monmouth para examinar el cobertizo de la máquina. Ninguno de los supernormales tenía la menor idea de dónde podría estar su propio mecánico ahora, lo que nos deja —concluyó Percival—, con un pequeño desastre en nuestras manos si no reprimimos nuestras ideas con fuerza.

Hubo un silencio, mientras cada uno de nosotros digería esta horrible noticia. Después de unos segundos, Emily declaró:

—Esto es espantoso, Percival. Tenemos que detenerlo, de cualquier manera que podamos.

Su voz no traicionó ningún temblor de miedo o duda de sí misma, y de todas sus excelentes cualidades, nunca admiré más de lo que hice con su resolución en ese instante.

—Entonces, ¿estás lista para eso? —Percival sonrió— Bueno, esperaba que lo estuvieras. ¿Y tú, joven? —preguntó a Freia, dándole una sonrisa fraternal— ¿Puedes entender lo que necesitas hacer?

La pequeña joven rubia puso los ojos en blanco y suspiró.

—*Por supuesto* que puedo —dijo, tomando la mano de Emily entre las suyas—. Emily, mira al señor Beech.

El dramaturgo no había estado haciendo nada inusual: de hecho, me parecía que había estado intentando, con cierto éxito, imitar el truco de Violet de borrarse de todas nuestras conciencias. Parecía muy alarmado ante esta repentina atención innecesaria. Sin embargo, cuando Emily se volvió hacia él con el ceño fruncido, ella y Freia desaparecieron en un crepitar de fuego azul.

—Espléndido —dijo Percival—. Eso es todo. Ahora vayamos con ese diablo de John Spears.

Calculé que habían transcurrido apenas veinte minutos desde que me convertí en un testigo consciente de un acto de viaje en el tiempo y el segundo. En ese lapso, había visto cómo dos hombres quedaban inconscientes y descubrí que, además, la supervivencia de mi especie estaba en juego. Se estaba convirtiendo en un día lleno de acontecimientos, por decir lo mínimo.

Una vez más Percival se puso manos a la obra, desmantelando y entrelazando los cuatro cascos que había tomado, tanto los que llevaban los soldados para protección como los que éstos les imponían a sus prisioneros. Sus doce dedos eran atentos y hábiles, y durante un tiempo me tranquilizó verlo trabajar. Violet fue a sentarse a poca distancia, con las piernas rechonchas cruzadas, la cabeza abovedada asintiendo en concentración. Estaba intentando comunicar a sus compañeros en la sala de reuniones que deberían esperar nuestra inminente llegada. Forzar los mensajes a través de sus deflectores psíquicos no sería una tarea fácil, había dicho, pero creía que podía transmitirles a los más brillantes un indicio de su mensaje.

Lechasseur fue a encerrar a Beech y a los guardias en decúbito supino dentro del almacén que anteriormente había ocupado Freia. El negro había protestado cuando se dio cuenta de que Emily había sido llevada en un viaje en el tiempo, sin discusión previa y con solo una joven pequeña como protección. Sin embargo, Percival le había asegurado que su misión sería breve, y la presencia de Freia en ella era indispensable, y Lechasseur difícilmente podía discutir la urgencia del asunto.

Le pregunté a Percival qué estaba tratando de lograr con sus retoques. Dijo:

—Es bastante obvio, al menos para mí, que se trata de una ingeniería peculiar de *Homo Peculiar*. La manipulación mecánica de las longitudes de onda psíquicas está mucho más allá de las capacidades de vuestra gente en la actualidad. Ese miserable Spears debe haber obligado a alguna víctima

anterior a armar un prototipo para él, y bendecir a ese supernormal, quienquiera que sea, porque ha puesto un gran defecto en el diseño. Es demasiado sutil para que alguien como los mecánicos de Spears lo detecten, pero creo que, con estas cuatro unidades, puedo armar algo que dejará sin aliento a estos soldados.

—Suponiendo que el Retiro no logre eso primero —dije, y Percival gruñó con molesto asentimiento—. Sabes, Percival, realmente admiré tu sistema moral y tu adhesión a él. No eras un hipócrita, habrías visto morir a una especie racional por tu propia mano en lugar de haber traicionado la causa del progreso humano.

—Sí, bueno. He estado en el extremo receptor de ese tipo de pensamiento ahora, y es un lugar frío para estar.

Solté una carcajada.

—Y, sin embargo, durante una década he estado exactamente en ese lugar frío, ¡y me he glorificado en él! Te he idolatrado por tu altruismo, tu generosidad y tu integridad.

—Mi testarudez, querrás decir —dijo Percival, y soltó una risa áspera—. Bueno, tal vez ahí es donde realmente soy mejor, Erik. Puedo reconocer el canto cuando lo escucho, si no (desafortunadamente) cuando lo pronuncio yo mismo. Si ser del “tipo superior” significa algo, es que ya no tenemos que estar sujetos a la voluntad de la evolución. Podemos ser mejores que eso. ¿Qué tiene de noble la evolución, después de todo? Es cruel, es arbitraria, no respeta el intelecto ni la compasión, y quienes profesan seguirla, como el pobre Giddy, terminan comportándose exactamente de la misma manera.

He estado muy lejos, Clever—zuecos, y no hay nada como esto para darte una perspectiva. Vi nuestras elecciones actuales con bastante claridad: continuar el plan de la evolución de la misma manera de siempre, o trascenderlo. Erradicar toda la especie de *Homo Sapiens* puede parecer bastante atractivo (y sé que a veces has sentido lo mismo, así que no lo niegues), pero sería recapitular todos tus propios errores en una escala más

generosa. Esas luchas intestinas que lo han retenido durante siglos, la brutalidad, el comportamiento depredador, podemos prescindir de todo eso. Y cuando digo “nosotros”, me refiero también a tu gente, todos los que, al menos por ahora, conservamos nuestra humanidad.

—¿Y el sacrificio? —dije, dándome cuenta de lo mucho que me había perdido estas charlas nuestras, estos simposios en miniatura donde había pocas dudas en nuestras mentes sobre quién de nosotros era el maestro y cuál el alumno— ¿Sigue siendo una aspiración noble?

Él frunció el ceño.

—A veces es necesario, por supuesto. ¿Pero apagar un espíritu humano único por una abstracción, como “progreso” o “humanidad”? Morir o matar por una fórmula vacía sería un desperdicio espantoso, sin importar el hecho de que la devoción por la propia especie no es menos egocéntrica que esas absurdas lealtades a la tribu que vosotros profesáis. Cada vida humana es sagrada, Erik.

Seguí su mirada hacia Violet, que ahora comenzaba a emerger de su arrebato de comunión telepática, y por primera vez pensé en preguntarme quién había sido el otro compañero en la generación de ese espíritu que ahora crecía dentro de ella.

La lucha por la supervivencia

La retoma del Retiro estuvo tan cerca de ser incruenta como podría haber llegado tal asunto a lo contrario. Sin duda, un observador que todavía estuviera esperando, como todos lo habíamos estado durante los últimos días, presenciar una lucha cataclísmica por la supervivencia entre dos razas nobles habría encontrado los hechos reales de ese mediodía cómicamente tristes. Lo que ocurrió en cambio fue una operación más elegante, la realización de un ideal preconcebido con el mínimo gasto de esfuerzo violento.

La función del dispositivo que Percival había canibalizado era simplemente transmitir los ruidos ásperos y perturbadores generados por los auriculares de los prisioneros al propio de los soldados. Una vez que se activó y se interrumpió su concentración, las tropas quedaron indefensas: sus disparos se desviaron, no pudieron comunicarse entre sí y ni siquiera lograron montar barricadas en las puertas del salón de reuniones.

La mayoría de ellos simplemente se derrumbaron, agarrándose ineficazmente las orejas, pero para la propia protección de los soldados, los auriculares no se habían fabricado de manera que pudieran quitarse fácil o rápidamente. Los pocos hombres que lograron librarse de ellos sucumbieron inmediatamente al aluvión de ataques psíquicos lanzados contra ellos por Percival. Poco pudieron hacer para evitar que invadiéramos su fortaleza y liberáramos a los prisioneros que allí se encontraban.

El único soldado que nos causó verdaderos problemas fue el brutal Krovsky, quien (siendo quizás reacio a confiar su cordura a un aparato cuya construcción sabía que había empleado la mano de un supernormal) en realidad se había quitado su casco protector algún tiempo antes. Cuando comenzó el ataque se equipó con una pistola y un joven rehén, pero también cayó bajo la batería psíquica.

Se obtuvieron las llaves de las esposas y se liberaron a los cautivos. Sus antiguos guardianes fueron despojados de todas sus armas y acorralados en

un rincón del espacio de reunión, y me encontré inmediatamente asaltado por la duda. Percival había cambiado las tornas con mucha habilidad sobre Spears y sus hombres, pero ¿qué había cambiado en tal situación? ¿Eran nuestras circunstancias actuales realmente más deseables, o Emily, Lechasseur y yo habíamos ayudado voluntariamente a Percival a derrotar a la única fuerza que podría haber evitado la ascendencia evolutiva del *Homo Peculiar*? ¿Podría ser que Percival nos hubiera engañado a los tres con su charla sobre una epifanía moral? Empecé a preguntarme si quizás había sido un anciano terriblemente tonto.

Sin duda alguna, ésa era la opinión de John Spears.

—Por el amor de Dios, Clevedon —suplicó—, tienes que tener sentido. Y tú... —dijo esto a Lechasseur—, sí, tú, Sam Spade, quienquiera que seas. No me importa lo que estas criaturas hayan dicho o hecho para engañarte para que te pongas de su lado, pero te han vuelto contra los de tu propia especie, ¿no lo ves? Si hubieras visto las cosas que yo he visto, si supieras lo que pueden hacer estos monstruos, lo verías a mi manera, los dos. Peleaste en la primera guerra, ¿no es así, Clevedon? —por supuesto que no— Y tú, muchacho, ¿creías que valía la pena luchar contra los nazis? ¡Espera y verás lo que te hacen estos monstruos!

Confieso que estaba profundamente preocupado. La reacción de Lechasseur fue, creo, de desprecio. De repente, una voz aguda dijo a mi lado:

—Creo que conocer a mi familia debe haber roto la mente de ese hombre.

Spears jadeó de horror mientras miraba la coronilla de lino de la cabeza de Freia. La joven estaba mirando (pensé quizás con tristeza) a Spears, que ahora estaba encogido. Con ella estaban Emily y, como me di cuenta para mi sorpresa, el desaparecido Jimmie.

Me alejé inquieto del desafortunado Spears cuando Percival se acercó a nosotros.

—Eso funcionó, entonces. Espléndido, aunque tomó su tiempo. La terminal se apagó, ¿está bien?

—Apagada y desmantelada, todas las partes importantes saltaron arriba y abajo —sonrió Jimmie—. No conseguirán que la vieja trabaje con prisa.

Un momento de reflexión me reveló lo que debió haber sucedido, y el relato de Emily me lo confirmaría en breve. Parece ser que cuando ella y Freia habían saltado juntas en el tiempo, habían seguido el rastro de vida de Gideon Beech unas siete horas en el pasado, llegando sin ser vistos al cobertizo de la máquina justo cuando el dramaturgo había estado sabotando el amplificador psíquico. Mujer y niña habían esperado allí hasta que apareció Jimmie, habían observado mientras preparaba apresuradamente el terminal para su uso y luego lo habían sacado del tiempo con ellas en el instante en que envió su mensaje telepático, causando lo que todos habíamos entendido como su desconcertante desaparición.

Transportar a un tercero en un viaje a través del tiempo era una hazaña que antes no le había parecido posible a Emily, o que al menos ella y Lechasseur nunca habían intentado. Mientras conducíamos de regreso a Londres más tarde ese día, ella especularía que en esta ocasión había sido la presencia de Freia, y más precisamente la claridad y el enfoque del talento sensible al tiempo de la joven, lo que había hecho que la cosa fuera práctica.

Por ahora, sin embargo, mi principal sentimiento fue de alegría al ver de nuevo a los dos viajeros en el tiempo. Inevitablemente, Percival aplastó mi sensación de alivio.

—Jimmie —preguntó ahora—, ¿Freia pasó mi otra solicitud?

El genio mecánico volvió a sonreír.

—De hecho, lo hizo. Nos he dado veinte minutos, espero que sea suficiente. Si no es así, es demasiado tarde para hacer algo al respecto.

Alarmado, les pregunté:

—¿Veinte minutos? ¿Veinte minutos hasta qué, exactamente?

Al principio, Percival pareció irritado y luego simplemente sufrido.

—Bueno, ya sabes, no es como si pudiéramos retener a estos hombres aquí para siempre. Tampoco podemos simplemente dejarlos ir porque volverían pronto, con cañones, tanques y helicópteros más grandes. Lo que tenemos en la actualidad es lo que ellos llaman un “punto muerto”.

Me desconcertó ver que, detrás de él, la mayoría de los demás supernormales habían comenzado a organizarse en un anillo, con las manos unidas como para bailar.

—Por eso —prosiguió, alzando la voz para dirigirse a la multitud de prisioneros militares, así como a nuestro pequeño círculo—, Jimmie ha puesto el generador del Retiro para que se sobrecargue. Es un generador bastante especial, que produce energía mediante la aniquilación directa de la materia. Tenéis alrededor de un cuarto de hora para llegar lo más lejos posible de aquí, antes de que una reacción en cadena se lleve una porción considerable de esta ladera.

—¡Dios mío! —exclamé. Gritos de alarma similares provenían de los hombres en la esquina.

Violet se situó a la derecha de Percival y Jimmie a la izquierda.

—Vamos, muchacho —dijo Percival, y se echó sobre los hombros a una ofendida Freia. Después me dijo—. No te olvides de Giddy Beech y esos centinelas que encerramos. No estoy diciendo que *tengas* que liberarlos, claro. Tú decides. Solo... no te olvides de Giddy y de lo que su naturaleza ha hecho de él. Nos vamos ya, Erik. Será mejor que te cuides.

Percival tomó las manos de sus amigos, completando el círculo.

Hubo un destello cegador, un rayo azul rugió y todos desaparecieron juntos en el tiempo.

Epílogo

Desde nuestro regreso a Londres, mi comunicación con Honoré Lechasseur y Emily Blandish ha sido tenue y esporádica. Las vidas que llevan son complejas e impredecibles, y rara vez tienen tiempo para dedicarlas a las sutilezas sociales, pero Emily al menos tiene la amabilidad de escribirme de vez en cuando.

Entiendo que su encuentro con los niños sobrenaturales, incluidos los acontecimientos del Retiro e incluso la desconcertante estancia de Lechasseur en un futuro lejano, es para ellos simplemente otro en la sucesión de sucesos peculiares que forman la textura de sus vidas juntos. Para mí, estos asuntos, y los hechos que han revelado, se han convertido en la preocupación central de mi existencia, por lo que, por supuesto, es inevitable alguna diferencia de perspectiva.

Sé que todos recibimos una visita a principios de Julio de John Spears, acompañado de un funcionario del gobierno que llevaba un fajo de papeles para que los firmásemos. Spears me denunció enérgicamente como un traidor a la raza humana, pero por lo que pude deducir, se siente bastante aliviado de estar libre por fin del problema de los supernormales. El funcionario simplemente solicitó garantías en cuanto a nuestro silencio sobre una serie de puntos, incluidas las acciones de la unidad de Spears y toda la existencia del Programa Hampdenshire. Firmé donde me indicaba, sin la menor intención de cumplir con sus estipulaciones.

Durante un tiempo mantuve correspondencia con Gideon Beech en su casa de Hertfordshire, pero el poder de ese enorme intelecto finalmente está menguando. A pesar de mis serios esfuerzos por convencerlo de que la gente de Percival no tiene que preocuparles más en nuestro tiempo, el antiguo dramaturgo permanece aterrorizado de que regresen para vengarse de él.

Ahora experimenta una gran dificultad para distinguir entre sus propias fantasías teatrales y la realidad, y me temo que no le falta mucho este mundo.

De hecho, estoy seguro de ello. Cuando Honoré Lechasseur me relató la visión que le había otorgado Sanfeil, y en particular cuando describió el detalle de esas vidas gemelas, encendidas por un fuego interior que no era el suyo, que saldría ileso del Retiro y sin embargo se desvanecería en la nada en el lapso de unos pocos meses, sinceramente, creo que, al contarme esto, el buen hombre no sabía que estaba comunicando la noticia de mi propia muerte inminente e inevitable.

La alternativa sería suponer que, por alguna razón, le había disgustado, lo que no puedo creer que haya sido el caso. No es una persona cruel, simplemente alguien que está más preparado para actuar en y sobre el mundo que para analizarlo con algún tipo de rigor intelectual.

Reconozco la aflicción que aflige a Beech, porque yo mismo la sufro. Todos los incidentes que siguieron al éxodo de los supernormales en el tiempo: la evacuación aterrorizada de los soldados y nuestra propia partida precipitada del condenado Retiro, con Beech y yo apiñados en la parte trasera del Oxford, la luz, el calor y el ruido que nos bañaban a todos a la vez mientras Lechasseur conducía frenético, inexperto, ignorando los gritos de Emily, incluso el cráter liso y escarpado que apareció detrás de nosotros, tragándose la granja, y al que nos detuvimos para mirar con asombro, todo esto lo percibí débilmente, a distancia, a través de una bruma entumecedora de miedo. Sentí dentro de mí, elevándose ineludiblemente, la ira de mi pasajero no invitado: el vasto y helado disgusto de Sanfeil, el Hombre Venidero. Mientras he comprometido en estas páginas la historia de estos sucesos culminantes de mi vida, he sentido en mí esa fría condena, tolerando que complete esta tarea final antes de que termine mi vida.

Que así sea. Ha sido una vida en la que siempre me he esforzado por superar las limitaciones de mi naturaleza e instar a mis semejantes a hacer lo mismo. Se ha vivido con la firme convicción de que el lamentable estado actual de la humanidad debería ser, en su gran historia venidera, la excepción y no la regla, que el espíritu humano, aunque en la actualidad no es más que un débil resplandor entre la monotonía de nuestras bestias vidas animales, un día será

encendido y nutrido hasta que brille más que las estrellas, y que no puede haber causa más alta que el logro por ese espíritu de una excelencia cada vez mayor, más sutil y más vívida. Si mis ideas sobre cómo se podrían lograr estos objetivos estaban equivocadas de manera culpable, todavía no puedo creer que me equivoqué al ensalzarlos.

Nada más. La historia está escrita, y ahora quizás el historiador pueda conocer la paz.

* * *

5 de septiembre: Es con un asombro y un regocijo del que apenas me creía capaz ahora, que reanudo mi historia por última vez. Esta misma noche, Percival ha vuelto a visitarme.

Sucedió casi como antes: me paré fuera de la ventana de mi estudio bajo las estrellas, y volví mi mirada hacia arriba en esa terrible inmensidad. El humo de una hoguera temprana pasó flotando a mi lado, y su fragancia me trajo a la mente esos antiguos inventos de nuestra raza, el faro de advertencia y la hoguera ardiente: símbolos brillantes de nuestra capacidad de salvación y de crueldad. Una voz dijo en voz baja detrás de mí:

—¡Hola, Clever—zuecos!

Y al volverme, vi a Percival.

Parecía como si tuviera unos cuarenta y cinco años, el pelo áspero se volvió casi todo gris, la piel se arrugaba en todas las esquinas de esos grandes ojos verdes.

—Ha pasado bastante tiempo, Erik —dijo—. Más tiempo para mí que para ti.

Tenía, me dijo, sesenta y cuatro años, y podría esperar décadas, tal vez siglos, de vida vigorosa. De hecho, él tiene mi edad actual, y es por eso que eligió este momento de su propia vida para venir a verme esta noche. Ha visto, hecho y creado muchas cosas desde la última vez que nos vimos: la mayoría de ellas no intentó describirme, pero me dice que ahora es padre de ocho hijos, primero con Violet, y más recientemente con otra a quien no he conocido.

—La paternidad me sacó de mi complacencia, no me importa decirlo —dijo—. Es realmente impactante, mirando hacia atrás, que se requiriera una amenaza para mi propia familia para llevar a casa lo que le habría hecho a toda tu gente. ¡Dios, qué joven monstruo egoísta era! Pero, después de todo, yo era solo un humano, y esa es una cualidad que es tan a menudo espantosa como gloriosa.

—¿Sólo humano? —dije— ¿No eras mejor, entonces, que eso?

Él rio.

—Oh, viejo loco. Sí, mejores, pero “mejores en”, no “mejores que”. Por supuesto, somos mejores cuando se trata de telepatía, viajes en el tiempo y cosas por el estilo. Somos mejores para pensar y, por lo tanto, para todas las trivialidades del arte, la ciencia y la cultura. ¿Pero espiritualmente mejor, moralmente mejor? No, viejo. Esa fue una locura de mi juventud, como tantas otras.

No me dijo dónde en los límites del tiempo y el espacio los hombres y mujeres de su raza han hecho su hogar, aunque insinuó que su era sucederá a una fecha más cercana cuando muchas tiranías y cataclismos serán infligidos a mi propia especie. Habló de épocas futuras en las que la Tierra estará en barbecho, libre de la ocupación humana, mientras la humanidad explora su universo: estos tiempos abundarán en vida animal y vegetal, sostiene Percival, e incorporarán una multiplicidad de períodos en los que una comunidad puede permanecer sin ser observada durante siglos.

—Entonces, ¿no has tenido problemas con la gente de Sanfeil? —pregunté.

Me miró con astucia.

—Honoré te lo contó todo, supongo. No, no hemos visto señales de su intromisión. ¿Tú?

Le hablé de mis miedos, mi conciencia de la ira del Hombre Venidero extendiéndose dentro de mí como un cáncer, ocluyendo mis percepciones y oscureciendo mi espíritu. Percival guardó silencio durante un rato antes de decir:

—Sabes, Erik... Sanfeil insistió en que mi gente debe morir, para que la tuya pueda vivir. Dijo que nuestro pequeño microcosmos tenía que ser apagado, sus brasas usadas para encender la llama más gloriosa de su propia raza.

En aquellos días todos percibíamos la lucha en términos de la supervivencia de mi especie contra la tuya, *Homo Peculiar versus Homo Sapiens*. Pero lo que dijo Sanfeil hizo que pareciera que los de su clase también estaban en juego. Los de mi especie tenían que morir, para que los suyos pudieran vivir. Y bueno, no lo hicimos. En cambio, encontramos una salida.

—Pero *vivirán* —dije—. Seguramente eso es inevitable. Tú y Lechasseur visitasteis el futuro, después de todo.

—Mi nieto me trajo aquí —dijo—. El nieto de Freia también, da la casualidad. Resolvimos el problema de combinar los genes canalizadores y sensibles hace una generación. Algunos de los mocosos son pequeñas máquinas del tiempo por derecho propio. A veces, a sus padres les causa un dolor infinito, simplemente rastrearlos.

Lo que quiero decir, viejo, es que hemos visitado mucha historia y también hemos aprendido algunas cosas sobre cómo funciona el tiempo. Es más complicado de lo que imaginas. Cuando digo que no hemos visto señales de la gente de Sanfeil, me refiero a *ninguna parte*. Es como si nunca hubieran existido.

—Pues lo siento —dije—. Su presencia, aquí dentro de mí.

—La posibilidad de él, tal vez —dijo—. Un fantasma culpable. Puede que parezca real, Erik, pero nunca ha tenido el poder de mandar sobre ti.

E incluso si lo hubiera hecho, ¿entonces qué? No puedes estar siempre considerando el futuro lejano, para siempre esclavo de algún descendiente que quizás nunca exista, y cuya vida no podrías ni empezar a imaginar de todos modos. Haz lo que te parezca mejor, crea las cosas que debes y actúa en todo momento como si tuvieras la responsabilidad de tu propia vida. Incluso si resulta que no es la verdad, al menos has honrado tu humanidad de esa manera. Ésa puede ser la satisfacción más auténtica que puede lograr cualquier ser verdaderamente humano.

Me dejó poco después, alejándose silenciosamente en la noche con ese familiar paso a trompicones. No dijo, y yo no sentí la necesidad de preguntar, por qué había elegido esta noche de mi vida para visitarme.

El humo de la hoguera distante seguía flotando en el viento y, por lo que parecía la primera vez, me sentí en paz.

Epílogo del autor

por el autor, Philip Purser—Hallard

"Este libro tiene dos autores ..."

Olaf Stapledon, Last and First Men, 1930.

William Olaf Stapledon nació en 1886 y murió, como Erik Clevedon, en 1950. De profesión filósofo y poeta, de inclinación pacifista y socialista, Stapledon se convirtió después de su muerte en la segunda figura más influyente de la ciencia ficción británica después de HG Wells, con un efecto profundo y duradero en autores tan diversos como CS Lewis, Arthur C Clarke y Brian Aldiss.

He amado y admirado las novelas de Stapledon desde que leí por primera vez *Last and First Men* a la edad de trece años, y la fascinación que me inspiró su inmensa e inspiradora visión de la historia futura se ha quedado conmigo desde entonces. En la adolescencia, y más tarde como estudiante de posgrado escribiendo sobre ciencia ficción, devoré casi toda su otra ficción: *Star Maker*, *Last Men in London*, *Odd John* y *Sirius*, así como obras más oscuras como *The Flames* y *Darkness and the Light*.

Sin embargo, al igual que CS Lewis, admiro la prodigiosa imaginación de Stapledon más que su filosofía. Su trabajo tiene ciertos defectos que son endémicos de la ciencia ficción británica de la era de entreguerras, junto con algunos aspectos inquietantes propios. Para las sensibilidades del siglo XXI, la más impactante de ellas es su adhesión a la eugenesia, que continuó durante años después de que las atrocidades llevadas a cabo en nombre de esa filosofía por los nazis se hicieran conocidas. Sin embargo, a pesar de tales reservas, Stapledon sigue siendo un magnífico escritor de ciencia ficción y uno de los verdaderos genios del género.

Por supuesto, tengo la esperanza de que *Vidas Peculiares* pueda leerse por separado del trabajo de Stapledon, como una novela en la serie *Time Hunter* de Telos. Sin embargo, el libro es en parte una respuesta a un hombre complejo y dividido y a sus obras, y estoy en gran deuda con el señor John Stapledon por permitirme citar los escritos de su padre. Aunque al escribir *Vidas Peculiares* he hecho de mi personaje de Erik Clevedon un portavoz de muchas de las ideas expresadas en la obra de Stapledon, debe tenerse en cuenta que el propio Clevedon tiene mucho más en común con los narradores bienintencionados (pero a menudo algo vagos) de las ficciones de Stapledon que con su autor. Mis críticas a la filosofía de Stapledon no deben interpretarse como una falta de respeto a sus asombrosos poderes de invención: lo mismo ocurre con George Bernard Shaw, alrededor de quien se ha construido de manera similar el personaje de Gideon Beech.

Aunque obviamente mi deuda principal es con el mismo Olaf Stapledon, hay otros cuya ayuda práctica en la preparación de la novela debe ser reconocida: principalmente, por supuesto, a David Howe por su asiduo trabajo editorial y por encargarse de lo que puede haber parecido a veces una abstrusa y preocupante pieza de ficción. También debemos agradecer a Helen Angove, Rachel Churcher, Stuart Douglas y Lance Parkin, por las críticas al trabajo en curso, a Daniel O'Mahony por crear los personajes de Emily y Honoré, y a los demás autores de la serie por desarrollarlos, a Paul Magrs por la breve mención de uno de sus personajes en el Capítulo III.3, a Andrew Chapman por su asesoramiento sobre la ley de derechos de autor, y a la agencia AP Watt en nombre de los Ejecutores Literarios del Patrimonio de HG Wells, por su permiso para citar el Capítulo 5 de *La Máquina del Tiempo*.

Debo un agradecimiento especial a mi papá, Terry Hallard, quien me dio *Last and First Men* para leer en primer lugar.

Sin embargo, sobre todo, debo agradecer a Bea Purser—Hallard, por su amor y su apoyo infatigable durante la escritura de esta novela, y por brindarle la dedicatoria perfecta.

Sobre el Autor

La primera novela de Phil, *Of the City of the Saved...*, fue publicada por Mad Norwegian Press en 2004. Su primera novela, *Vidas Peculiares*, apareció gracias a Telos Publishing un año después. Una segunda novela se publicó en 2007 como parte de la antología *Nobody's Children*, y una tercera en 2008 en la antología *The Vampire Curse*.

Phil ha contribuido con ficción corta a colecciones como *The Book of the War* e *Iris Wildthyme and the Celestial Omnibus*, así como a las series *Doctor Who*, *Bernice Summerfield* e *Iris Wildthyme* de Big Finish. Ha escrito para el periódico *The Guardian*, para revistas y webzines, y para espectáculos de comedia en Oxford y el Edinburgh Fringe. También ha hablado en el Greenbelt Arts Festival sobre varios aspectos de la ciencia ficción y la religión.

Phil, nacido como Philip Alexander Hallard en 1971, ha pasado la mayor parte del tiempo intermedio acumulando diplomas (y un apellido adicional), culminando en 2002 con un doctorado en Literatura Inglesa de la Universidad de Oxford. Su tesis, sobre *The Relationship between Creator and Creature in Science Fiction*, le ha proporcionado gran parte del material para su propia ciencia ficción. Mientras tanto, ha trabajado como secretario, tutor, cuidador de iglesia, consultor de software, bibliotecario universitario e investigador para el Revised Oxford English Dictionary. Ahora trabaja a tiempo parcial como funcionario.

Phil vive con su esposa, gatos e hijo en Bristol, en el Suroeste de Inglaterra. Sus proyectos de escritura en la actualidad incluyen ficción corta y larga y varios proyectos de no ficción. Si alguien quiere pagarle por escribir cosas, le encantaría saber de ellos.

Su sitio web se puede encontrar en www.infinitarian.com